

La Esfera

AÑO XV.—NÚM. 740

MADRID, 10 MARZO 1928

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

Director: FRANCISCO VERDUGO



DOCTOR D. JOSE SANCHEZ COVISA

Uno de los más sólidos prestigios de la ciencia médica actual, catedrático de la Universidad Central, que ha sido elegido académico de la Real de Medicina. El Dr. Sánchez Covisa llega á la Corporación mucho después de consagrado por sus méritos propios

RECUERDOS DE UNA VIDA LABORIOSA

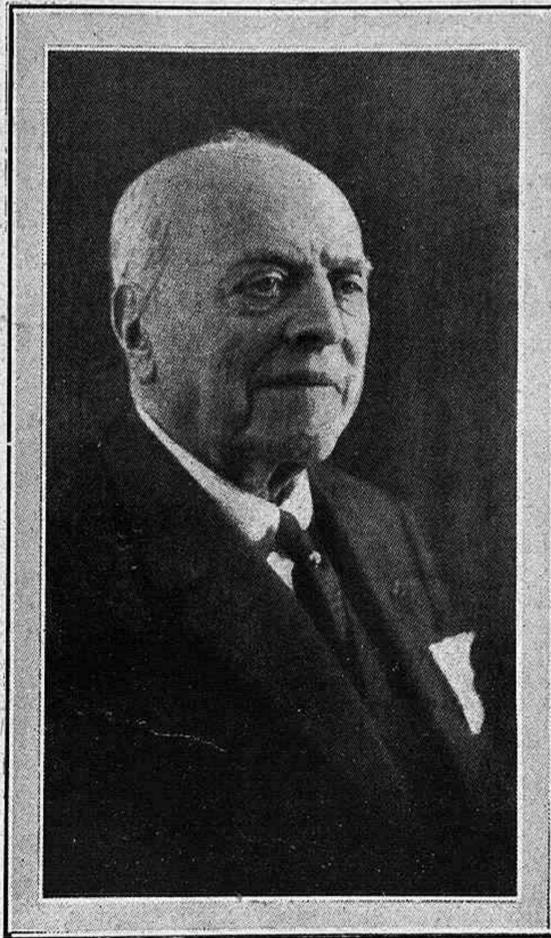
COMO SE EMPLEA UNA FORTUNA

HA muerto en París un hombre fuertemente representativo: M. Ernesto Cognac, fundador y dueño de los grandes almacenes de *La Samaritana*. Su vida, como la de tantos otros hombres de acción que triunfaron en el ambiente excitador de todas las actividades característico de París, parece hecha para contradecir la famosa muletilla del literato, personaje de Daudet, que decía constantemente: «La vida no es una novela.» La de Ernesto Cognac parece, efectivamente, una novela, y una novela de folletín, por añadidura; y el mismo M. Cognac, en los primeros tiempos de su vida, parece el modelo de uno de aquellos tipos de muchacho parisién que, acumulando sobre ellos toda la simpatía imaginable, pintaba con tanto agrado Javier de Montepín.

Ernesto Cognac, sin embargo, no había nacido en París, sino en San Martín (Isla de Ré); pero en París vivió desde los quince años, y precisamente en la época en que Montepín buscaba sus modelos en la vida y encontraba esos tipos simpáticos como indispensable compensación—en su tiempo—por su luminosidad, con los tonos tétricos de los fondos—tan «bajos fondos»—de aquellas primitivas novelas policíacas.

Ernesto Cognac, pese á los que dicen que la vocación no se define hasta pasada la pubertad, acusó la suya muy pronto: á los diez años «jugaba á las tiendas» en una tienda de verdad, y era ya comerciante; un vecino suyo, frutero de oficio, pero pescador de afición obsesionante, cuando iba á pescar con demasiada frecuencia le dejaba encargado de su tienda, y entonces Ernesto era feliz ordenando las cajas y los cestos de su mercancía, clasificando las frutas y, sobre todo, vendiendo sentía el placer infinito de la vocación satisfecha.

Pronto fué comerciante por necesidad; desgracias de familia le hicieron abandonar la escuela muy pronto, y, perseguido por la desdicha, fué comerciante de verdad, primero, en la Ro-



MONSIEUR ERNESTO COGNAC

El comerciante francés cuya vida extinguida es un ejemplo de laboriosidad

chelle, y luego, en Burdeos, ¡campos con horizonte pequenísimo para su espíritu ambicioso! A los quince años, cuando acababan de ser fun-

dados los grandes almacenes del Louvre, fué á París, soñando entrar en ellos aun con el más humilde de los empleos. No lo logró, y París fué cruel para el muchacho, que, como tantos coevos suyos que llegaron á ser glorias de Francia en los más diversos órdenes, paseó su hambre por los boulevares de París. ¡El hambre en París! Parece como una prueba de iniciación que la gran ciudad exige á sus elegidos! ¡*La vache enragée* simbólica de los artistas de Montmartre! Ese hambre de los primeros tiempos, que, lejos de producir odio á la urbe, hace amarla más intensamente, y que en los recuerdos lejanos tiene para los que llegaron una suave dulzura melancólica... París vale algo más que una misa; es como una amada exigente que pide en un sacrificio la prueba del verdadero amor.

Ernesto Cognac salió de París acuciado por el hambre; su última desdicha fué dejar su relojillo, que no valía dos francos, como prenda en la *crémérie*, donde no pudo pagar su *croissant* ni su tazón de café. Entonces volvió á su tierra á pie. Dos meses después, la atracción de París le llamaba de nuevo, y á París volvió.

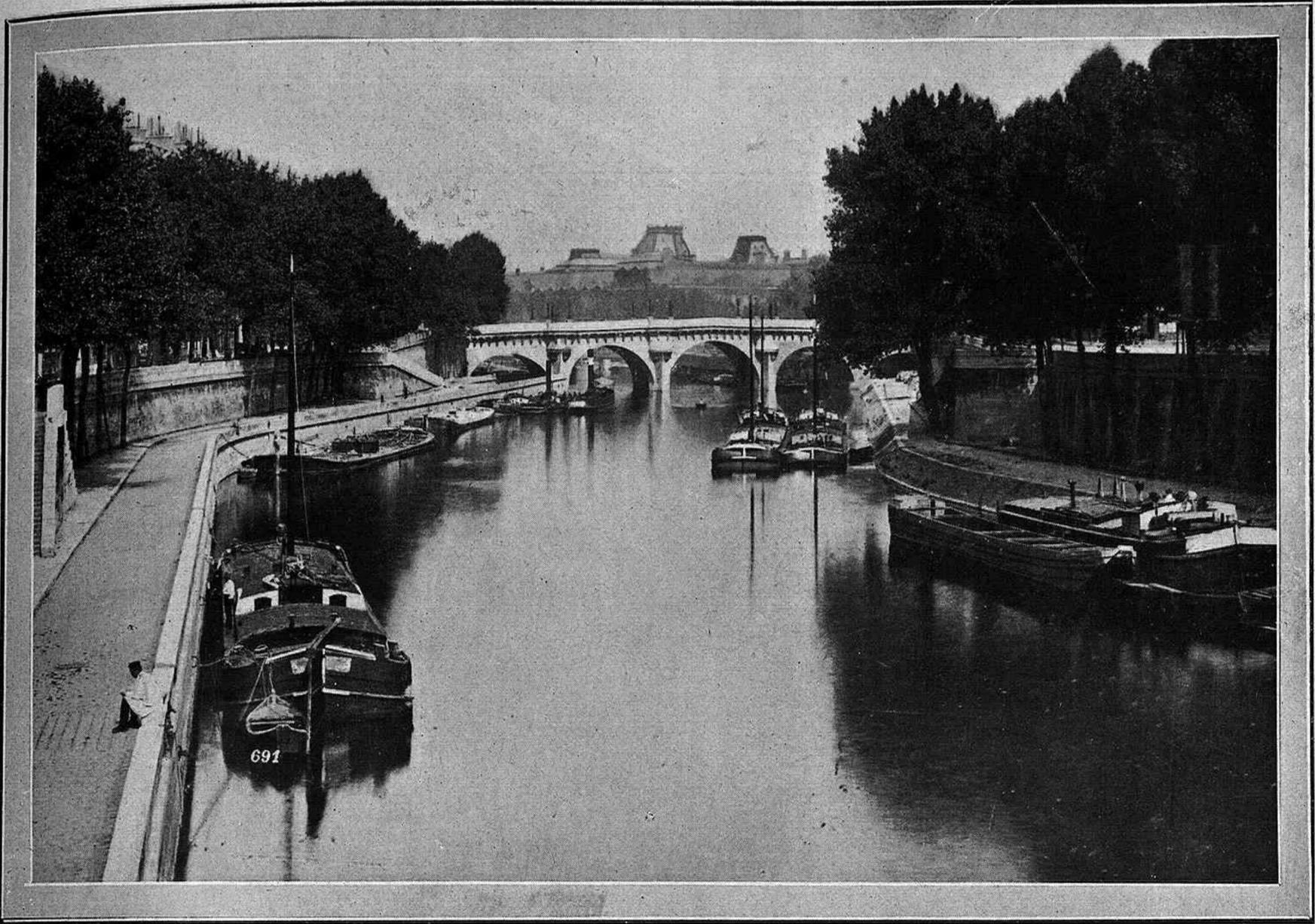
Esta vez tuvo mejor suerte. Si no en el *Louvre*, logró entrar en los almacenes de *La Nouvelle Heloise*. Allí encontró el norte de su vida, y encontró algo más: el amor. Una de sus compañeras, Mlle. Luisa, le produjo hondísima impresión; pero no tuvo tiempo ni audacia para declararla su amor; se creía aún demasiado poco para constituir un hogar, y, por otra parte, su actitud violenta ante una observación de sus jefes le hizo perder la plaza.

Entró entonces como vendedor de paños en *Notre Dame de Lorette*; de allí pasó á la rue de Buci á vender mercería en *Aux dames françaises*, y más tarde vendió relojes en *La Madeleine*, en los grandes boulevares.

Había llegado, entretanto, con el apogeo del imperio, la Exposición Universal—era 1867—, y entre las reformas de París acababan de abrit



El Puente Nuevo de París, frente á cuya entrada se alza un nuevo edificio de «La Samaritana», que fundó M. Ernesto Cognac



El Puente Nuevo, visto desde el Puente de San Miguel

la rue Turbigo, que Cognac consideró destinada á excelente porvenir comercial. Tenía entonces el dependiente un capitalito de 5.000 francos, y creyó llegado el momento de trabajar por su cuenta; tomó una tienda en la calle novísima, y estableció allí su primer almacén con el nombre, que era su programa, de *Au petit benéfice*. Debajo del rótulo escribió en un gran cartel: «Aquí no se paga impuesto de lujo.»

Aquella empresa le arruinó; perdió todos sus ahorros y cerró su almacén.

Pero no quiso ser dependiente otra vez. Ansiaba libertad; quería trabajar por su cuenta, y fué vendedor ambulante en los arrabales de París. Pronto se hizo famoso en ellos; locuaz é ingenioso como un verdadero *gravache*, sus pregones y sus discursos á la clientela le valieron el nombre de *Napoleon du deballage...*, y, lo que fué mejor, le produjeron buenas ganancias. Se instaló pronto, de un modo más estable, con un puesto, en el Puente Nuevo, bajo el tradicional, enorme quitasol rojo que era al mismo tiempo, si no «el paraguas rojo del pequeño filósofo» grato á *Azorin*, el gran paraguas encarnado cobijador de aquel germen mínimo de los grandes almacenes de la *Pamantana* y precursor de los grandes *domes* que hoy coronan aquellas construcciones ostentosas.

Cognac tomaba entonces su *café-demi tasse*, porque era económico, en un *petit café* situado en la rotonda del Puente Nuevo y de la rue de la Monai. Pobre café de tan escasa concurrencia que le sobraba la mayor parte de su local. El vendedor ambulante subarrendó un trozo de lo que sobraba: una tiendecilla, el núm. 3 de la rue de la Monai, haciendo el contrato por semanas, porque ni sus fondos ni prudencia le permitían comprometerse á más.

Aquel nuevo almacén llevó ya el rótulo de *La Samaritana*, recordando una figura famosa que había ornado el puente...

En 1870 pudo, por fin, alquilar por sí mismo la tienda mediante un préstamo de 10.000 fran-

cos que le había hecho una hermana suya. Era, al fin, el principio de la fortuna; pero en 1870 precisamente estalló la guerra. Ernesto Cognac tenía entonces cuarenta y un años, y fué incorporado á la Guardia Nacional. Se enteró un día de que hacían falta pantalones para los soldados; montó un taller, en que trabajó incesantemente él mismo, y realizó excelentes ganancias. Soportó el sitio, soportó la Comune, y al cabo volvió á su tiendecilla.

En ella le faltaba algo que consideraba esencial: una compañera estímulo y consuelo en las horas amargas: el recuerdo de Mlle. Luisa perduraba en él, y la muchacha, convertida en mujer, no le había olvidado tampoco; de genio más tranquilo, sólo había estado en dos almacenes: *Au coin de rue* y *Au bon marche*, donde era «primera» de la sección de vestidos. Cognac la buscó, y la encontró fiel á su recuerdo.

Para amarse y constituir un hogar feliz tenían lo fundamental: la igualdad de amores y de ideales. «¡Qué hermoso oficio el nuestro!», decía M. Cognac; y Mlle. Luisa asentía con absoluta convicción.

Se entregaron apasionadamente al trabajo; tuvieron dependientes, cada día más numerosos; pero... ellos fueron siempre los primeros en llegar y los últimos en salir de los almacenes que iban creciendo lentamente, pero creciendo con constancia... En 1874, los diez primeros dependientes se habían convertido en cincuenta, y las ventas habían llegado á un millón de francos; ¡el primer millón!

Después todo fué fácil... La tiendecilla de los primeros años fué ya el gran almacén abierto «sobre» la calle de Rivoli, que se prolongó á lo largo de la rue del Puente Nuevo, la cruzó luego, para duplicarse en otro edificio mayor aún, que más tarde sintió como la atracción del Puente Nuevo, y fué á crear allí otro edificio mayor, más espléndido, aunque prolongando sobre los *quais* la línea de *La belle jardiniere*, se asomaba al Sena lanzando á la altura sus espléndidas cú-

pulas doradas, hijas legítimas del enorme quitasol rojo que cubrió al modesto comerciante de «las cuatro estaciones».

Los Cognac eran ya multimillonarios. «He tenido suerte», decía M. Cognac á un periodista que le preguntaba la historia de su vida; y ante la protesta del oyente, rectificó: «Puede usted añadir que la suerte es para el que la merece.»

Los Cognac merecían la suya. Riquísimos, lo que mientras atesoraban juzgaron algunos sordidez y egoísmo, se manifestó altruismo, razonado, consciente, previsor...

Mme. Cognac no había sido madre; pero había vivido con sus compañeros de *Au coin de rue* y del *Bon Marche*, primero, y con sus empleados después, las angustias de la maternidad en los hogares pobres. Fundó y dotó espléndidamente una «maternidad» para esposas de empleados con menos de 12.000 francos de sueldo. La instaló alegre, riente, y puso en ella sesenta lechos. «Sesenta madres—dice un cronista—pueden sonreír simultáneamente á sus bebés...»

Amador de arte, M. Cognac, como su colega y vecino Chauchard, el propietario de los almacenes del Louvre y otros hombres ilustres del gran comercio de París, formó con exquisito gusto, una galería de cuadros, que ahora, muerto su creador, será para el público.

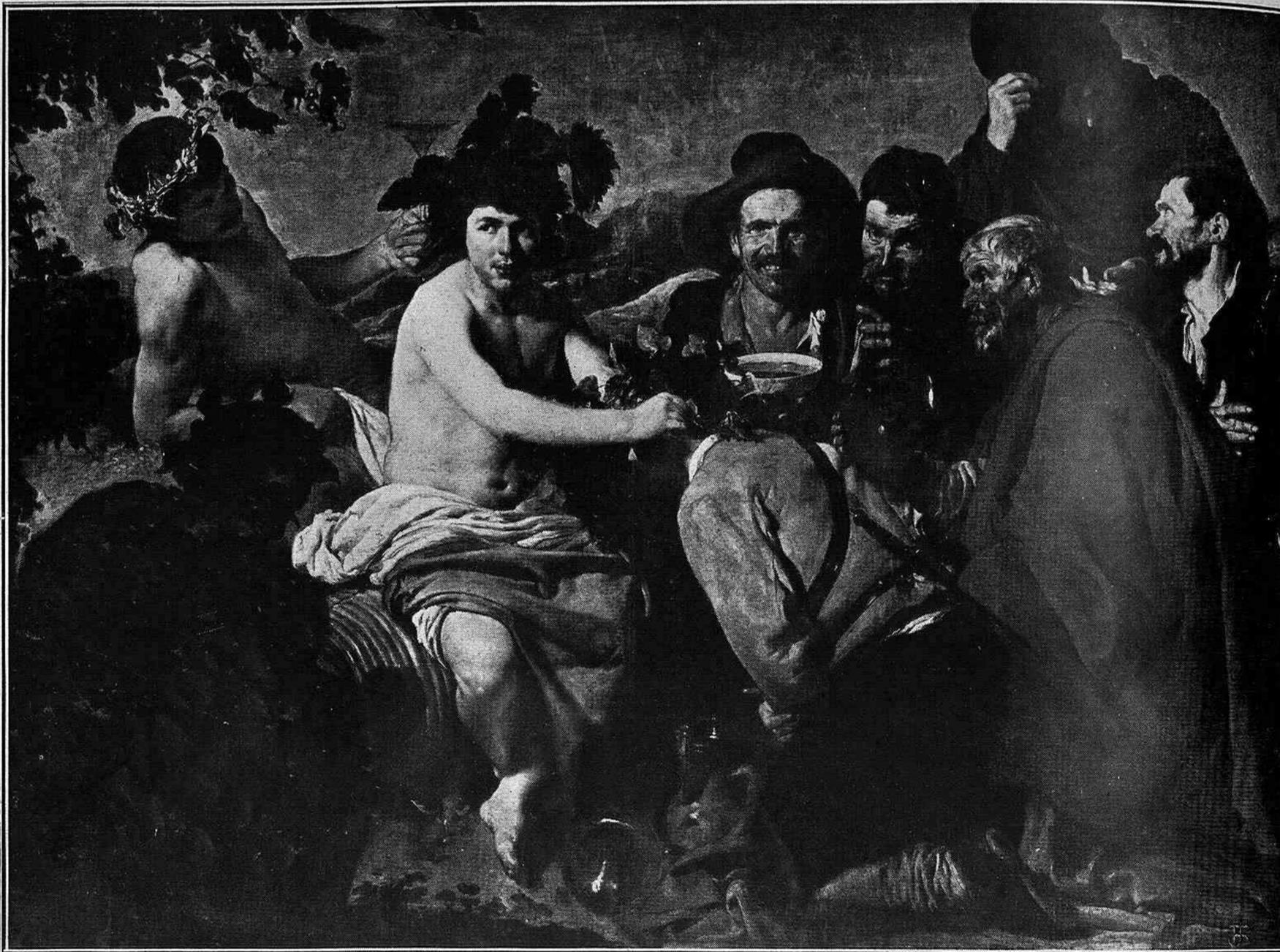
Preocupó á los Cognac la despoblación de Francia, y crearon, con un capital de cien millones de francos, premios que distribuye anualmente la Academia francesa... Crearon casacunas, instituciones de previsión, y finalmente, convirtieron sus grandes almacenes en una gran cooperativa de trabajo, donación espléndida á sus propios obreros...

¡Bello destino de la fortuna y de la vida! ¡Bello final de una aparente sordidez!

¡Cuán ignorantes las compradoras españolas que fueron clientes de *La Samaritana* de que contribuían con sus compras á tantas y tan grandes obras humanitarias!

SANTIAGO HERRERA

ACABA DE PUBLICARSE



«Los borrachos», cuadro de Velázquez, sobre que discurre Ortega Gasset en las líneas de este artículo

La Biblioteca Universal ha comenzado una nueva serie de sus interesantes libros, iniciándola con uno en que reúne, bajo el título de «Notas», algunos trabajos publicados en diferentes épocas por D. José Ortega y Gasset. El nombre del autor nos excusa de elogiar el libro, del que copiamos á continuación páginas culminantes:

La «Bacanal» del Tiziano

No creo que haya cuadro en el mundo tan optimista como éste. Es un rellano que se hace junto á la ladera de un montecillo. Unos árboles amenizan el lugar: tras ellos un mar de color ultramarino, de aguas densas é inmóviles. Una nave lenta se desliza.

El cielo, de azul intenso, con una nube blanca en medio, es el personaje principal: en él se destacan los árboles, el montículo, brazos y cabezas de algunas figuras, y cuanto de él es tocado queda libre de las penalidades materiales.

Hombres y mujeres han escogido este apacible rincón del universo para gozar de la existencia: son unos hombres y unas mujeres que beben, ríen, hablan, danzan, se acarician y duermen. Todas las funciones biológicas parecen aquí dignificadas y con idénticos derechos. En medio casi del cuadro, un niño alza su camisilla y realiza sus menesteres menores.

En él vértice de la loma, un viejo desnudo toma un baño de sol, y en primer término, á la derecha, Ariadna, desnuda y blanca, se despereza dormida.

Este cuadro podría llamarse de otra manera más expresiva; podría llamársele lo que es en verdad: el triunfo del momento.

De un instante á otro instante vamos por la vida dando tumbos; de ellos nos son unos indiferentes, los dejamos pasar como vemos fluir un río grisiento. Otros nos traen dolores; son como

punzadas y pinchazos en nuestro corazón; ¿qué hacer? Solemos decir un ¡ay de mí!, y empujamos el instante lejos de nosotros, lo repelemos, lo aniquilaríamos si pudiésemos para que jamás volviera. Pero hay momentos sublimes en que nos parece coincidir con todo el universo; nuestro ánimo se expansiona y virtualmente abarca el horizonte y somos una misma cosa con cuanto nos rodea, y nos percatamos de una subitánea armonía que gobierna las cosas. Es el momento del placer; es como la cima de la vida y su integral expresión.

Y entonces unas manos espirituales se alzan en nuestro espíritu y se agarran al instante y pugnan por retenerlo. Mejor aún: de un brinco nos lanzamos dentro de ese instante que pasa veloz, decididos á entregarnos á él, sin reservas ni suspicacias, como si el minuto placentero fuera una de aquellas naves venturosas que Homero abribuye á los Feacios, naves que sin timón ni piloto conocen ciertas los caminos del mar.

Uno de estos momentos ha pintado Tiziano. Estas gentes viven en una ciudad y allí padecen los tormentos de la existencia concreta: tienen ambiciones insaciables, sufren privaciones, desconfían mutuamente de sí, les acongoja el sentimiento de la propia limitación y se miran con ojos torvos los unos á los otros. Pero un día van al campo: es blanda la brisa, el sol dora el polvillo atmosférico y pone azules sombras bajo las ramas frondosas. En esto alguien trae unas ánforas y unos bocales y unas jarritas de plata y oro labradas delicadamente. Dentro de estos recipientes brilla el vino. Beben. La tensión histórica de los ánimos cede: las pupilas se van poniendo incandescentes, las fantasías se incorporan en las celdillas cerebrales. La verdad es que la vida no es de tan adversa condición, que los

cuerpos humanos son bellos sobre un fondo campestre de oro y azul, que las almas son nobles, agradecidas y aptas para comprendernos y replicarnos. Beben. Parece como si dedos invisibles tejieran nuestro ser con la tierra, el mar, el aire, el cielo; como si el mundo más bien fuera un tapiz y nosotros figuras de ese tapiz y los hilos que forman nuestro pecho siguieran más allá de éste y fueran los mismos que hacen la materia de aquella nube radiante. Beben. ¿Qué tiempo llevan aquí?

Vagamente recuerdan que hay una ciudad y que hay dolores y que hay cambios, desapariciones y fenecimientos. Les parece que llevan aquí siglos y que eternamente permanecerán aquí y que eternamente un rayo solar herirá el anca de este jarro argentino sembrador de destellos. Como un objeto de elasticidad ilimitada, el momento se ha ido estirando y alcanza de un lado y de otro los vagos confines del tiempo. Esta voluntad de eterna perduración que yace en el fondo de toda hora de placer ha servido á Nietzsche para distinguir los valores verdaderos, las nuevas tablas de lo bueno y lo malo. Así dice en los famosos versos:

«El dolor dice: ¡Pasa!
¡Quiere el placer, en cambio, eternidad,
quiere profunda eternidad!»

Estas gentes que beben se han ido desnudando, para sentir la caricia de los elementos sobre la piel tibia, tal vez por un secreto ímpetu y deseo de fundirse más con la Naturaleza. Y á poco más que escancian, advierten con rara clarividencia, patentes ante su percepción, los últimos secretos del cosmos, los módulos creadores de todas las cosas. Estos misterios son los ritmos. Ven que la escena es una masa de tonos

azules—cielo, mar, césped, árboles, túnicas—á que responden los tonos cálidos, rojos y dorados —cuerpos viriles, áureas fajas de sol, panzas de vasos, amarillas carnes femeninas—. Ven el cielo como una pregunta sutil é inmensa; la tierra, ancha, fuerte, como una respuesta satisfactoria y bien fundada. Ven que hay en el mundo un lado derecho y otro izquierdo, un alto y un bajo, ven que hay luz y sombra, quietud y movimiento; ven que lo cóncavo es un seno para recibir lo convexo, que lo seco aspira á lo húmedo, lo frío á lo ardoroso; que el silencio es un aposento preparado, como posada, para recibir el ruido transeunte... Estas gentes no han sido iniciadas en el misterio rítmico del universo por una externa erudición: el vino, que era un dios sabio, les ha dado, empero, una momentánea intuición del máximo secreto. No se trata de unos conceptos que haya introducido en sus cerebros: al contrario, el vino ha realizado la inmersión de estos cuerpos dentro de la razón flúida en que va flotando el mundo. Y así llega un minuto en que los movimientos de sus brazos, torsos y piernas, se hacen también rítmicos, en que los músculos no sólo se mueven, sino que se mueven con compás. El compás es una oculta lógica que yace en el músculo: el vino, la potencia, y hace del movimiento danza.

La «Bacanal» de Poussin

Ello es que el vino, según Tiziano, lleva la pura materia orgánica á una potencia espiritual. Aquí tenemos, en este cuadro espléndido, declarada con motivo de unos hombres que se solazan en torno á unas ánforas de vino, la filosofía del Renacimiento. La Edad Media nos habla del espíritu como enemigo y contradictor de la materia. Matando ésta crece aquél; la vida es una guerra que mueve el alma al cuerpo; la táctica se llama ascetismo.

Pero el Renacimiento siente de otra manera la incógnita de la existencia. Se resiste, se niega á esa dualidad pesimista. No; el mundo es uno: no es sólo materia grosera, ni sólo imaginaria espiritualidad. Lo que llamáis materia puede alcanzar una vibración rítmica—y esto es lo que llamáis espíritu. El músculo llega por sí mismo, á lo sumo favorecido por el vino, á la danza, la garganta al canto, el corazón al amor, los labios á la sonrisa, el cerebro á la idea.

Podemos, pues, arribar á una fórmula que nos fije el sentido de la *Bacanal* tizianesca: es el punto de indiferencia entre el hombre, la bestia y el dios. Sus personajes son de carne y hueso; por mera intensificación de sus energías naturales, es decir, bestiales, llegan á la unión esencial con el cosmos, á la intuición infinita, al absoluto optimismo que era patrimonio de la supuesta divinidad.

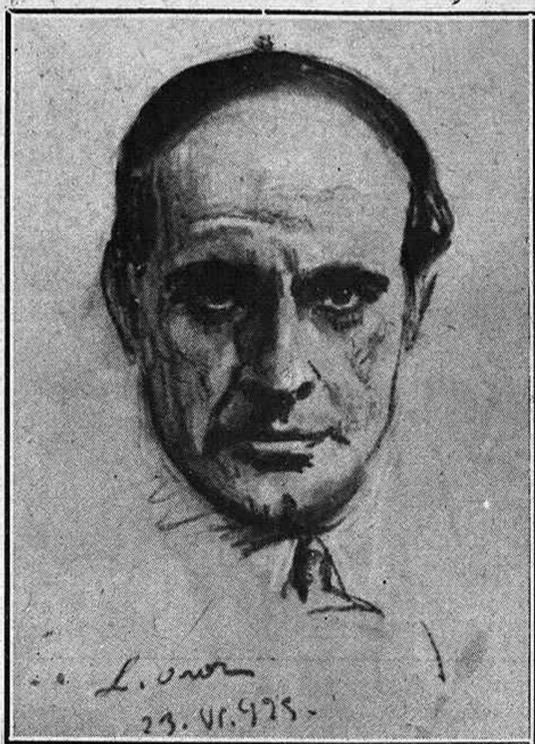
Comparemos brevemente con la de Tiziano la de Poussin.

El cuadro es una ruina de un cuadro. Imposible que la fotografía ni el grabado den una idea de él. Allá en una sala apenas visitada del Museo prolonga una fatal agonía.

Los tonos rojos, simplicísimos, con que Poussin labraba sus figuras, han sido absorbidos por la fiera luz real que sobre ellos secularmente ha ido operando. Los tonos fríos, de azules fundidos con negro, se han empastado. Como ante el lienzo de Tiziano reímos, este lienzo físicamente maltratado nos invita á la elegía, á meditar sobre lo fugitivo de todo esplendor, sobre el acabamiento y la cruel misión del tiempo, gran roedor.

Sin embargo, lo que nos cuenta Poussin es, si cabe, más alegre aún que la anécdota de Tiziano. Porque Tiziano refiere sólo una anécdota, nos presenta algo esencialmente momentáneo. No podemos menos de advertir el esfuerzo de la materia para ascender un instante, empujada por el vino, á las finas vibraciones espirituales; no podemos menos de presentir que todo concluirá en un inmenso cansancio, en carnes ajadas, en músculos lacios, en mal sabor de boca.

Los personajes de Poussin no son hombres; son dioses. Faunos, silenos, ninfas y sátiros que acompañan por el bosque eternamente la rauda aventura de Baco y Ariadna. El elemento realista, humano, sólo humano, de Tiziano, falta



DON JOSE ORTEGA Y GASSET
(Retrato al carbón, por Oroz)

aquí. No por defecto, no por error ú olvido, sino formalmente. Poussin pinta cuando ha pasado el Renacimiento como pasa una bacanal humana. Vive precisamente en el día que sigue á la orgía tizianesca. Lloro de cansancio y desánimo. Las promesas optimistas del Renacimiento no se han cumplido. La existencia es áspera y exenta de poesía; la vida se va estrechando. Los pueblos de Occidente se entregan al misticismo ó al racionalismo. ¿A qué vivir? Suprimamos en lo posible la acción; reduzcamos á lo mínimo la vida; más bien que vivir esta aspereza presente, recordemos la egregia existencia de un vago pretérito.

Poussin es un romántico de la mitología clásica. Dentro de un espacio irreal hace pasar el cortejo armonioso de unos seres divinos, dotados de un reir inextinguible, que beben sin emborracharse, para quienes la bacanal no es una fiesta sino la vida normal. Meier-Graefe nota muy bien esto: «La bacanal de Poussin evita todos los extremos. No es, como la de Tiziano, el episodio de un día de libertinaje: es la felicidad hecha norma» (1).

En efecto: el niño del cuadro de Tiziano está aquí, á la derecha, en un grupo formado por un

(1) Esta frase del crítico alemán, en su «Viaje de España», fué lo que me movió á componer este ensayo.

fauno y una ninfa, la cual cabalga un macho cabrío. El niño tiene patas de chivo; es un satirillo lindo, hijo tal vez del buco y la bella divinidad. Esta aproximación entre el dios y la bestia tiene una grave intención melancólica característica del romanticismo. Cuando Rousseau postulaba la vuelta del hombre á la Naturaleza, proclamaba también la ruptura de la civilización. Esta, lo específicamente humano, es un error, un callejón sin salida. La Naturaleza es más perfecta que la cultura; es decir, la bestia está más cerca de Dios que el hombre. Y Pascal, tiempo antes, había predicado también: *Il faut s'abêtir*.

«Los borrachos», de Velázquez

La belleza y la ventura son atribuciones de los dioses—nos sugiere Poussin—, no de los hombres. La alegría que describe en su cuadro produce en nosotros una reacción amarga, porque nos sentimos excluidos de ella. La realidad es laboriosa y lugar de dolor: la felicidad es irreal como estos dioses y estas ninfas. El sol real se ha vengado, ha obscurecido el cuadro, como dicen que los olímpicos poderes cegaron á Homero para vengarse del deshonor que éste vertiera sobre Helena.

La solución del Poussin nos induce á una idea contemplativa, interior, callada, en que recogemos los tenues ecos de ese reir inextinguible que llevan en los labios las divinidades. Solución poco reconfortante, equívoca invitación á una perdurable melancolía. Pero, al menos, Poussin nos asegura que hay dioses. Poussin pinta dioses.

Y he aquí que nuestro Velázquez reúne unos cuantos ganapanes, unos pícaros, hez de la ciudad, sucios, ladinos é inertes. Y les dice: Venid, que vamos á burlarnos de los dioses.

En medio de la viña desnuda á un mozancón rollizo, de carne linfática, y le pone unas hojas de vid en torno á la cabeza. Este será Baco. Y agrupa á los demás en torno de una jarra y les hace beber hasta que los ojos se hinchan estúpidamente y las mejillas se contraen en un necio gesto de risa. Esto es todo.

La bacanal desciende á borrachera. Baco es una mixtificación. No hay más que lo que se ve y se palpa. No hay dioses.

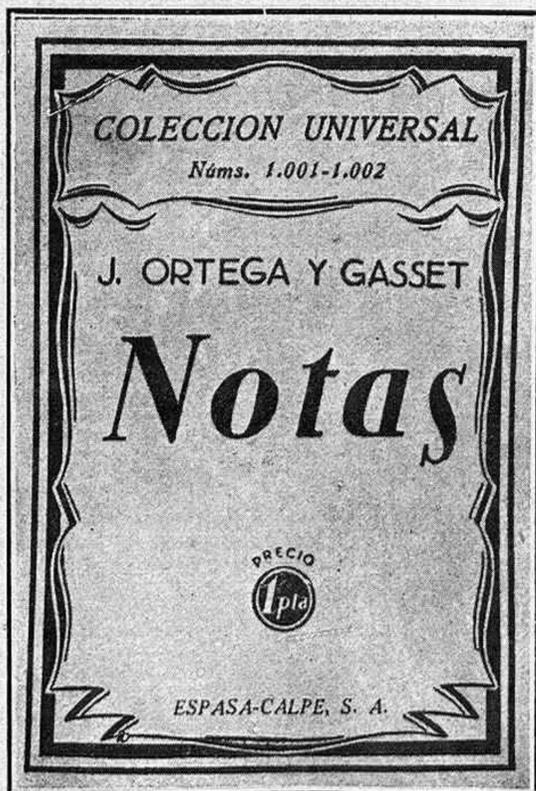
El estado de espíritu que esto revela, la burla de toda mitología que, como es sabido, aparece á lo largo de la obra de Velázquez—recuérdese *Mercurio y Argos, el dios Marte*—, tiene, sin duda, grandeza. Es una valiente aceptación del materialismo, un desafío al cosmos, un soberbio *malgré tout*. ¿Pero es justificado? ¿No es el realismo una limitación?

Porque, vamos á cuentas: ¿qué cosa son los dioses?, ¿qué han simbolizado los hombres en los dioses? El tema es grave y difícil. Forzándolo podíamos decir: los dioses son el sentido superior que las cosas poseen si se las mira en conexión unas con otras. Así Marte es lo mejor de la guerra: la gallardía, la entereza, la reciedad del cuerpo. Así Venus es lo mejor de la expansión sexual: lo deseable, lo bello, lo suave y blanco, el eterno femenino. Baco es lo mejor de la sobreexcitación fisiológica: el ímpetu, el amor á los campos y á los animales, la profunda hermandad de todos los seres vivos, los bienhadados placeres que á la mísera Humanidad ofrece la fantasía. Los dioses son lo mejor de nosotros mismos, que una vez aislado de lo vulgar y peor toma una apariencia personal.

Decir que hay dioses es decir que las cosas no tienen, además de su constitución material, el aroma, el nimbo de una significación ideal, de un sentido. Es decir, que la vida no tiene sentido, que las cosas carecen de conexión. Tiziano y Poussin son, cada cual á su modo, temperamentos religiosos, sienten lo que Goethe sentía: *devoción á la Naturaleza*. Velázquez es un gigante ateo, un colosal ímpio. Con su pincel arroja los dioses como á escobazos. En su bacanal no sólo no hay un Baco, sino que hay un sinvergüenza representando á Baco.

Es nuestro pintor. Ha preparado el camino para nuestra edad exenta de dioses, edad administrativa en que en vez de Dionysos hablamos del alcoholismo.

JOSÉ ORTEGA Y GASSET



Portada del libro «Notas», de D. José Ortega y Gasset

LA CASA DE MOLIERE

ORÍGENES DEL TEATRO NACIONAL FRANCÉS

Cómo se crea un teatro nacional? Para los que creen en la omnipotencia del Estado y en la necesidad de un intervencionismo absoluto y universal, la respuesta es fácil: mediante un decreto, como Napoleón, que en medio de sus preocupaciones guerreras tenía tiempo para todo, reorganizó la *Comédie Française*.

Pero Napoleón no hizo, en definitiva, sino rehacer lo que la Revolución había destruido; la *Comédie Française* tenía ya casi dos siglos de existencia oficial cuando el gran corso la inundó nueva vida. Su verdadero creador fue Luis XIV si pensamos que la «Casa de Molière» nació en 1673, cuando el Rey mandó que se unieran la Compañía del Marais y la que dirigió Molière, ó en 1680, cuando dispuso que se fusionara con ellas la del Hotel de Bourgogne; pero antes de esa vida oficial, la *Comédie* había vivido realmente en esas tres raíces; la Compañía del Hotel de Bourgogne, heredera, por decirlo así, de los *Confrères de la Passion*, la Compañía del Marais ó del *Hotel de l'Argent* y la Compañía de Molière ó del Palais Royal. La primera existía en París, con privilegio real desde muchos años antes, y si nos remontamos, buscando sus orígenes á la existencia de los *Confrères de la Passion*, desde fines del siglo XIV, durante el reinado de Carlos IV.

Los *Confrères de la Passion*, á que llaman los historiadores «Padres del teatro francés», no eran cómicos profesionales; eran unos cuantos buenos burgueses de París que se habían asociado para representar los misterios de la vida y muerte de Nuestro Señor y habían elegido para hacerlo un pueblecillo próximo á París, Saint Maur, más allá de Vincennes. Eran, pues, algo así como los buenos habitantes de Oberammergau, que después de ellos, y con un fin utilitario de taumaturgia, hicieron lo mismo algún tiempo después y siguen manteniendo la tradición con un fin, utilitario también, de atracción de forasteros.

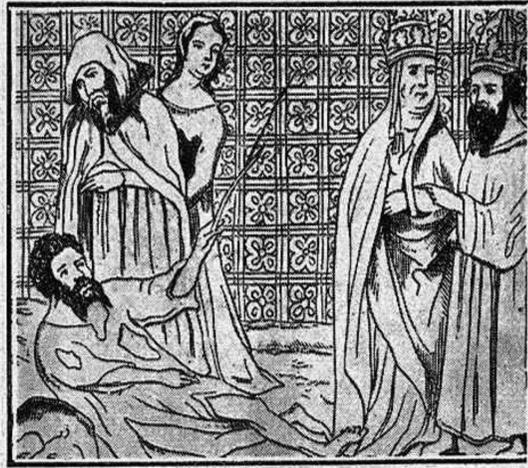
Pero los burgueses de París fueron menos afortunados que los bávaros, y en 1398 el preboste de París publicó una orden prohibiendo representar á todos los ciudadanos de su jurisdicción sin licencia del rey, y sopena de ser castigados por desacato. No se conformaron con la orden los comediantes de Saint Maur; apelaron al rey; el rey quiso verlos; le agradó el espectáculo, y en 1402 les concedió autorización y privilegio para aquel género de representaciones. No huelga decir que, para lograr el favor de la corte, se constituyeron no en Compañía cómica, sino en cofradía religiosa; fué entonces cuando comenzaron á llevar el nombre de *Confrères de la Passion*.

En posesión ya del privilegio real, buscando mayor espacio para sus hazañas, dieron en una sala inmensa de un edificio abandonado entonces, y que había sido construido á expensas de dos caritativos alemanes residentes en París, Guillermo Escualco y Juan de la Rossee, para que sirviese de hospedería á los viandantes que llegaban á París después de cerradas las puertas de su recinto, amurallado ya en aquella época.

Allí estuvieron hasta 1547, época en que Francisco I, que los había renovado el privilegio en 1518, les ordenó que abandonasen la vieja hospedería para que ella volviese á tener su primitivo destino ú otro igualmente benéfico.

Mucho antes de eso, el ejemplo de los *Confrères de la Passion* había sido imitado y tenían ya competidores: los *Clercs de la Basoche*, los *Enfants sans souci* y *La Confrère des Sots*.

Los *Clercs de la Basoche* eran lo que hoy llamaríamos «curiales» funcionarios del orden judicial, que entre ellos constituían una especie de tribunal de honor que de la noche á la mañana, estimulado por el ejemplo de los *confrères*, se convirtió en Compañía dramática, y que, no pudiendo, porque el privilegio concedido por Carlos IV lo impedían representar «misterios», inventaron otro género de obras dramáticas á



Miniatura tomada del manuscrito original del «Miracle de Notre Dame», del repertorio de los Hermanos de la Pasión

que dieron el nombre de *moralités*, exaltadoras de las virtudes y censuradoras de los vicios humanos, que pronto se convirtieron en sátiras demasiado violentas á veces, y que tenían, generalmente, por blanco las personas, las costumbres y los errores del *Palais*, mejor dicho, de los



Sello del Rey de la Basoche

pobladores del *Palais*, de los funcionarios judiciales.

Esto diferenciaba sus sátiras de las que habitualmente representaban *Les enfants sans souci* y los *Confrères des Sots*, que, además, eran más procaces y desvergonzados y solían buscar su



«La mère sott», gran dignataria de la «Confrère des Sots»

diálogo en lo más bajo y picaresco del lenguaje popular.

Les enfants sans souci y los *Confrères des Sots* eran, sin embargo, muchachos de buenas familias; pero alegres, turbulentos, bohemios los hubiesen llamado siglos después, entre los cuales había ya algún poeta como Clemente Morot.

Aquel mal ejemplo, grato, sin duda, al público, que en él encontraba reflejadas sus bajas pasiones, contaminó á los *Confrères de la Passion*, que hasta entonces habían representado el *Mystère de la Passion*, el *Mystère de Sainte Genevieve*, *Vie et histoire de madame Sainte Barbe* y otras obras semejantes, y se lanzaron después á representar «farsas» tremendamente satíricas y tan despiadadas y procaces como las que lo fueran más de sus competidores. La sátira, sin embargo, no era para ellos completamente nueva, y lo era aún menos la procacidad del lenguaje: un historiador del teatro francés, Paul Lacroix, ha denunciado que muchas escenas del *Misterio de la Pasión* se arrastraban por los lugares comunes de la obscenidad y que «el diálogo de los personajes secundarios tomaba del lenguaje popular muchas imágenes licenciosas y palabras bajas».

Quizá aquella mixtificación de los primitivos propósitos y aquel rebajamiento de su obra influyeron decisivamente en la resolución de Francisco I, privándoles de la primera sala que tuvieron en París, junto á la Porte Saint Denis, donde aun hoy está situado un centro de atracción de comediantes y gentes de teatro.

Los *confrères*, que habían ganado mucho dinero con sus representaciones y no querían suspenderlas, compraron entonces el Hotel de Bourgogne, que había sido construido para los duques del mismo nombre, y en el que había habitado Carlos el Temerario, y le adoptaron para continuar sus representaciones.

El Parlamento les autorizó para hacerlo, pero con restricciones: una decisión que lleva la fecha de 19 de Noviembre de 1548 les permitió establecerse de nuevo, pero «á condición de no representar más que asuntos profanos, lícitos y honestos» y prohibiéndoles muy expresamente «representar ningún misterio de la Pasión y otros misterios sagrados». Al mismo tiempo los confirmaba el privilegio exclusivo para representar en París y en sus arrabales.

Este privilegio fué reconfirmado por Enrique II en 1559 y por Carlos IX en 1569; pero los *confrères* se dieron cuenta de que aquel privilegio se avenía mal con la condición de religiosos que ellos ostentaban, y le cedieron con su teatro, del que sólo se reservaron dos palcos con celosías, á una Compañía de cómicos profesionales, á la que puede ser considerada ya como germen de la *Comédie Française*, y que llevó el nombre de *Compañía del Hotel de Borgoña*.

Los *Clercs de la Basoche* habían desaparecido ya; sus procacidades extremadas hicieron que fueran perseguidos, y Carlos VIII llegó á encarcelar á cinco de ellos, y aunque Luis XII, más benigno, reconoció de nuevo su existencia, en diversas ocasiones fueron amonestados para que sus farsas no ofendiesen á los ciudadanos ni á las buenas costumbres, y, finalmente, para ellos fué establecida, y tal fué el origen de ella, la previa censura.

De entonces en adelante, los *Clercs de la Basoche*, faltos del aliciente de sus comedias, no pudieron ya satisfacer el mal gusto del público, y desaparecieron como actores.

Les enfants sans souci y *Les confrères des Sots* desaparecieron también. Privados por los privilegios concedidos á los *Confrères de la Passion* de representar en París, unos se habían resignado á ser «cómicos de la legua» y otros se habían unido con los privilegiados: ellos eran realmente los que representaban las «farsas», y en el *Hotel de Borgoña*, en la primera época, fué donde se hicieron ya famosos los primitivos actores cómicos franceses, groseramente bufos, por cierto. Gau-



Escena de la tragedia «Panthée» de Hardy, representada en el «Hotel de Borgoña»



Una escena de la tragedia «Scevola», de Du Roger, representada en el «Hotel de Borgoña»

thier Garguille, Gros-Guillaume, tan apegados á la Compañía de los *sans souci* y á sus tradiciones, que al entrar en la de los *Confrères* se reservaron el derecho de ir á representar farsas, con sus antiguos compañeros, el martes de Carnaval en los mercados.

Gauthier Garguille, Gros-Guillaume y Turlupui fueron los primeros actores cómicos de la *Compañía del Hotel de Borgoña*, profesional ya. Sus verdaderos nombres eran Hugues Guéru, Roberto Guerin y Henri Legrand, y aun tenían para representar las tragedias, género que nació allí, y entonces, con las de Jodelle, de Garnier, de Hardy, y creció luego con las de Theophraste, de Bacon, de Mairet, y, finalmente, con las de Rotron, Corneille y Racine, siempre en el *Hotel de Borgoña*, los de Flechelle, Lafleur y Belleville.

Lamazurier, en su *Galerie historique des acteurs du Theatre-Français*, ha dejado una descripción de aquel teatro.

«Estaba construído—dice—como todos los de su época, en un antiguo juego de pelota formado por paralelogramo; muy bueno, sin duda, para aquel ejercicio, pero poco apropiado para representaciones teatrales. No se habían tomado el trabajo de cambiarle la forma: en uno de sus extremos se alzaba un estrado, destinado á servir como el *proscenium* de los antiguos. Tres ó cuatro bastidores á cada lado, un telón pintado en el fondo y algunas de papel azul colgando del techo para imitar las nubes, tal era la decoración usual, que servía lo mismo para un palacio que para una cárcel, para un bosque ó para un jardín. Cuando se quería decir á los espectadores que cambiaba el lugar de la acción, bajaban y subían un tapiz, y esto lo hacían diez ó doce veces en cada

obra. En las paredes se apoyaban dos ó tres filas de gradas de madera, dispuestas de tal modo que la mitad de los espectadores sólo veían á los cómicos de perfil, y los que ocupaban los primeros palcos, denominados por excelencia «buenas plazas», sentados demasiado lejos de la escena, ne-

cesitaban tener tan perfectos la vista como el oído. Se podía estar más cerca situándose en el patio; pero la necesidad de estar en pie y otros inconvenientes hacían desagradable aquel lugar. Un autor de la época los pintó candidamente así: «El patio es muy incómodo, por las apreturas. Allí hay pícaros mezclados con gentes honradas, á las que á veces pretenden molestar. Por la menor cosa entablan una disputa, echan mano á la espada é interrumpen la comedia. Cuando están más tranquilos, no cesan de hablar, de gritar ni de silbar; y como ni han pagado nada al entrar ni han ido allí sino á falta de otra ocupación, no se ocupan de oír lo que dicen los cómicos.»

Entre los actores que en el *Hotel de Borgoña* lograran con justicia el mejor renombre, figuraron Bellerose, Floridor, L'Epy, Lafontaine, Lafrance, Lenoir, Resuean, Le Comte, Beauchateau, Montfleury, Jodelet, Brecourt, Champm. s. e.; y entre las actrices, Beauchateau, Beasval, Champ, Boniface, Belonde y otras muchas.

Al comenzar el siglo XVII, los actores del *Hotel de Borgoña*, no obstante su privilegio, pero mediante un canon por representación, autorizaron para establecerse en París á otros cómicos profesionales que alquilaron el *Hotel de l'Argent* y le transformaron en *Teatro del Marais*, y después recorrieron otros locales.

En 1650 tuvieron nuevos competidores. Molière, con su Compañía, que llevaba el nombre de *Illustre Teatro*, se instaló en el juego de pelota de la Cruz Blanca, en el faubourg St. Germain; pero como otras Compañías provincianas que habían intentado la misma empresa, tuvo que volver á peregrinar, dejando nuevamente como únicos dueños del campo á las



MOLIERE

Compañías del Hotel de Borgoña y del Marais.

Ocho años más tarde, Molière volvió á París; se instaló en el Teatro del Petit Bourbon, cerca del Louvre, y luego, cuando Luis XIV decidió que aquel teatro fuese destruído, en el *Palais Royal*. El gran autor dió á su Compañía el nombre de *Troupe de Monsieur*, que con autorización real, y subvencionada por el Monarca, se llamó luego *Troupe du Roi*.

Al morir Molière, Lully se apoderó, autorizado por el rey, de la sala del Palais Royal para espectáculos de ópera, y Luis XIV ordenó que se fusionaran las Compañías de Molière y del Hotel d'Argent con el nombre de *Troupe du Roi*, que fué á ocupar un nuevo local en la rue Guénégaud. Siete años más tarde, el mismo monarca ordenó otra fusión, la de la *Troupe du Roi* con la del Hotel de Borgoña, y aquella decisión constituyó definitivamente la *Comédie Française*. Se ve, pues, que si ésta lleva orgullosamente y con razón el nombre de «Casa de Molière», es en un sentido simbólico ó puramente espiritual: Molière, en efecto, ni la fundó ni siquiera formó parte de ella.

Claro está que desde aquel momento, el título de *Comédien du Roi* se aplicó á todos los que constituían la Compañía de la *Comédie Française* y á los de la Compañía de Comedia Italiana que entonces funcionaba en la capital de Francia.

Eran, efectivamente, servidores del Monarca, y frecuentemente representaban ante él tanto en París como en las residencias veraniegas de Versalles, de Fontainebleau y de Chambord, y para él reservaban las primicias de la obras nuevas.

Chappuseau, en su *Théâtre François* (1675), nos cuenta así los derechos y deberes de aquellos cómicos:

«Están obligados á ir al Louvre cuando el rey lo ordena, y si las necesitan, se les facilitan carrozas. Cuando van á Saint Germain, á Chambord, á Versailles ó á otros lugares, además de su pensión y de las carrozas, carretas y caballos que les facilitan las caballerizas reales, tienen en común una gratificación de mil escudos mensuales, y cada uno percibe dos escudos para sus gastos diarios, sus criados en proporción, y son alojados por los aposentadores reales. Cuando representan se da por orden del rey á cada uno de los actores y actrices, en París lo mismo que en los sitios reales, en verano y en invierno, tres



MME. VEXTRIX

Famosa actriz de la «Comédie Française»



Mlle. CLAIRON

Famosa actriz de la «Comédie Française»

piezas de leña, una botella de vino, un pan y dos bujías blancas en París, y en Saint Germain una antorcha que pesa dos libras... Es necesario añadir que no hay personas de calidad que no gusten de regalar á los cómicos con los que han dado ocasión de estima: les complace su conversación y saben además que con ello complacerán al rey, que desea que se les trate favorablemente. Así se ve á los cómicos aproximarse lo más que pueden á príncipes y grandes señores, sobre todo á los que los sostienen en la gracia real, y que en ocasiones saben apoyarlos con su crédito.»

Esta protección de los magnates de la Corte, transformándose según las épocas, ha perdurado hasta la época actual. Los «cómicos» de la *Comédie Française* gozan de la más alta consideración social; sobre todo, cuando llegan á la categoría de *sociétaire*, son recibidos en todas partes y su intervención en las *soirées* mundanas diciendo monólogos ó escenas de comedias clásicas ó modernas, es, además, espléndidamente pagadas, hasta tal punto que lo que cobran por ese concepto constituye uno de sus haberes más saneados.

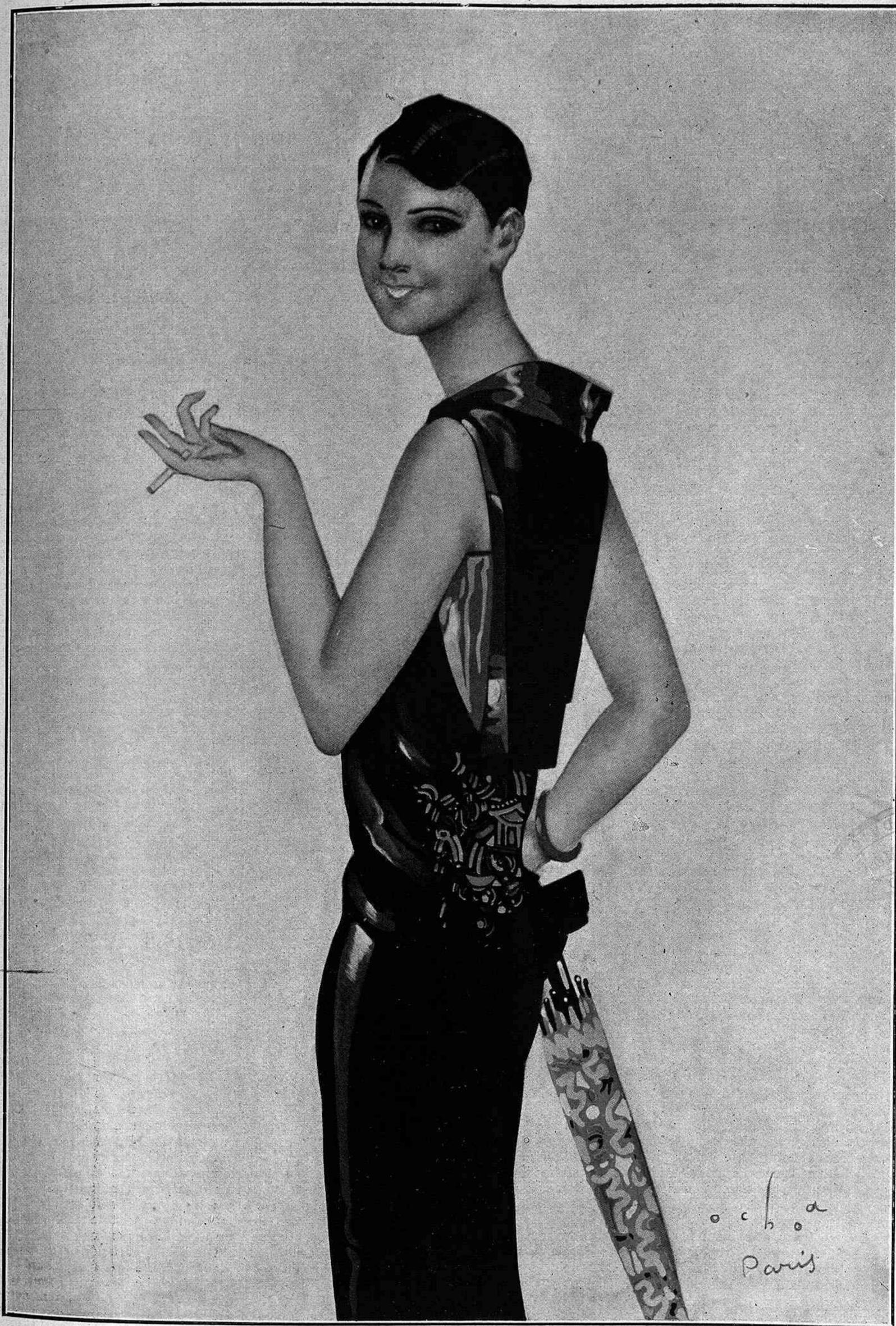
La tradición, pues, perdura; y si hoy los cómicos del Teatro Nacional Francés no son los *comédiens du Roi*, son los *comédiens de Marianne*, siempre los actores de Francia, algo así como unos académicos del teatro que tienen sobre los de otros de Academias el mérito de que el público los juzga á diario.

Tal fué el nacimiento de la *Comédie Française*.

Su historia ulterior es interesantísima, sobre todo en algunos periodos culminantes. Ni en resumen cabe ya aquí.

La contaremos en otra ocasión.

D. T.



En París hay mujeres que propenden á la hipérbole, que, además, es muy propia de la naturaleza femenina. Exagerando en todo, algunas muchachas van reduciendo á un minimum sus diferencias ostensibles con

TIPOS DE PARÍS, por OCHOA
UNA EXTREMISTA

los pilluelos de los *fortifs*. Ochoa ha tomado una de esas extremistas, acrecentando su colección de tipos de París con uno más, que, como otros, parece arrancado de la cubierta de un *magazine* francés.

EL SOL, ALMA DEL MUNDO

La energía solar que recibe la Tierra y sus efectos

HEMOS tenido unos días de Febrero con sol espléndido y temperatura dulce. Los almendros se han vestido de blancas flores; los hombres han soltado sus abrigos de invierno quizá prematuramente; la primavera se ha adelantado unas semanas. «¿Qué pasa en el Cosmos?—han preguntado algunos—. ¿Es que el Sol, de pronto, ha aumentado su temperatura? ¿Es que nos envía más calor que en los meses anteriores?» Y LA ESFERA quiere que el autor de estas líneas conteste á esas preguntas.

La respuesta es negativa. Nada ha variado en el Sol, ni siquiera estamos en período de manchas abundantes. La radiación solar, la que vivifica nuestro mundo, la que abre las flores, madura los frutos y á ratos nos abruma con pesadez estival, sigue siendo la misma. ¿Y qué es la radiación solar? Bueno será exponer algunos datos sobre ese punto, sobre el valor de esa radiación, sobre sus efectos é importancia.

Digámos primeramente qué es la radiación, y para ello recordemos la peregrinada de que el Sol nos envía luz y calor. A la suma de estos rayos de luz, de calor y aun de otros menos conocidos se le llama *radiación solar*. Radiación quiere decir suma de rayos. Esa radiación se ha considerado como invariable, como una cantidad constante, y precisamente por eso al valor de la radiación se la ha llamado *constante solar*. Modernamente se ha demostrado que esa constancia no es rigurosamente exacta; pero sus variaciones son muy pequeñas. Prácticamente puede considerarse constante.

Para medir el valor de la radiación ha sido preciso definir concretamente las circunstancias y unidades aplicables, y se ha convenido en lo siguiente: la radiación solar se mide y expresa por las calorías que el Sol envía normalmente sobre un centímetro cuadrado de superficie en un minuto de tiempo y en los límites de la atmósfera.

He aquí todas las condiciones necesarias para tener el valor de la constante solar: cantidad de energía que cae perpendicularmente sobre un centímetro cuadrado, en el tiempo de un minuto, expresada en calorías y medida, allá en el límite lejano é inaccesible de la atmósfera.

Del centímetro y del minuto de tiempo nada hay que decir; son unidades usuales, corrientes, familiares y conocidas. De la caloría aquí empleada diremos que es el calor necesario para elevar la temperatura de un gramo de agua en un grado del termómetro centígrado. También esto es fácil de determinar.

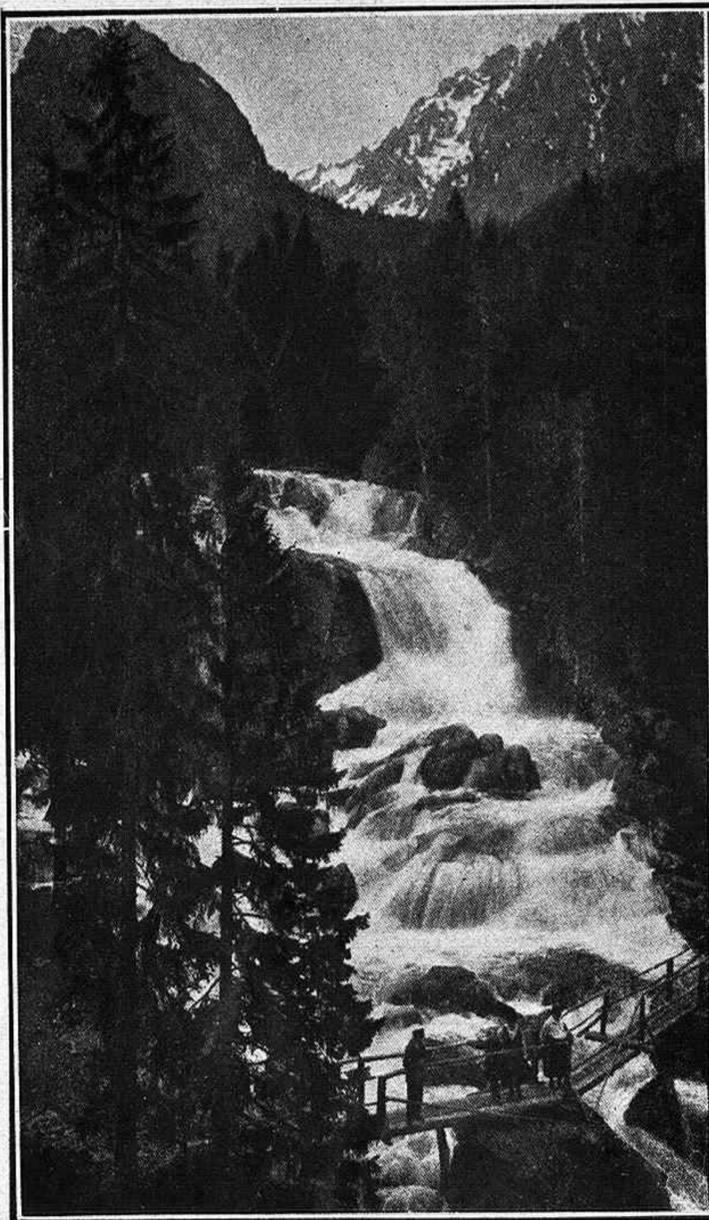
Lo difícil es ir á los límites de la atmósfera para medir el calor que allá viene del Sol. Y, sin embargo, es preciso averiguarlo, porque la atmósfera absorbe ó retiene una parte considerable de esa energía: la parte absorbida es tanto mayor cuanto más espesor tiene la atmósfera y cuanto menos transparencia ofrece.

El espesor atmosférico, atravesado por los rayos solares, depende, en gran parte, de la altura del Sol sobre el horizonte; y así en las primeras horas de la madrugada ó á la caída de la tarde, la radiación solar que llega á los aparatos de medida es pequeñísima: cruza muy oblicuamente la atmósfera, y hay una absorción enorme. Por la misma razón, la absorción es mayor en invierno que en verano. He aquí por qué es menester averiguar cuál puede ser el valor verdadero de la radiación potente del Sol, de la radiación integral, de la que no ha sufrido las mermas atmosféricas.

Eso es irrealizable directamente. El Hombre,

á pesar de su audacia, no ha podido escalar más que una zona atmosférica de unos diez kilómetros de altura; y esto, pocas veces, durante unos minutos y á costa de riesgos de todo género. ¿Y qué son diez kilómetros ante los trescientos, ó más, que se asignan á la atmósfera actualmente?

No es posible, por tanto, satisfacer directamente esa condición, y hay que hacer las mediciones en la superficie de la tierra, variando lo posible las condiciones, en el mayor número de lugares, para, con esos datos, inducir, mediante



Los saltos de agua, las pintorescas caídas y cataratas, son producidas por la energía solar, que vaporiza el agua de los mares y la deja caer en forma de lluvia ó nieves en las altas montañas

fórmulas é hipótesis varias, lo que será en los límites de la atmósfera.

En España hay ya datos muy copiosos; se han hecho medidas en Madrid; en la Sierra del Guadarrama, á 2.000 metros de altitud; en la meseta castellana, á unos 800 metros; al nivel del mar en las costas levantinas, y allá, en Canarias, en las cimas abruptas y humeantes del Teide.

Tenemos una suma respetable de observaciones minuciosas que se estudian y coordinan con las obtenidas en otros países, porque este asunto se ha estudiado con tenacidad extraordinaria, y sigue estudiándose y seguirá durante mucho tiempo.

No hemos de entrar en describir los delicadísimos instrumentos que se emplean para estas determinaciones, los cuales llegan á apreciar la milésima de caloría, que es tanto como decir la milésima de grado termométrico. La descripción, sin tener á la vista el instrumento, sería perfectamente inútil. Citemos solamente unos nom-

bres: Crova, Angstrong, Abbott, Gorzinsky, etcétera, son autores, entre otros muchos, de aparatos ingeniosos para medir esa radiación.

¿Cuáles son los resultados? Dejando á un lado mediciones antiguas que dieron valores contradictorios, diremos que hoy se admite para valor de la constante solar el de dos calorías, prescindiendo de fracciones. El error que se comete no excede de dos centésimas de caloría.

Todo esto quiere decir que la tierra recibe cada minuto de tiempo dos calorías por cada centímetro de superficie, puesto normalmente á los rayos solares. No se olvide esta condición de recibir los rayos normalmente porque es fundamental. De esa energía, la tercera parte ó más se queda en la atmósfera, y se invierte, digámoslo así, en movilizarla, produciendo los diferentes meteoros.

Ya tenemos el dato fundamental; veamos las consecuencias. Dos calorías por minuto, en cada centímetro de superficie, dan más de un millón de calorías por hora y metro cuadrado. Cálculos minuciosos y perfectamente justificados dan estos resultados interesantes. Esa cantidad de energía sería suficiente, bien recogida y aprovechada, para mantener trabajando todo el año á ocho horas diarias una máquina de vapor de un caballo de fuerza por cada diez metros cuadrados de superficie. Ese calor bastaría para fundir una capa de hielo de treinta centímetros de espesor que rodease á nuestro globo; bastaría para reducir á vapor una masa de agua de cuatro metros de profundidad que cubriese todo nuestro mundo. La evaporación y la fusión del hielo tiene una aplicación en meteorología, como diremos muy pronto.

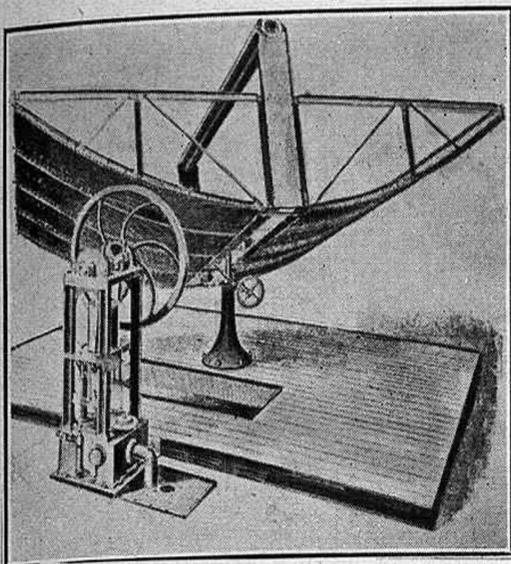
Estos datos nos llevan á considerar el calor que debe desprender el Sol. Se calcula que es equivalente al que produciría la combustión de una capa de carbón de piedra de 35 kilómetros de espesor que rodease al Sol, y no olvidemos que el globo solar es un millón trescientos mil veces mayor que todo nuestro mundo. Y basta de números, que son verdaderamente abrumadores para nuestra pequeñez.

Esa maravillosa cantidad de energía cae sobre la Tierra con perfecta uniformidad; pero la inclinación distinta con que llega á las distintas regiones cambia su valor relativo. La constante solar—hemos insistido mucho en ello—hay que medirla recibiendo los rayos sobre un centímetro cuadrado; pero recibidos perpendicularmente á la superficie; es decir, formando ángulo recto con el plano de esa superficie ó con el plano tangente á la misma. Cuando el rayo, en

vez de caer perpendicularmente, cae inclinado formando un ángulo, la intensidad es menor. Si el ángulo con la vertical es de 30°, ya la radiación no vale dos calorías, sino 1'6, y á los 60° ya vale solamente la mitad; es decir, una caloría, y á los 80° menos de las dos décimas, y á los 90° se anula casi totalmente.

Esto tiene la mayor importancia porque explica la desigual repartición del calor en la superficie de la tierra. El calor que el Sol envía es el mismo para todos; pero en la zona tórrida los rayos caen verticalmente ó poco menos; en cambio, en las regiones polares caen muy oblicuamente, y sigue el decrecimiento expresado en esa ley. Y por la misma causa, esto es, por la variable inclinación con que caen los rayos solares, se producen las estaciones del año. La radiación no varía; lo que cambia es la posición relativa de los distintos lugares de nuestro planeta.

Este desigual calentamiento, debido á la esfericidad de la Tierra, es la causa fundamental de



Motor solar Ericson. Concentrando los rayos solares sobre un tubo con agua, se produce vapor á presión que mueve una bomba para elevar agua

todos ó de la mayor parte de los fenómenos meteorológicos.

Imaginemos una región cualquiera en la zona tórrida. Allá la radiación solar por cada centímetro es cinco veces mayor que en latitudes elevadas, como las de la Europa septentrional. El aire, en contacto con el suelo fuertemente caldeado, se recalienta, y por ello se hace más ligero y sube en la atmósfera como sube el aire por una chimenea cuando se enciende fuego debajo. El aire caliente sube, en la chimenea, y sobre una hoguera en pleno campo, y además arrastra con él cuerpos ligeros. El calentamiento sobre los mares de las zonas cálidas produce, no solamente elevación de aire, sino también arrastre de grandes masas de agua en vapor. Ese es el efecto inmediato del calentamiento solar.

En ese trabajo de elevación de enormes masas aéreas y de enormes masas de vapor de agua se emplea una parte considerable de la energía solar llegada á la tierra. Y esa es también la causa inicial de todos los fenómenos meteorológicos. Por eso el gran poeta inglés Byron llamó al Sol «padre de las estaciones, rey de los elementos y de los hombres.»

Al subir el aire caliente, en la zona tórrida se produce un vacío parcial, ó, mejor, un enrarecimiento, y el aire más frío y más pesado de las regiones templadas y polares se precipita á llenar ese vacío, produciéndose las corrientes de viento. A su vez el aire caliente, que sube á las altas capas atmosféricas, va enfriándose y se vierte, digamos así, hacia el Norte y hacia el Sur por la parte superior de las zonas templadas y frías, iniciándose otra corriente hacia los polos.

Ya tenemos formada la circulación atmosférica general. Ya en las capas bajas de la atmósfera hay corrientes aéreas hacia las del Ecuador, y por las capas más elevadas hay otras corrientes aéreas hacia las regiones polares; corrientes que se alejan de las zonas cálidas para ir, cargadas de vapor de agua, á las zonas templadas, intermedias y frías de la Tierra.

Hay, pues, dos corrientes contrarias y superpuestas. Ese es el secreto de toda la circulación atmosférica. Se mueve el aire, se produce el vapor de agua y es transportado ese vapor, porque hay un motor formidable que se llama el Sol. El pone todo el esfuerzo y el trabajo necesario. De su energía somos tributarios, y el día que desaparezca esa energía se habrá paralizado toda la circulación atmosférica, y con ella habrá desaparecido también la vida, tal como nosotros somos capaces de concebirla y de entenderla.

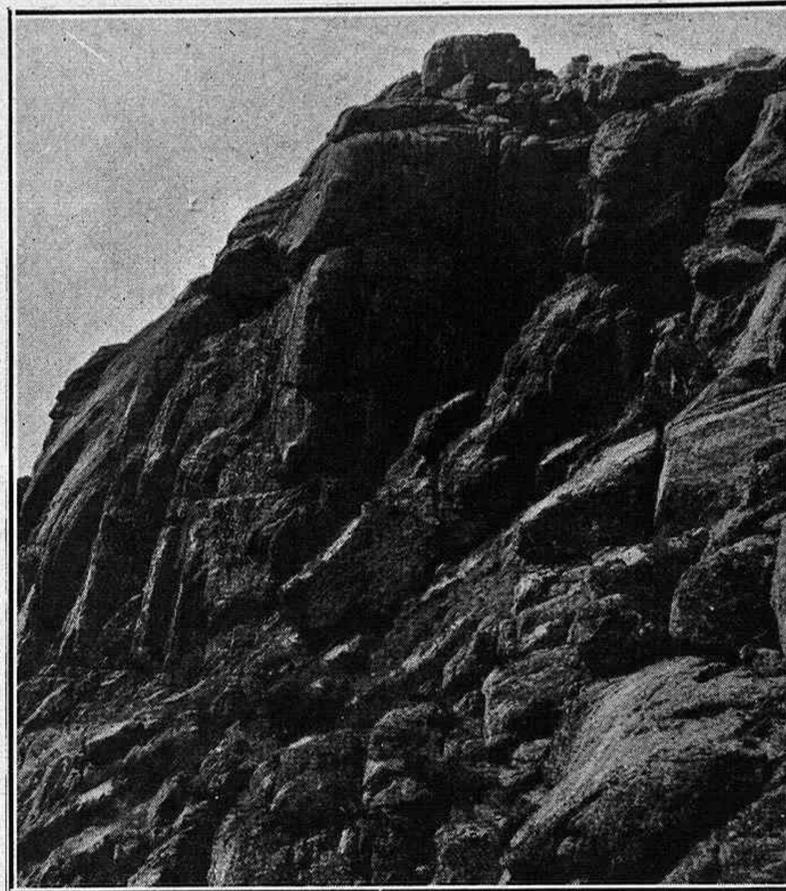
Las dos corrientes aéreas sufren perturbaciones: unas de carácter general, por el movimiento de rotación terrestre; otras accidentales, por diferentes causas que no son de este lugar. Esas corrientes se mezclan, chocan, se entrecruzan, luchan, y de ahí diferentes perturbaciones que producen los vientos, los ciclones, las calmas; que nos traen las nubes ó se las llevan; que originan las lluvias, y las nieves y el granizo y todos los demás fenómenos atmosféricos.

Las lluvias, que fecundan nuestros campos unas veces y que otras los arrasan con inunda-

ciones; que alimentan nuestras fuentes y forman los ríos y los saltos de agua, y mueven fábricas y molinos, tienen su origen en el vapor de agua que la energía solar robó á los mares; quizá á mares remotísimos. La historia de una gota de agua, en sus viajes por nuestro mundo, es una de las historias más instructivas que podría y debería aprender la Humanidad.

Si buscamos el origen de la luz eléctrica que nos ilumina por las noches, lo hallaremos en el Sol; siempre en el Sol; porque si la luz es producida por un salto de agua, hay que ver en el Sol la energía que supo elevar ese agua desde el mar á las alturas de donde procede, para que se haya formado el salto; y si la luz es producida por el carbón, quemado en una caldera, hay que buscar en la energía solar de tiempos muy alejados el origen de ese carbón. Siempre hallaremos el Sol trabajando para nosotros. Es la radiación solar la que todo lo mueve y todo lo vivifica.

Y nadie debe extrañarse de ello después de haber leído el valor tan enorme, tan abrumador, tan extraordinario de esa radiación. Si la recibida sobre diez metros cuadrados de superficie sería suficiente, bien aprovechada, para mantener en trabajo todo el año una máquina de vapor de un caballo de fuerza, ¿de qué no será capaz la energía caída sobre toda la tierra? Suprimid la radiación del Sol y cesarán los vientos y el agua no experimentará evaporación y, por tanto, no habría lluvias, ni nieves; ni mucho menos días soleados como los que hemos tenido este invierno, y desaparecerían los crepúsculos con sus salidas y puestas de Sol maravillosas; y no habría relámpagos, ni tor-



Paisaje del Guadarrama, donde el autor hizo mediciones de radiación solar, á 2.000 metros de altitud, durante seis meses en dos etapas. En lo alto se ve la tienda de campaña que servía de protección á los aparatos durante la noche. Las observaciones se comenzaban á las seis de la madrugada y se continuaban cada diez minutos

mentas, ni arco iris, etc. Imaginad cualquiera otro fenómeno atmosférico, buscad su origen y lo hallaréis, más ó menos directamente, en el Sol; siempre en el Sol ó en su radiación, que para el caso es lo mismo.

Pero probablemente de esa radiación sólo conocemos una pequeña parte, la que se nos presenta bajo los fenómenos de luz, de calor, la que hemos podido apreciar directamente por nuestros sentidos. Quizá hay otros rayos que aún no hemos podido descubrir y que se sospechan solamente. Hay muchos fenómenos y muchas observaciones que abonan esas sospechas. Así las tormentas son atribuidas por algunos á una radiación *corpúscular* apenas vislumbrada. Así algunos médicos han establecido ciertas relaciones entre el cáncer, (nada menos que entre el cáncer!), y los períodos de las manchas solares, como si en esas manchas hubiese alguna radiación desconocida, con misteriosas influencias sobre la salud.

Es indudable la relación entre esas mismas manchas y las tormentas magnéticas terrestres, lo cual no se explica todavía por el calor y la luz solares. Varios botánicos eminentes señalan una estrecha relación entre el período undecenal de manchas y el crecimiento de los árboles. Páginas enteras podrían escribirse registrando hechos análogos.

He aquí, pues, lo que puede afirmarse de una manera comprobada: la radiación solar es prácticamente constante y es el gran motor de todos los fenómenos atmosféricos, es el que los inicia y los anima y los mantiene.

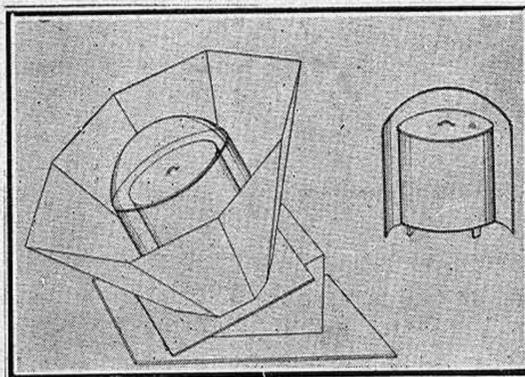
Esa radiación explica también muchos fenómenos de la vida de todos los seres, y hay datos para sospechar que influye en muchas de nuestras afecciones y hasta en nuestros pensamientos.

Recordemos, para terminar, los versos magníficos de Espronceda en su Himno al Sol, cuando se dirige al astro del día, diciendo:

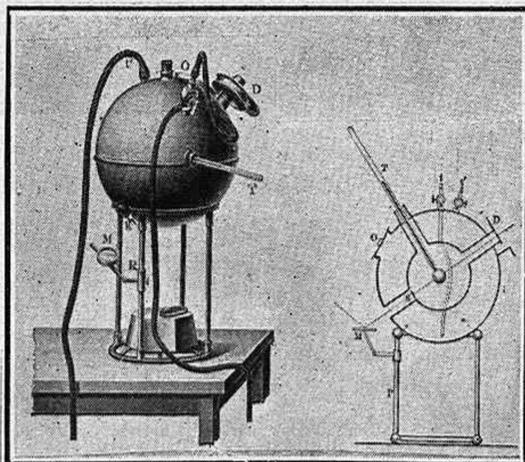
«Las orlas de tu ardiente vestidura
tiendes en pompa, augusto soberano,
y el mundo bañas con tu lumbré pura.
Vívido lanzas de tu frente el día,
y alma y vida del mundo,
tu disco en paz, majestuoso, envía
plácido amor fecundo...»

Eso es el Sol y la radiación solar, «alma y vida del mundo», que majestuosamente nos envía la paz, la alegría, el amor..., que luego la pobre Humanidad transforma en guerras, en tristezas, en odios...

V. F. ASCARZA
(Del Observatorio de Madrid)



Cocina solar de Adam. La vasija, recubierta de una capa absorbente del calor, está en el centro de un sistema de espejos que envían y concentran la radiación, produciendo la ebullición



Actinómetro. A la izquierda, el aparato en conjunto; á la derecha, una sección para ver la disposición interior



Las luminosas vidrieras de la Catedral de Sevilla

INTERESES ARTÍSTICOS

LAS VIDRIERAS DE LA CATEDRAL DE SEVILLA

LA restauración de las magníficas vidrieras que decoran los muros de la Catedral de Sevilla, ofreciendo á las miradas absortas los más brillantes espectáculos de color, constituye el tema artístico de mayor actualidad en Sevilla.

La iniciativa de dicha restauración, que ha de verificarse con toda clase de garantías en sitios apropiados de la misma Catedral, se debe al ilustre arquitecto sevillano, con destino en el

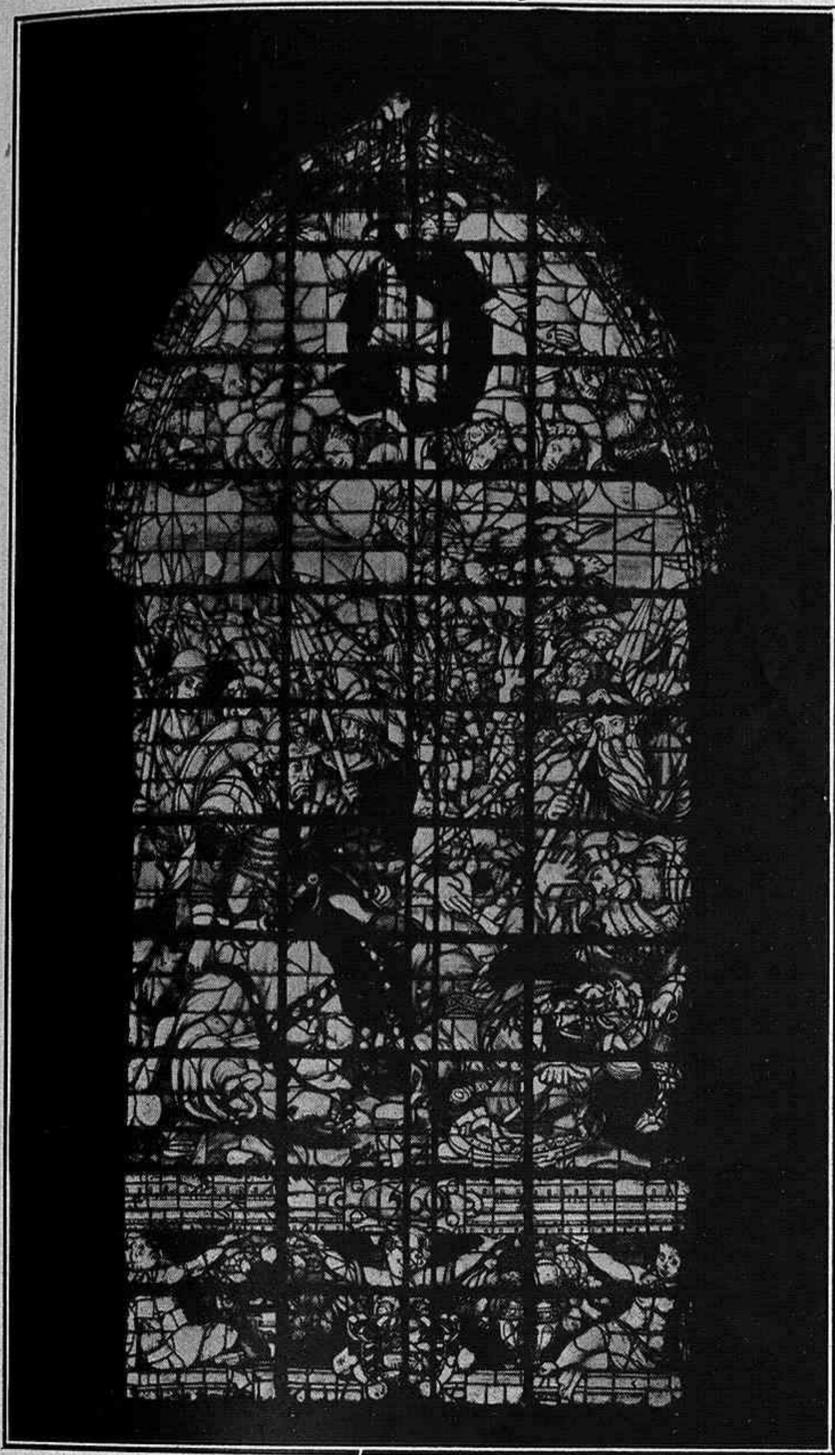
Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes y conservador de aquel monumento, Sr. Luque, habiéndose constituido una junta de personalidades peritas en cuestiones de arte, que preside, por el Cabildo catedralicio, el arzobispo, Sr. Ilundain, y aprobado un proyecto y estudio por la Real Academia de San Fernando.

Y con motivo de la restauración á que nos referimos, hemos creído oportuno recoger algunos interesantes datos sobre las vidrieras, que

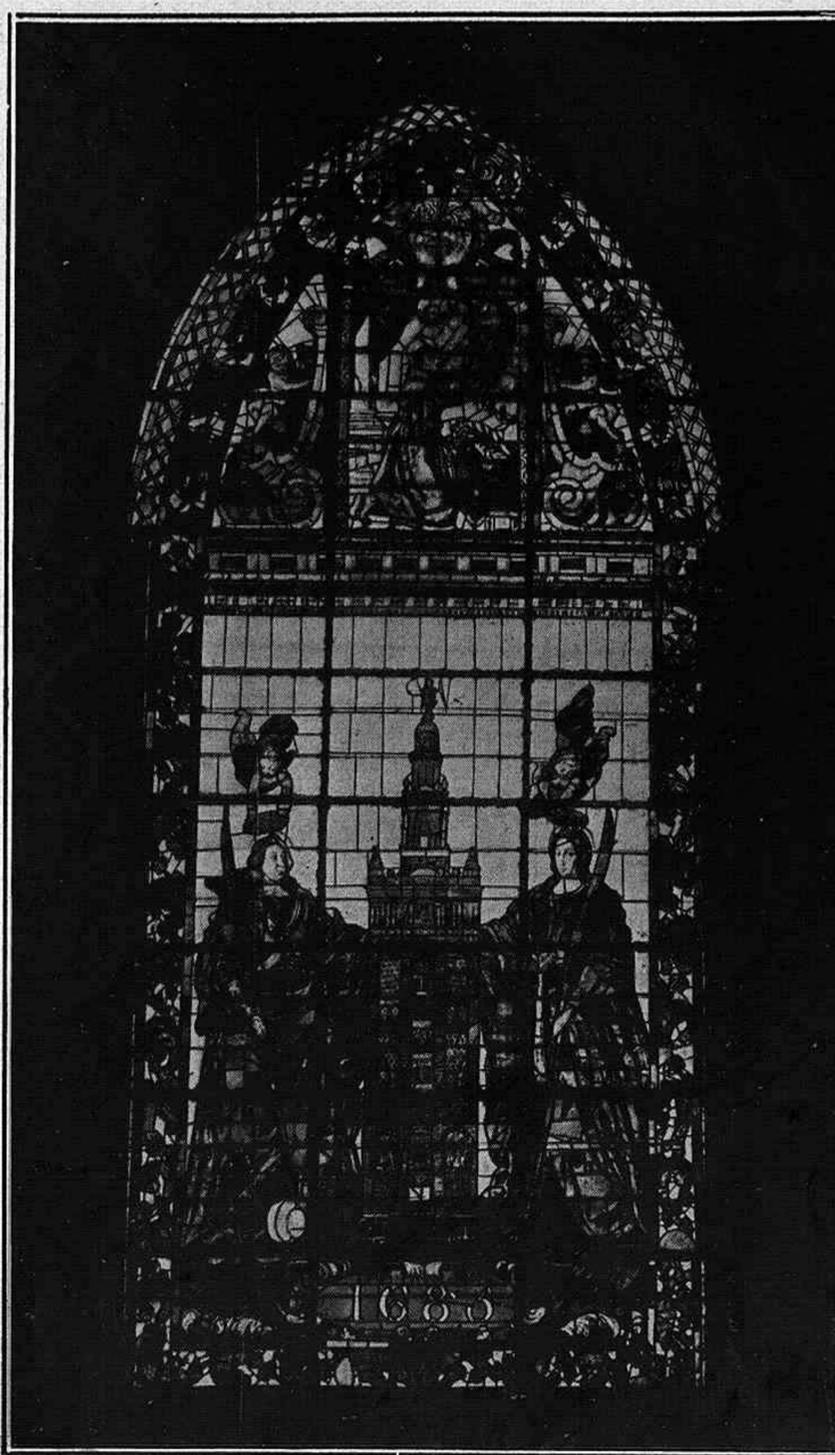
ofrecemos, muy gustosos, á nuestros lectores.

Todas las que existen en la espléndida Basílica sevillana suman un número de setenta y cuatro, conservando la brillantez de sus colores y la delicadeza de su dibujo, á pesar del mucho tiempo que ha pasado de su colocación.

El primer escritor que se ocupó de describirlas y ensalzarlas fué Ceán Bermúdez, prestigioso erudito, y las primeras de que se tienen noticias fueron instaladas á fines del siglo xv.



Vidriera de la Catedral de Sevilla



Vidriera de la Catedral de Sevilla

(Fots. Pérez Romero)

Son las más interesantes la que existe sobre la capilla de Santiago, con la historia de la Conversión de San Pablo, y la de la capilla denominada de las Doncellas, que representa á la Virgen cobijando bajo su manto á unas jóvenes.

«El primero que empezó á pintarlas fué Micer Cristóbal Alemán el año de 1504...»—dice Ceán— Pero en el auto capitular del lunes 5 de Enero de 1478—objeta Gestoso—se lee que «en dicho día mandaron los capitulares dar á maestre henrique vedriero 14.000 mrs de los que ha de dar el Señor Adelantado».

«El lunes 16 de Marzo de dho año cometieron al Arcediano de Xeres e a Luis Sanchez que entiendan con maestre Henrique el que faze la vidriera asi sobre lo que tiene fecho conmo lo que está por fazer.»

«En este mismo día—apunta el propio Gestoso—se trató de las redes de hierro para las dichas vidrieras, y es muy posible, termina, que aquel Maestre Enrique sea el mismo que hizo vidrieras para la Catedral de Toledo.»

Por su parte, el Sr. Rico Sinobas, en su interesante libro *Del vidrio y sus artífices en España*, dice que el maestre Enrique procedía de Alemania y era vecino de Toledo, «donde residía por los años de 1480».

El 16 de Octubre de 1504, cuando ya estaban las obras de la Catedral para tocar á su término, el Cabildo encomendó á los Canónigos Diego de Santillán, Prior de Magacela, y Fernando Ramos «que platicuen con vn maestro que está aquí de hazer vidrieras e asicuten con el de las vidrieras que son menester.»

El referido maestro era Micer Cristóbal Alemán. Luego, en 1510, encontramos en los libros del

LA VIDRIERA

*Allí en la ojiva prisionera
—tamiz del sol meridional—
arde una gótica vidriera
como un incendio de cristal.*

*Rutila el suelo esmeraldino
bajo celajes de zafir;
es de amatistas el camino
que cabe á un pozo va á morir.*

*Junto al brocal se alza altanera
—por no arrastrar su cabellera—
una magnífica palmera
que dá topacios cara al sol...*

*¡Llenando su ánfora escarlata
del bello líquido de plata,
fulge Rebeca y se recata
bajo el gigante parasol!*

J. Jurado de la Parra.

Cabildo el nombre de Juan Jaqués, que procedía de Portugal, siguiéndole, por la misma época, Juan Vibán y Bernardino de Gelandia.

En 1525 se hacen encargos de vidrieras al célebre artífice Arnao de Flandes y á otro maestro, también flamenco, Carlos Brujes.

Y más tarde, en 1560, á Vicente Menardo, de la misma nacionalidad que aquéllos, y á Juan de Pesquera, que fué quien comenzó á restaurar las que ya lo necesitaban.

Por último, siguen á aquellos artífices Mateo Martínez en 1587, y Claudio de León y Juan Antonio Jao, en 1611. Este último era vecino de Sevilla.

Se asegura que de las primitivas no quedan rastros alguno, pues desaparecieron á causa de las voladuras de los molinos de pólvora de Triana, ocurridas en 18 de Mayo y en Noviembre de 1613.

Luego, las inclemencias del tiempo fueron des-perfeccionando á casi todas las demás, encontrándose actualmente muchas de ellas en el estado más lamentable, tanto por aquella circunstancia como por las restauraciones que las hicieron manos imperitas é inteligencias poco escrupulosas.

Unas fueron arregladas con trozos que cayeron de otras, de manera tan torpe que hay una figura con tres pies y una Virgen con barbas.

Ha llegado el momento de remediar tales daños, y muy pronto van á ponerse peritas manos á la obra.

Quienes para ello han contribuido con sus iniciativas y sus estudios merecen bien y gratitud no sólo de Sevilla, sino de España entera.

J. MUÑOZ SAN ROMAN

VIDA ARTISTICA

EXPOSICIONES CASAS Y DOMENECH

Se suceden con tales profusión y rapidez en Madrid las exposiciones de arte, que apenas queda tiempo y lugar para comentarlas. Apenas clausurada una se inaugura otra, y, á la vez, hay cinco, seis, acaso más, que solicitan la atención, no sólo desde los habituales salones del Museo de Arte Moderno, Círculo de Bellas Artes, Sociedad Amigos del Arte, Salones Nancy, Vilches, Lyceum, donde ya el público se acostumbró á buscarles, sino en nuevos locales habilitados con más ó menos condiciones y destinados acaso á efímera eficacia.

Ciertamente, esta plétora de exposiciones acusa á primera vista una vitalidad artística que alguna vez anterior pudo desearse al comparar el mortecino ambiente estético de Madrid en comparación con el de otras grandes ciudades europeas, é incluso con las mismas españolas, como Barcelona, por ejemplo.

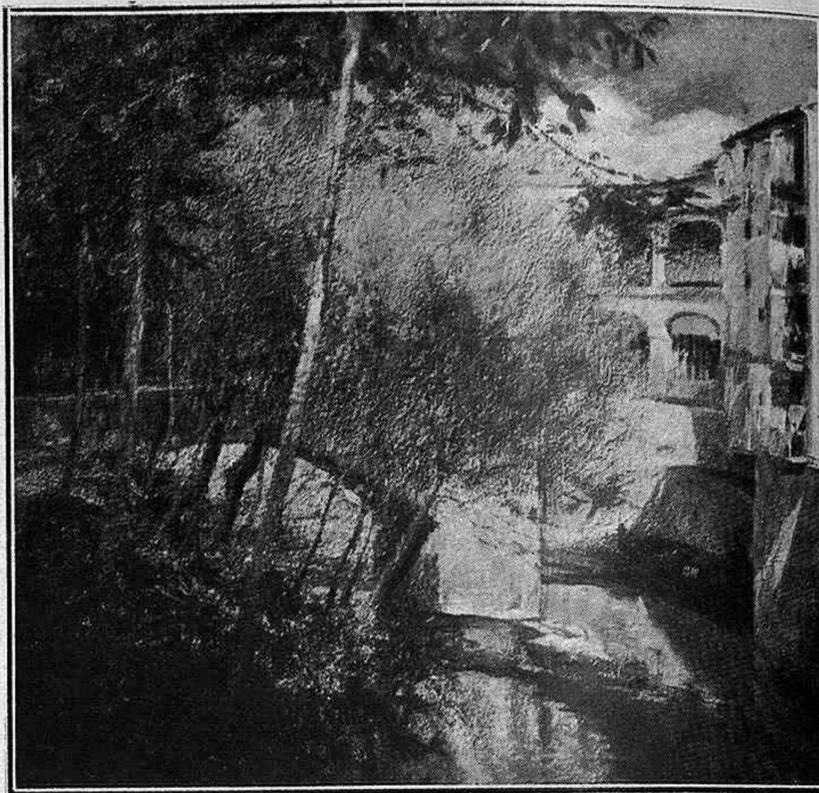
Pero quizá ya no podría decirse con tanta exactitud: «lo que abunda no daña», si se tiene en cuenta que calidad y cantidad no armonizan del todo en ese reiterado asalto de sucesivos expositores hacia la atención pública, ya un poco fatigada...

Y es tanto más peligrosa la confluencia de tales solicitudes, cuanto que añade nuevos pretextos al confusionismo, no siempre lealmente interpretado, en que el arte de nuestros días comienza á aturdirse y desvalorizarse.

•••••

Dos exposiciones—entre otras de que también se hablará—que importa no dejarlas arrastradas por la actualidad, envejecida apenas nacida, son la de Agapito Casas Abarca, en el Salón Nancy, y la de Esteban Domenech, en el Museo de Arte Moderno.

Para muchos habrá significado una verdadera



«Puente sobre el Ritort» (Camprodón), cuadro de Casas Abarca



«El jardín», cuadro de la Marquesa de Amboage, original de Casas Abarca

sorprende la Exposición de Agapito Casas Abarca. Madrid es acaso ahora la primera vez que tiene la oportunidad de conocer, en suficiente número de testimonios pictóricos, á uno de los mejores artistas de Cataluña. En aquella Exposición de Paisajistas catalanes, celebrada el año 1921 en el Museo de Arte Moderno, hizo admirable acto de presencia con un cuadro que hemos vuelto á ver hoy con verdadero gusto en la selecta manifestación actual. Después, alguna vez, se asomó su arte y su nombre á exhibiciones barcelonesas, y siempre dando esa noble nota de experta técnica y de fuerte sinceridad ante el natural que lo definen.

Encontramos en la presente Exposición del Salón Nancy no más de dieciséis cuadros. Son, en su mayoría, interpretaciones de montañas, de uno de los más bellos lugares de Cataluña, del Camprodón jugoso, donde la sensación de Naturaleza libre se acentúa. También feraces y sonrientes alusiones á Sitges, y algunos comentarios plásticos á las cercanías barcelonesas.

Agapito Casas tiene frente á la Naturaleza una mirada amplia, sosegada y fértil. Nada más lejos de su temperamento que el repentismo y la funambulería cromática, que es la defensa efectista de muchos paisajistas de última hora. Muestra, por el contrario, verdadero decoro profesional y respeto á su propia sensibilidad.

Trabaja la materia con un virtuosismo acaso excesivo, pero en ningún modo trivial, obteniendo calidades casi corpóreas y bríos de esmalte muy agradables de ver.

No obstante ese afán de insistencia en la manera, en el procedimiento, ese paciencioso empaste del color que eriza de rugosas y ásperas capas ciertos espacios de sus lienzos, no daña lo más mínimo á la pureza emotiva del cuadro, ni le despoja de su realidad interpretativa.

Basta alejarse un poco, prescindir de este curioso prurito—que es uno de los snobismos modernos—de descubrir cómo está pintado el cuadro, para que éste aparezca en toda su solidez

de construcción y en todo su encanto armónico.

En la serie de lienzos consagrados á las alturas y honduras de Camprodón, se destaca el titulado la *Sierra de Navá*, acaso el mejor de toda la Exposición, colmado de excelencia visual y de dominio factual. Da la sensación, por la calidad de la pintura y por el entrañable valor de interpretación del natural, de un buen Raurich, maestro que seguramente no es ajeno á las simpatías artísticas de Agapito Casas.

Junto á esos lienzos bravos, austeros, saturados de tierra catalana, de cielo catalán, que, además del citado, son *El bosque (Camprodón)*, *Paisaje de los Pirineos*, *Camino de la fuente del Vern* (romántico y suave como un Corot menos plateado), sonríe el luminoso *Jardín en San Gervasio*, también una bellísima obra.

La serie de cuadros de Sitges nos dan una visión diferente, nueva, de la Sitges blanca, marinera, que se ofrece al visitante, y de la otra Sitges montañera de incomparables grises, ocre y delicados verdes que transmite el admirado Sunyer.

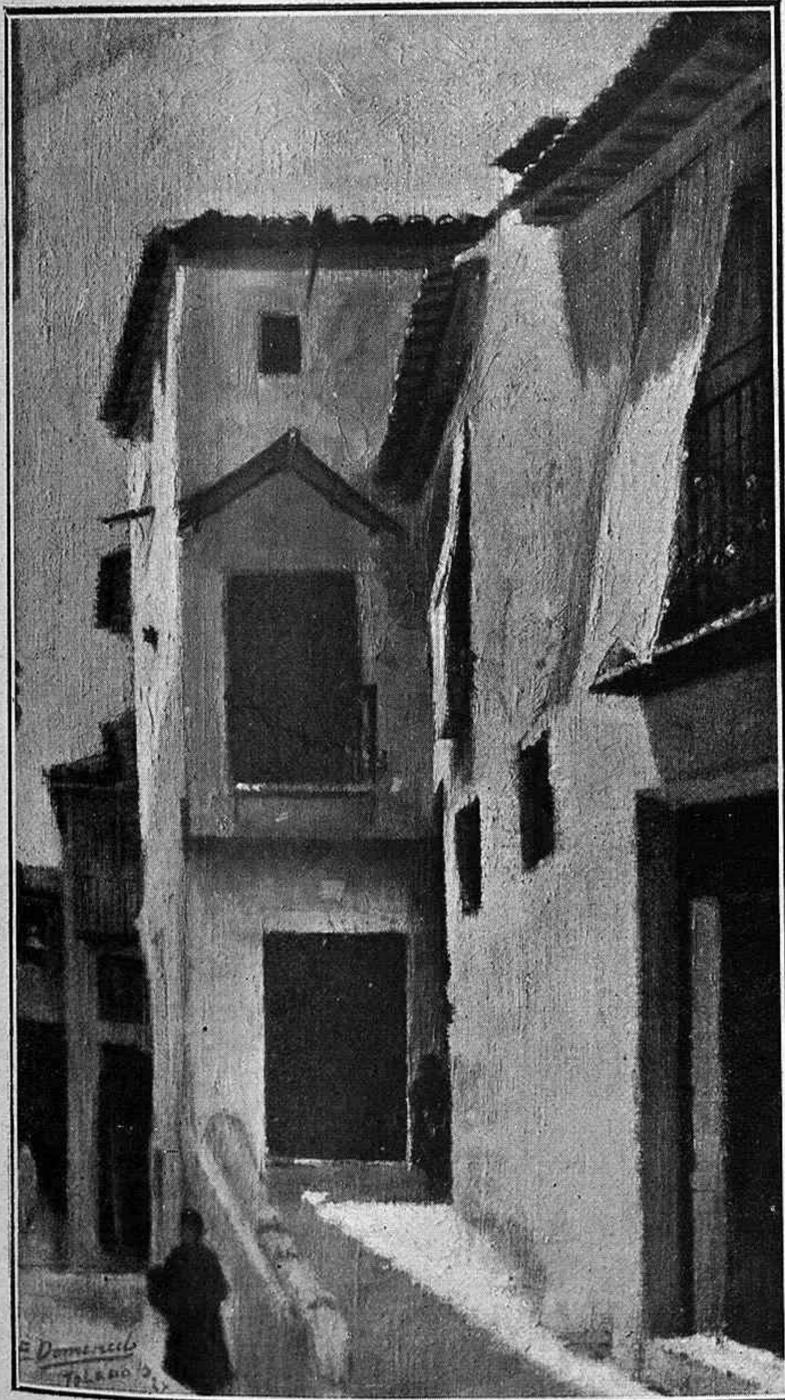
Es una Sitges de interior, de patios y jardines sombríos; de huertos donde azulean las coles enormes; de siluetas encaldecidas, doradas solarmente, de los edificios característicos. Una Sitges recóndita donde el mar se olvida.

El propio artista explica esa ausencia extrañable á quien el nombre de Sitges evoca siempre la nota azul y blanca ó las lomas blandas, muelles, cariciosas, trepadas de vides oscuras en la tierra roja. El gusta de la naturaleza extática, de los espectáculos reposados, quietos, un poco graves. La movilidad del mar le desconcierta y le distrae demasiado.

Finalmente, nuevos jardines, nuevas calmas de paisaje ofrecen los lienzos pintados en Sarriá: *Almendros*, *Las primeras hojas*, *Plátanos de casa Pons*, y en ellos esa grata impresión de hallarnos



«Plaza de Zocodover», en Toledo, cuadro de Esteban Domenech



en presencia de un verdadero, de un sensible paisajista valorado por una técnica personal y concienzuda, se ratifica y acentúa.

•••••

También Esteban Domenech ha consolidado en el Museo de Arte Moderno sus capacidades de paisajista.

Cierto que en la Exposición no faltaban lienzos de figura, interiores, retratos, algunos de los cuales nos eran ya conocidos de otras exhibiciones precedentes. Pero lo que en el pintor cubano se aprecia en primer lugar es esa condición de paisajista.

Es un fervoroso de Toledo. En la ciudad castellana vive hace muchos años.

Comenzó por la tarea de copiar al Greco—su reproducción pictórica del *Entierro del Conde de Orgaz* era verdaderamente notable—, y poco á poco Toledo le fué haciendo suyo, cautivándole por entero.

Así, lo más considerable de su Exposición actual son las notas cubanas y los paisajes toledanos, vistos además con singular personalidad, que le destaca de tantos gloriosos pictóricos como ha tenido y tiene la imperial ciudad.

Se aprecia, en general, de toda la obra de Esteban Domenech, una simpática aspiración de claridad, de limpieza tonal, de diafanidades, que substituyen á su paleta, un tanto oscura y densa, de ayer. Puede apreciarse esta diferencia favorable tanto más cuanto que al lado de los cuadros recientes figuran, como ya se ha dicho, algunos de hace años. Revisten, sin embargo, el contraste los interiores de templos y conventos, donde el Sr. Domenech muestra certera visualidad y cabal dominio de la perspectiva.

Esos interiores, con cierta cabeza de muchacha ataviada con el ya olvidado pañuelo de seda, son de lo mejor, de lo que pudiéramos llamar primera etapa del artista.

Pero, indudablemente, se prefiere en él la transparencia optimista que ahora aclara su paleta.

Merced á ello, Domenech nos da la impresión de una Toledo alegre y sutil, con cierta ingravidez de ensueño dichoso, con una poética interpretación distinta de la romántica y sombría que leyendas y casticismos recocidos parecían imponer como única norma pictórica.

En tal sentido ú orientación, los lienzos titulados *Plaza de los Capuchinos*, *Zocodover*—acaso los mejores de toda la Exposición—, *La catedral*, y las notas desde el jardín propiedad del artista, son jubilosos ejemplos de esa nueva alegría cromática que manifiesta Esteban Domenech.

Al lado de esta gracia vernal, de este cantarín afán de claridades—que prodigan los blancos azules y los azules blanquecinos, los verdes transparentes, las rosas y las violetas tenues, los grises delicados—, donde Toledo reaparece aligero y como flotante en una atmósfera de sutilezas y diafanidades, hallamos algunas notas norteñas, de la *Santillana del Mar*, con sus ruinas históricas y sus brumas montañosas.

Y es curioso observar cómo el artista sabe obtener también aquí una veracidad ambiental y lumínica que, sin recordar la de otros intérpretes pictóricos de la famosa villa, tiene un acento convincente y una certeza veraz.

«Callejón de San Pedro», cuadro de Esteban Domenech

SILVIO LAGO



EL «CABARET», NUESTRO VIEJO AMIGO

EL *cabaret* de nuevo. En el comentario frívolo, en las ilustraciones de los dibujantes, en las revistas de escenario, el *cabaret* es un motivo que asoma periódicamente. Se le combate y se le exalta; se le ataca y se le elogia alternativamente. Tan pronto se dice que es elegante como se le tacha de vulgar.

Pocos temas tan comentados, tan *novelizados* como este del pobre *cabaret*. Hay toda una literatura—del polo frívolo al polo sentimental—nacida al calor de sus músicas, de sus colorines y de sus mujeres. De sus mujeres, sobre todo, claro... ¿Cuántas heroínas de novela no tienen como marco para sus desencantos y sus aventu-

ras ese fondo animado de la sala policroma y alegre? Hubo un momento en que se idealizó literariamente ese tipo de mujer. Se la creyó incomprendida, desgraciada, jirón azul en el barro... La novela corta la colocó en su altar, y fueron innumerables las historias de amor ó de fracaso tejidas en torno á la figura femenina...

Pero á esta visión sentimental, romántica, sucedió, lógicamente, la visión irónica. Una visión más áspera, más cruda y más real, claro... Cayeron al suelo las galas retóricas que idealizaban á la tanguista. Lejos aquella incomprensión, aquella desgracia, aquel jirón en el barro... Nuestra buena mujercita de *cabaret*—decía la nueva vi-

sión—iba á ganar su sueldo diario, nada más. Era vulgar, y no había en ella nada de aquel fondo romántico visto antes. Se emocionaba ante una cena, y no ante una noche de luna ó unas palabras musicales.

Y cayó, con la mujer, lo que era su marco, su ambiente: el *cabaret*, al que, tras de aquella primera exaltación literaria, se creyó ahora vulgar, aburrido y caro... Honradamente, lealmente, hoy ya no se puede hacer literatura de *cabaret*. Pasó, quedó atrás, como motivo literario... Aunque, paradójicamente, hayamos tenido que dedicarle ahora este breve comentario sin importancia.

(Dibujo de San Martín)



«Don Quijote y Sancho»



«La defensa»

A quien conozca de oídas ó *de visu* la preocupada estética contemporánea, le chocará, sin duda, ese prurito de asombrar que delatan los artistas del presente con sus hipotéticos hallazgos de concepto ó de técnica. Tal obsesión, plausible para muchos, prostituye la prístina honradez hasta el punto de hacerse intolerable á los espíritus austeros. Y tras de pervertirse el gusto entre tantas obras que aspiran á maestras, se requiere volver los ojos en busca de pretéritas obras maestras de veras por no pretender tamaña maestría.

Así, ha llegado la hora de Daumier, litógrafo, dibujante y pintor, cuyo mérito se advierte hoy como nunca, al cabo de medio siglo de retraso.

Ha llegado la hora de Daumier, y quizá ello obedezca, sobre todo, á una sinceridad magnífica. Sincero al exteriorizar sus convicciones, personificaba, por ejemplo, sin exquisiteces de imaginación, el triunfo de la Segunda República Francesa en una gigantesca matrona que amamanta á unos niños; salvándose, no obstante, de cualquier adocenamiento y de cualquier ridiculidad; sincero al patentizar sus errores de apreciación, se pronunciaba contra los impresionistas, y era impresionista, sin notarlo, antes de existir el impresionismo oficialmente; sincero al reflejar á su manera cuanto contemplaba, ennoblecía las realidades por virtud de aciertos nada pretenciosos.

Su misma vida, que no se manifiesta prodigiosa, resulta ejemplar cual una ejemplar vida prodigiosa de santo. Honoré-Victorin Daumier nació pobre en la clara Marsella, el año 1808, y de pequeño se trasladó á París para no salir jamás de pobre. Dibujó y grabó caricaturas que le dieron apenas de comer, captándose una fama de flagelador terrible; fama que le llevó á la cárcel, víctima de arraigados ideales políticos. Casi siempre las suyas constituyen sátiras más exaltadas que feroces; pero la sed de justicia que las dicta las infunde fuerza de catapultas, y he aquí aún el poder de la honestidad. Si aquel hombre íntegro hería mientras censuraba á jueces prevaricadores y á esbirros ascasinos, no traicionó un rasgo sañudo á lo largo de su historia. «Oh! Daumier se muestra muy distinto de nosotros—comenta el

cáustico Forain—; él es generoso.» Generoso y modesto, en efecto, sonreía conforme se le castigaba ó se le desdeñaba, igual que un mártir. Cuando logró imponerse á la reacia admiración, no resolvió siquiera sus fáciles problemas económicos, y hubo de correr riesgo de encontrarse desahuciado de su domicilio; mas un amigo y compañero, Corot—otro santo laico—, compró la finca y se la regaló en nombre de la Providencia. Algo después, el año 1879, moría aquel justo un poquito menos pobre, aguardándole análogo premio que á los personajes de *La leyenda dorada*, bienaventurados y sencillos sobre el umbral sublime.

Ahora se le canoniza, y su entronización en esos templos que se llaman Museos permite destacarle. Por instantes aumentan los devotos de San Daumier, á quien debemos cada día el humano milagro de arrancarnos de los ojos una venda. Porque una venda espesa suponen los prejuicios de originalidad y de modernidad; bien mirado, no hay arte moderno ni arte original tampoco, sino arte. Y arte á secas, arte puro representa Daumier.

Ante sus cuadros recordamos á Rembrandt; recordamos á Goya. No se parece, empero, á ninguno de los dos, y á los dos se parece: sin ver el patético drama de la luz, según lo vió el flamenco, y sin coincidir con el sutil expresionismo del aragonés, movido de una simplicidad moral que no tuvieron ambos, los asimila á ambos su grandeza. Ha pintado el espectáculo del mundo á través de una retina privilegiada, lo mismo que sus magistrales predecesores, y el espectáculo del mundo pintado por su mano consigue que á la postre el mundo se descubra á sí propio; creaba para satisfacerse, no para satisfacer á los demás ni para desconcertarlos; de suerte que, en resumen, desconcierta á bastantes y satisface á todos; por no tomarse acaso en serio él, dejó una seria producción á las generaciones siguientes, que le toman, desde luego, en serio, como no le tomó su época, como no se tomara él acaso. Milagro, sí, paradójico; milagro de la gracia humilde y redentora.

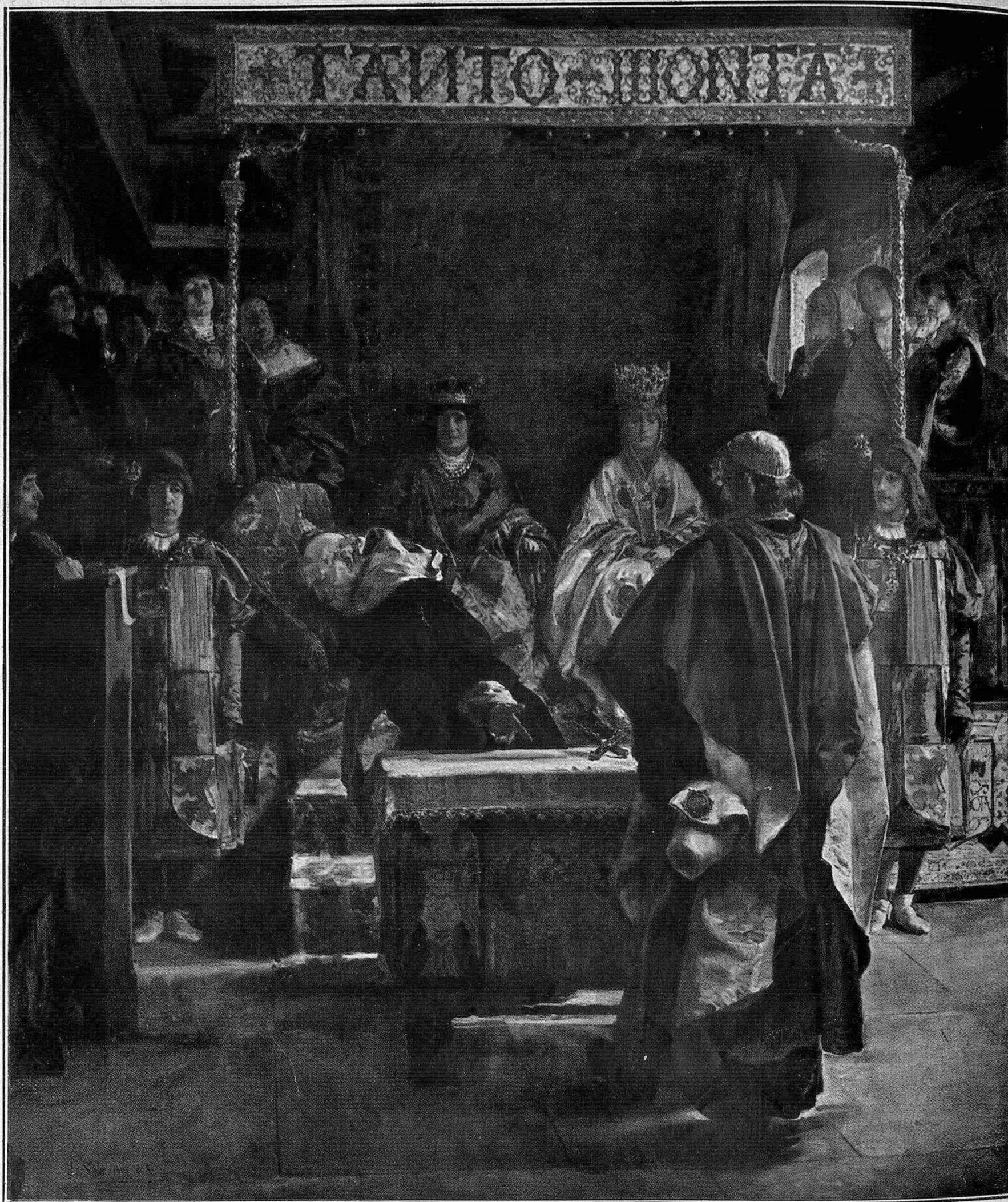
El Daumier que actualmente nos deslumbra, á la vez que nos enseña, no traspuso límites, ciñéndose á su oficio, y dentro de sus medios—línea y color—recogió lo que no recogen quienes se desparan por desbordar cauces; no alardeó de sabiduría, á pesar de que le identificamos sabio, pues la efectiva sabiduría se ignora ó se recata; combatió el mal con los arrestos locos de un buen Don Quijote, aunque albergase la cordura pacífica de un buen Sancho.

Aplicémonos á la religión artística que santifica la figura de un Daumier, dechado escrupuloso de todas las bondades, y aun sin perseguirlo, alcanzarán nuestras irradiaciones el olor de santidad que todas las bondades emanan.



«El aficionado á estampas»

GERMÁN GOMEZ DE LA MATA



«La expulsión de los judíos de España», cuadro original de Emilio Saa, que se conserva en el Museo de Arte Moderno





Una heroína de Musset

Ninón, la que no sabía amar...

Del jardín las avenidas
están tristes y desiertas;
de un estanque en las dormidas
aguas flotan las caídas
hojas muertas.

Pálido y mustio el follaje
de las sendas silenciosas;
desnudo y yerto el ramaje,
en el rosal del bosque
ya no hay rosas!

Todo enmudece y se aquieta;
los pinos de la explanada
recortan su silueta
sobre una franja alargada
de violeta.

Se oye el llorar de una fuente
escondida en el jardín;
se percibe tenuemente,
como un lejano y doliente
violín.

Lloran rítmicos clamores;
es una triste canción
que solloza desamores;
es la historia de dolores
de Ninón.

Es queja que lleva el viento;
es la lágrima vertida
con sublime desaliento
en el supremo momento
de una vida.

¿Qué habrás podido gozar?
¿Qué has hecho tú del vivir
si no has aprendido á amar?
¿Qué habrás podido pensar
ni sentir?

De nuestras más hondas penas
es amor el gran consuelo;
sin él nada vive apenas,
¡á él suben las almas buenas
como al cielo!

Y son las más venturosas
las que le son más sumisas
al rey de todas las cosas;
al amor, hecho de rosas
y de risas.

Nada es grande si no es eso;
todo en sí el amor encierra;
¿no has visto del sol al beso
el temblor y el embeleso
de la tierra?

¿No viste amarse á las flores?
¿No llegó hasta ti su encanto?
Los pájaros trinadores,
¿no se contaron amores
en su canto?

¿No adivinaste, Ninón,
cuál es la fuerza secreta
que engendró la creación?
¿Cuál rige la alta misión
del planeta?

Por ALBERTO VALERO MARTIN

(Dibujo de BUJADOS)

¿El amor, paz y contento!
¡Oh, santo y bendito amor!
¿El amor, dulce tormento,
el único sentimiento
superior!

El amor, señor del mundo;
el que nos lleva y convida
á un dulce placer fecundo,
¡que guarda el germen fecundo
de la vida!

¿Con qué tu mente soñaba?
¿Cómo pudiste mirar
que todo en torno se amaba
y que tu vida pasaba
sin amar?

¿Qué hiciste, Ninón, qué hiciste?
¡Ay de ti, pobre Ninón!
Si el amor jamás sentiste,
¡qué pena me da tu triste
condición!



Desde su estatua de bronce, con la frente pensativa y noble, con la diestra en actitud de recordar, repite á todas horas el maestro su famoso «Decíamos ayer...»

DEL CENTENARIO DE FRAY LUIS DE LEÓN

“ DECÍAMOS AYER... ”

El proceso contra el maestro fray Luis de León comienza en Salamanca ante el comisario del Santo Oficio, Francisco Sanchó, el día 17 de Diciembre de 1571. Fray Bartolomé de Medina, compañero de fray Luis en la Universidad, es el primer testigo de nota que depone contra el perseguido. Para fray Bartolomé de Medina nuestro querido poeta es reo de un gravísimo pecado, porque es «de los que más se pagan de lo nuevo». Francisco Cerralvo de Alarcón declara como Medina. León de Castro, catedrático de prima, declara con más violencia que para fray Luis bien puede ser verdadera la interpretación que dan los judíos á las Escrituras, que lo mismo el fraile agustino que los maestros Grajal y Martínez tienen poco res-

peto á los Santos Padres, según ha oído decir á varios estudiantes, cuyos nombres no se atreve á precisar ante el Tribunal. En Valladolid arrecian las acusaciones. Fray Diego de Zúñiga, por ejemplo, acusa á fray Luis de haber recibido y celebrado un libro de Arias Montano que contiene una herejía sobre el sacramento de la penitencia. En Cartagena, un fray Juan Cigüelo declara espontáneamente ante los inquisidores que fray Luis «acaba hartó presto» de decir misa, y que los días de fiesta celebra oficios de difuntos.

Y fray Luis Enríquez sostiene que el poeta ha puesto en duda el advenimiento de Cristo, según oyó decir á fray Diego de León, aunque éste declara después que lo oyó á un tercero, y este tercero á un cuarto...

Grajal y Martínez son encarcelados en los primeros días de Marzo de 1572; el 27 del mismo mes visita los calabozos del Santo Oficio fray Luis. Hasta el 7 de Diciembre de 1576—esto es, cerca de cinco años—permanece cautivo y prisionero el poeta.

Pero no permanece inactivo ni perezoso. A los cuatro días justos—el 31—pide á sus jueces que le permitan tener una imagen de la Virgen y un crucifijo pintado para decorar los muros de la celda, las *Quincuagenas* de su glorioso padre San Agustín, el tomo del mismo Santo Padre que contuviera los libros *De doctrina christiana*, un *San Bernardo*, un *Fray Luis de Granada* y unas disciplinas. En la prisión se defiende, diariamente, contra sus acusadores.



Pero ya libre Fray Luis, no vuelve más á sus amados claustros de la Universidad salmantina

Y sus notables quintillas:

*Aquí la envidia y mentira
me tuvieron encerrado;
dichoso el humilde estado
del sabio que se retira
de aqueste mundo malvado,
y con pobre mesa y casa
en el campo deleitoso,
á solas su vida pasa,
con sólo Dios se compasa,
ni envidiado ni envidioso*

se riman en la soledad de las cárceles del Santo Oficio de Valladolid, mientras recuerda el paisaje salmantino, con las riberas del Tormes, y los chopos y álamos de su granja, y las lomas graciosas de Aldealengua. Y en sus momentos de angustia le pide paz de corazón á la Virgen:

*Virgen que el sol más pura,
gloria de los mortales, luz del cielo,
en quien es la piedad como la alteza;
los ojos vuelve al suelo,
y mira un miserable en cárcel dura,
cercado de tinieblas y tristeza;*

*y si mayor bajeza
no conoce, ni igual juicio humano,
que el estado en que estoy por culpa ajena,
con poderosa mano,
quiebra, Reina del cielo, la cadena.*

Y el peregrino tratado de *Los Nombres de Cristo* es hijo también de la cárcel, parto fecundo de las horas serenas y sosegadas del poeta.

Pero ya libre fray Luis, no vuelve más á sus amados claustros de la Universidad salmantina. Su cátedra era de las que se proveían cada cuatro años. Nombrado nuevo profesor durante el cautiverio de fray Luis, éste renuncia á toda suerte de pretensiones ante los derechos de su sucesor. La Universidad concede al fraile otra nueva cátedra, de la que no sabemos que llegara á tomar posesión.

Su frase famosa «decíamos ayer» es, pues, muy difícil que llegase á ser pronunciada por el fraile. Inventada, al parecer, por Crusenio, fué, sin embargo, como dice muy bien Federico de Onís en su sabrosa introducción á la edición de los Clásicos Castellanos de *Los Nombres de Cristo*, una feliz impostura, porque ella resume la sere-

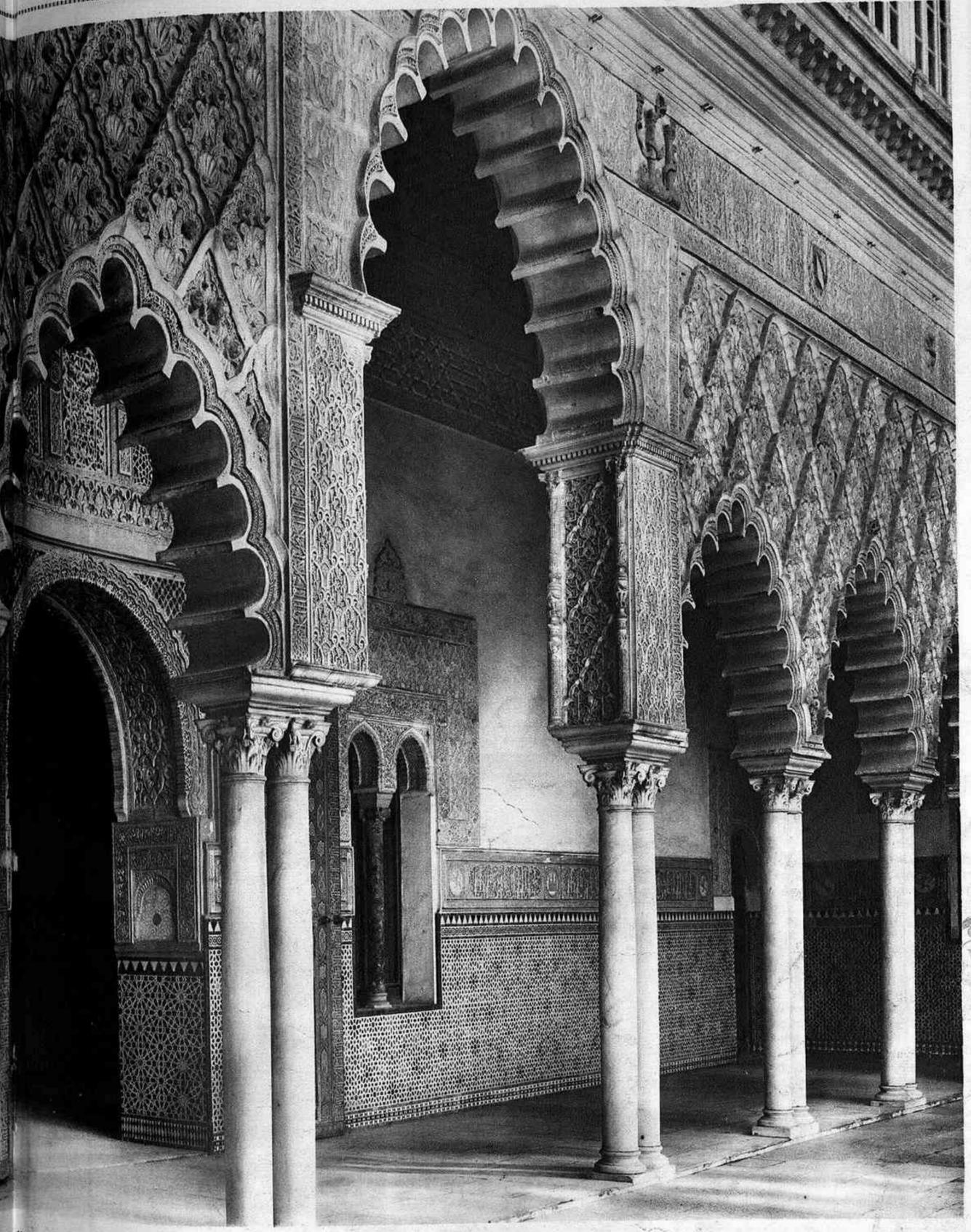
nidad majestuosa y augusta de aquel hombre que, después de correr toda suerte de temporales, sabe perdurar y demostrar que la elaboración del pensamiento no puede interrumpirse nunca y que el tiempo no sabe borrar nunca las huellas de la verdad.

Y esta frase, que no pudo ser pronunciada, no deja, sin embargo, de oirse á todas horas lo mismo en el patio de Escuelas que en los claustros monacales y recogidos de la Universidad gloriosa. Desde su estatua de bronce, con la frente pensativa y noble, con la diestra en actitud de recordar, la está repitiendo á todas horas el maestro. Y si los muros de los claustros y los bancos de aquella aula donde fray Luis comentaba la *Vulgata* y las lecciones de Arias Montano hablasen, la dirían también quedamente al corazón, para ejemplo de escolares atropellados y de generaciones olvidadizas. De mí sé decir, con toda verdad, que la escuché más de una vez en las horas luminosas de mi juventud, y que he tornado á oirla en estas otras, más plácidas y serenas, de mi madurez espiritual.

José SANCHEZ ROJAS



LA RIQUEZA ARTÍSTICA DE SEVILLA



Sevilla ve acercarse ya las prodigiosas fiestas de su Semana Santa y su Feria tradicionales. Una vez más, los turistas, que tienen en Sevilla una de las mejores estaciones de su itinerario cosmopolita, admirarán las gracias y las aristocracias sevillanas, las callejas de arcaico encanto, los patios, las puertas, los jardines... He aquí una de las joyas sevillanas: un bellissimo salón del viejo y señorial Alcázar

(Fot. Lladó)



Lon Chaney y la «estrella» de la Metro, Joan Crawford, que interpreta el papel de una muchacha de un circo ambulante en la película «El desconocido»

CINEMATOGRAFÍA

A las puertas de Hollywood

No hace mucho tiempo que alguien escribió acerca del dinero robado á las «estrellas» por medios reprobables.

Me causa extremada tristeza la joven que pierde su dinero, ganado con tanto trabajo, acariciando la esperanza de abrirse camino para llegar á Hollywood. Menos mal si alguna vez recibiera la recompensa; pero es muy raro que el curso por correspondencia, la falsa carta de recomendación, ó la prueba fotogénica, contribuyan á adelantarle un paso en su carrera.

Miles de jóvenes de ambos sexos—y sus padres y madres también—llegan diariamente á Hollywood, esperando ser contratados por los productores. Vienen poseyendo certificados de escuelas por correspondencia, pruebas de notoriedad sin valor alguno, y cartas de presentación firmadas por charlatanes y desconocidos de los que nunca se ha oído hablar en ningún teatro.

Todos los que hacen el viaje al Oeste, sufren una desilusión muy grande cuando tocan la realidad. Muchas veces nosotros, los que ya estamos dentro, los ayudamos á volver á sus casas, donde docenas de hermanos y hermanas están siguiendo el mismo curso. Invierten todo su dinero, reunido á fuerza de sacrificios, en aprender á actuar sin tener nunca la oportunidad de pisar un escenario.

Toda persona inteligente sabe que no se puede aprender á ser médico, pintor, actor, ó lo que sea, leyendo libros sin practicar al mismo tiempo. ¿Por qué no se enteran de esto antes de todo? ¿Por qué cientos de personas gastan hasta su último céntimo persiguiendo un imposible año tras otro?



El ganso de esta fotografía ha aceptado, complacido, las gafas que le han puesto, con las que puede contemplar detalladamente la gentil belleza de la actriz Fay Webb



Florence Vidor, la «estrella» de la Paramount, en una admirable serena actitud del último «film» que ha impresionado

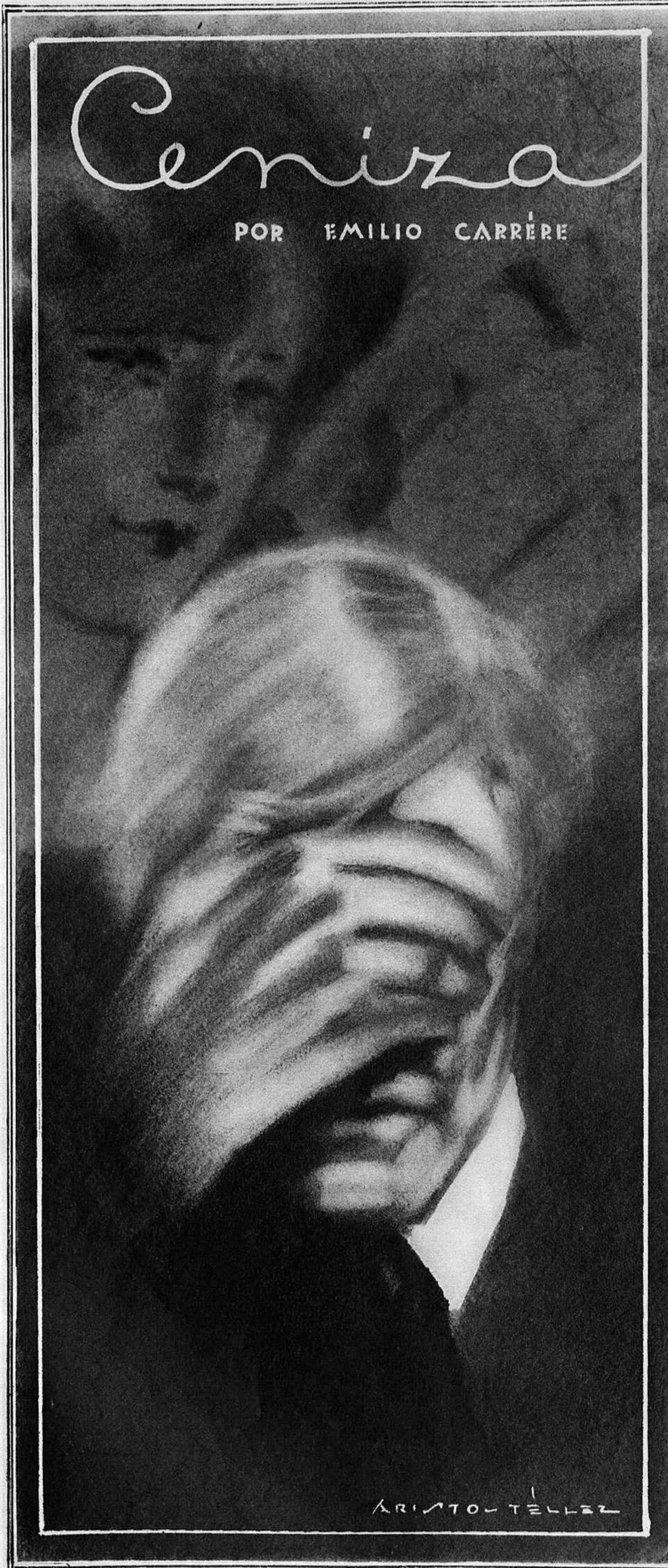
Hay otras tretas indignas, que vemos semanalmente en los periódicos. Hombres que solicitan jóvenes deseosas de entrar en el cinema, y que, después de robarles su dinero, desaparecen. Van de ciudad en ciudad, y al parecer nunca les faltan víctimas. Algunos son arrestados; pero esos que están amparados por la ley—esos que venden un número de prospectos por cien veces su valor—son los que se enriquecen y están perfectamente seguros de su negocio.

No sé qué consejo debo darle á todos los que desean pertenecer al cinema. Yo estoy aquí, y lo mismo las demás actrices, pero cada una de nosotras ha seguido un camino diferente. Mi experiencia, temperamento, apariencia y camino, etc., son míos exclusivamente, y la única que podría seguir mis consejos al pie de la letra, necesitaría ser mi *doble* exacto. Esto está en cada una de nosotras. Sólo puedo decirles que si no vencen el deseo de ganar fama en el cinema,

no deben perder un minuto, que luchen hasta que se abran paso, porque si su espíritu es suficientemente amplio, tendrán la fuerza necesaria para romper las barreras de Hollywood. Pero echen á un lado todos esos caminos cortos tan anunciados, cuya eficacia nunca ha sido demostrada por nadie. Está en una misma conseguir su ideal. Y no se olvide que ninguna ayuda por la que tenga que pagar, puede ser ni sincera ni verdad.—JOAN CRAWFORD.

Ceniza

POR EMILIO CARRÈRE



¡Ceniza en los cabellos,
fuego en el corazón;
para las cosas bellas,
el tiempo ya pasó!

* * *

Sobre mi pobre vida
mucho sombra cayó;
no se paró la Gloria
bajo de mi balcón,
ni cantó la Fortuna
su dorada canción;
pero cantó la dulce
sirena del amor.
Ya el gris de mis cabellos
tiene el mudo dolor
de una mano lejana
que da el último adiós.
¡Para las cosas bellas,
el tiempo ya pasó!

* * *

¡Hechizo de unos ojos
y magia de una voz
que llenan de fantasmas
mi universo interior!
El amor es la eterna,
dulce fascinación;
como lluvia de estrellas
cae en mi corazón.
La primavera es dulce,
pero el invierno no,
y el amor es el lirio
que en Mayo floreció.
¡Para las cosas bellas,
el tiempo ya pasó!

* * *

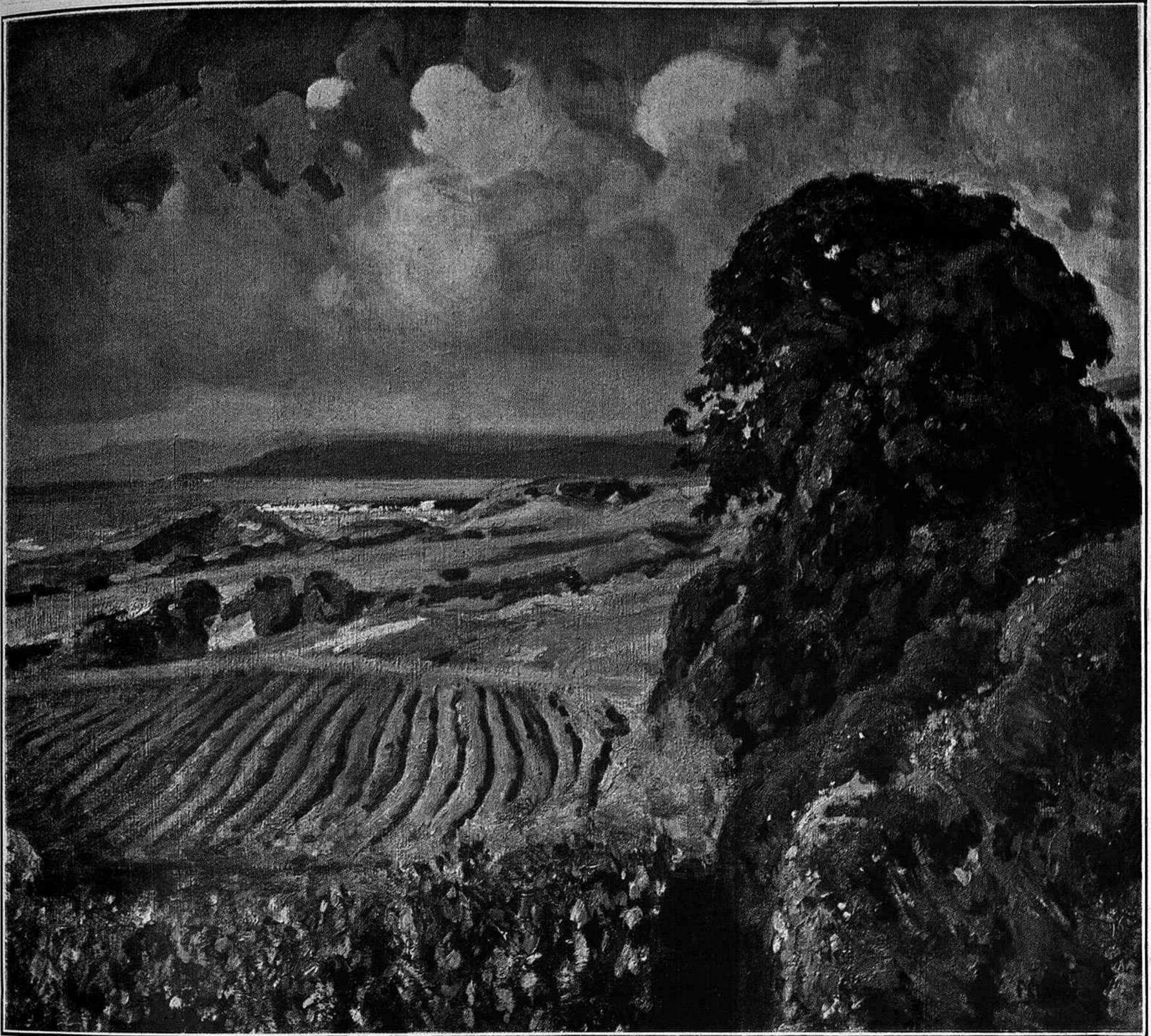
Los paisajes no cambian;
sólo he cambiado yo;
ahora hay otros amores
donde estuvo mi amor,
diciendo el mismo verso,
pero con otra voz.
Sueña iguales quimeras
distinto soñador;
dan el mismo perfume
las acacias en flor;
pero ella ya no acude
á mis citas de amor.
¡Para las cosas bellas,
el tiempo ya pasó!

* * *

¡Cenizas de mis sienes,
triste renunciación!...
¡Ya nunca Margarita
me aguarda en su balcón!
Pero aún con sus pupilas
azules sueño yo,
y soy de sus ventanas
nocturno rondador.
Ya el gris de mis cabellos
tiene el mudo dolor
de una mano querida
que da su último adiós...
¡Para las cosas bellas,
el tiempo ya pasó!

(Dibujo de Aristo-Télez)

ARISTO-TÉLLEZ



«Tierra y mar», cuadro de Francisco Llorens, que figuró en la reciente Exposición de la Agrupación de Paisajistas

EL SALUDO

Señora: si el saludarte
causa tu aversión y enfado,
tendré, viéndote, cuidado
de mirar hacia otra parte.
Gran fortuna es encontrarte,
pues tirana me cautivas;
mas si mi saludo esquivas,
juro á fe de testarudo
no concederte el saludo
de que iracunda me privas.
Justificando mi anhelo,
la aurora en tus ojos vi
y á mí mismo me mentí,
pues no hay aurora sin cielo.
Vivos cómplices de un velo
parecieronme otra cosa,
y al levantar desdeñosa
la sombra de tus pestañas,
vi lo que enfrias y dañas
con tu mirada curiosa.
Mirada obscura y glacial,
agobio de inquisidor
que hace gemir al amor
y da un susto al madrigal,

y que en pecado mortal
á nadie obliga á caer,
mirada que viene á ser,
duro trazo en tu retina,
luz que alumbrá y no ilumina
tu semblante de mujer.
Tu voz tampoco arrebatá,
que en vez de un timbre sonoro,
es la voz de monja en coro,
silabeo de beata.
Voz que al tímpano maltrata,
bien ha, si callar procura,
¿qué hombre discreto aventura
la finura de su oído
oyendo el áspero ruido
de tu voz gangosa y dura?
Tus caprichos y manías
tales son, que no hay aguante
ni hay galán que no se espante
cuando vas á Platerías;
y si remilgada envías
por la epístola á tu dueña,
con tan hábil mano ordeña
el bolsillo al que pretende,

que casi nunca se ofende
si tu altivez le desdeña,
y, en fin, señora, si agrada
contemplar un rostro bello,
gusta más ver el destello
del ingenio en la mirada,
y que una voz bien timbrada
sea música de amor;
mas ya que el hado traidor
con la beldad no te ha dado
ni cortesía ni agrado,
haz, fingiendo, un mal menor.
Pero aunque finjas, presumas,
muestres regocijo ó pena,
no he de barrerte la arena
con el vuelo de mis plumas;
si hoy con tu rigor me abrumas,
mañana vacilarás,
y pasado volverás
por mi saludo al paseo...
¡Reina que yo desposé,
no la reverencio más!

LEOPOLDO LOPEZ DE SAA

DEL MUNDO FARANDULERO

EL GALÁN JOVEN

Este sujeto, elegantemente vestido siempre, que suele tener á su cargo la parte más simpática de una comedia, es el galán joven. Este hombre podrá ser rubio ó moreno, pero ha de ser forzosamente guapo. En la comedia, claro está. Cuando la gallardía y gentileza del comediante responde á las del personaje que interpreta, el ideal dramático está logrado. El galán joven se ha producido.

Luego, este personaje podrá declamar el verso mejor ó peor, estirarse los puños á cada paso ó subirse el pantalón siempre que se sienta. Pero es indudable que como *llegue* al público femenino, todo estará bien. A un Rodolfo Valentino de la escena, que es acaso el *non plus* ó arquetipo del galán, se le perdona hasta el sonarse las narices en las tablas.

Pero, ¿es siempre joven el galán joven? A veces ocurre que el galán joven es viejo; pero que, á falta de otro galán que le substituya, sigue haciendo de joven. Otras veces nos encontramos con que el actor que hace el galán es un individuo feo y arrugado, al que en la comedia ponen de guapisimo, y necesitamos de un gran esfuerzo imaginativo para presentárnoslo como el papel exige.

El antiguo galán, el Rodolfo Valentino de hace treinta años, esto es, el «eterno Don Juan», era un caballero de frondosa y planchada cabellera, barba rizada—rubia, á ser posible—y magníficos bigotes de ensortijadas guías á fuerza de tenacillas. En estas guías se enredaban indefectiblemente la primera dama, porque así lo exigía el papel, y algunas lindas espectadoras. El galán triunfaba entonces como ahora y como después. ¿Qué más da el fiero mostacho que el rostro lampiño, la capa y la espada que el pantalón «chanchullo»? El prestigio de la brillantina que mantenía tiesos los bigotes de antaño es el mismo del *maquillage* que afemina los rostros de ahora.



VICENTE SEMPERE

Tenor que actuó brillantemente en la temporada de ópera del Teatro de la Zarzuela, en Madrid



LYDIA RIVERA

Lindísima artista—síntesis de belleza, arte é inteligencia—, que ha ofrecido días pasados, á un público selecto, un concierto en el Teatro Infanta Beatriz. La señorita Rivera posee una voz deliciosa, con un estilo que eleva la canción al rango de las más altas manifestaciones artísticas, y una cultura musical que le permite interpretar con exactitud admirable las canciones clásicas y las modernas. Lydia Rivera, que va á dar unos conciertos en Cuba y Estados Unidos, actuará en España más tarde en recitales organizados por alguna de nuestras más prestigiosas Sociedades musicales

De cierto prestigioso actor cuéntase que, años atrás, siempre que salía á escena, producíase un murmullo entre el corro femenino; tal era el influjo de su apostura. Aparte de su arte indudable, triunfaba el hombre tanto ó más que el comediante. Triunfaba con el eterno poder de Cristián sobre Cyrano y de Don Juan sobre su vileza y sus crímenes

El galán joven, el que realiza en los dramas como en las películas la misión más grata; el que encarna de continuo el desinterés, el heroísmo, el amor, la gentileza, las más nobles pasiones y los más elevados pensamientos; el que procede siempre de un modo trascendental; el que suele poseer una voz abaritonada y un hechizo irresistible; el que sonrío á la primera dama y al concurso femenino de un modo tentador; el que tantas veces hubo de batirse en los antiguos dramas de levita y en las comedias de ahora ingiere tantas tazas de té; el que resuelve felizmente los más hondos conflictos sentimentales; el héroe que tropieza durante dos ó tres actos con innumerables escollos, de los que sale victorioso al fin; este agradecido personaje, un poco fatuo

y otro poco paniaguado por la musa dramática, constituye todo el horizonte sentimental del auditorio femenino. Más de una sensible espectadora sueña con el pretendiente que se parezca algo al héroe de la comedia, ya que no pueda ser el héroe mismo. Mayor estrago ha producido entre los corazones en flor, y aun en los ya granados, Rodolfo Valentino, que los tenorios profesionales. El bello fantasma de Don Juan, una sombra, una quimera, nada tangible, es más poderoso y enamora con más fuerza que el galán de veras, por poético que se estime. Solamente cuenta el gallardo burlador de Sevilla con un rival más fuerte: el que dispone de un *Rolls* y un talonario de cheques. Contra este talismán, nada significa el brujo amor del famoso sevillano. Pocas conquistas hubiera llevado á cabo, á no tener siempre pronta la escarcela. Entonces, como ahora, hacía el oro el mejor reclamo. El galán joven suele también andar bien de dinero, y de ahí que terminen las comedias en boda, aunque se opongan los demás personajes.

J. ORTIZ DE PINEDO

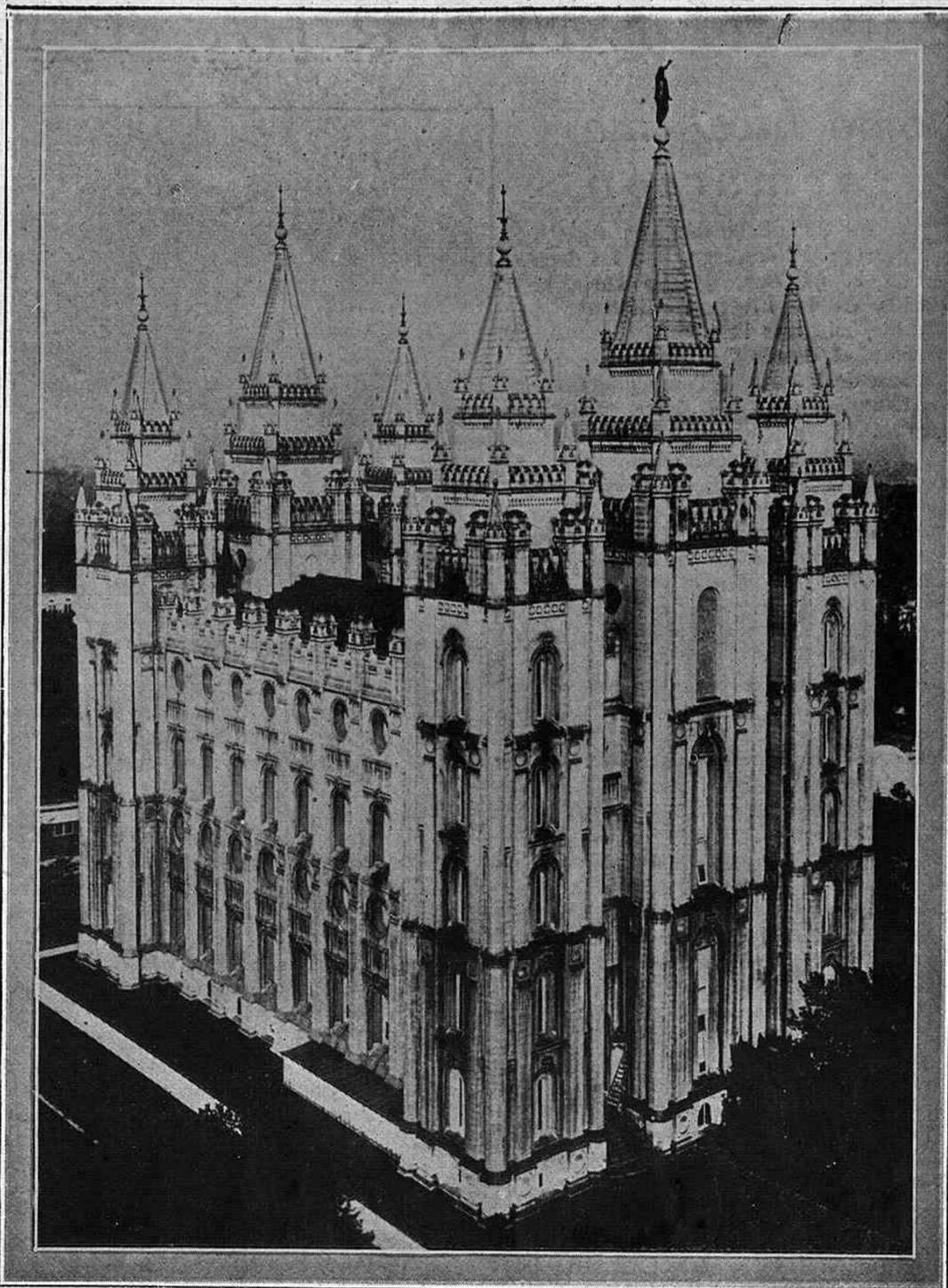
DEL MUNDO PINTORESCO

EL CENTENARIO
DE LOS MORMONES

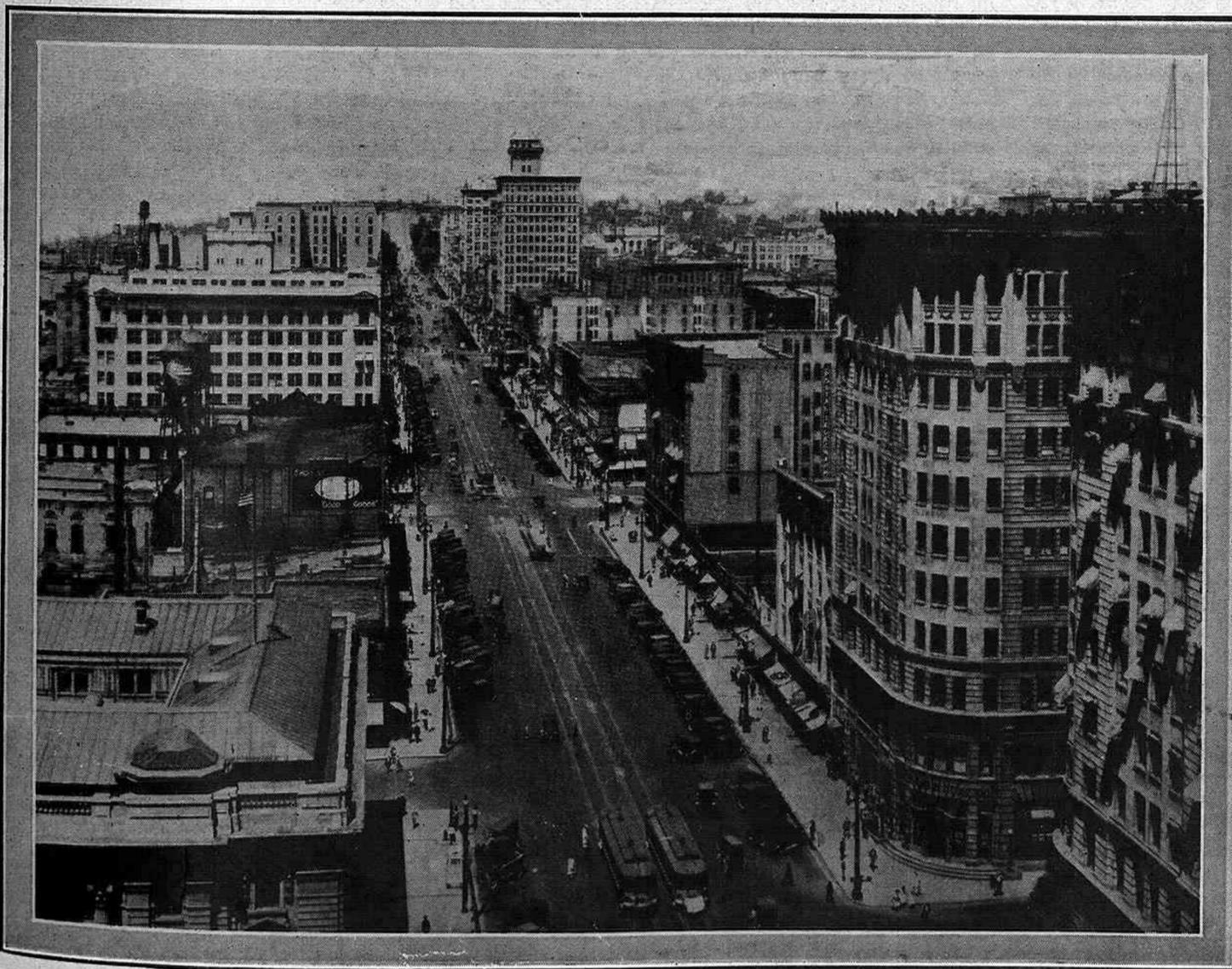
CELEBRA actualmente con grandes fiestas religiosas y civiles la secta mormónica, en su hermosa ciudad de Salt Lake, en Utah, el primer centenario de la fundación de dicha secta por Joe Smith, y el octogésimo aniversario de la fundación de la capital por el sucesor de Smith, el batallador Brigham Young.

No tienen hoy los mormones, aunque según el último cómputo se eleva su número á unos 500.000 afiliados (de ellos, más de la mitad residentes en los Estados Unidos, y el resto, en Europa, Asia y Australia), la importancia política que hacia mediados del siglo anterior alcanzaron en la América del Norte, ni aquellos caracteres verdaderamente pintorescos que prestaban á la secta judeo-protestante sus *profetas* y *apóstoles* difundiendo por los más apartados territorios norteamericanos las patrañas de la *revelación* mormónica y las ventajas, desde el punto de vista religioso y social, de la poligamia; esta última tan ampliamente practicada como consintiesen los medios económicos del jefe de familia. Pero, con carecer la secta de la influencia y poder que bajo la presidencia y patriarcado de Smith, y sobre todo bajo la de Brigham Young, llegó hacia mediados de la pasada centuria á hacer frente con las armas en la mano á las tropas del Gobierno federal; y desaparecidos los rasgos típicos y jocundos, las más de las veces, de los que se titulan *latter day Saints*, ó santos del día postrero, y que hábilmente explotados por los humoristas y caricaturistas norteamericanos, deleitaron á los lectores de la pasada generación, aun conserva en el país de origen cierto prestigio romántico y, lo que para los actuales mormones es más interesante, positiva fuerza económica, en cuanto el desarrollo de su comercio é industria, especialmente su agricultura, alcanzan niveles en nada inferiores á los del resto de la nación.

Ya no existe el buen mormón barbudo, propietario de bien surtido *harén* y padre de innumerable prole, al uso y estilo de los antiguos patriarcas de los judíos, que alternaba sus trabajos agrícolas con los de propaganda sectaria del *Libro de Mormón*, y las luchas á tiros con los soldados del gobierno federal. Las leyes de éste acabaron con la vergonzosa práctica del matrimonio plural, y hoy puede decirse que si alguno se contrae,



El magnífico templo de los mormones, en Salt Lake City, comenzado á construir en el año 1853, y en cuya edificación, que duró cuarenta años, se invirtieron cuatro millones de dólares



tiene el carácter de punible clandestinidad.

Los titulados *Santos del día postrero* son ya unos americanos en todo iguales á los demás en lo que se refiere á la constitución de la familia; pero lo que han perdido por ese concepto lo han ganado en tranquilidad (imagínese lo que sería un hogar mormón con veinticinco ó treinta esposas necesariamente mal avenidas) y en bienestar económico, que se acusa principalmente en el magnífico desarrollo adquirido por las ciudades importantes de los Estados de Utah y Jordán.

D. R.

Hermoso aspecto que presenta la ciudad de Salt Lake (Utah), fundada hace ochenta años por Brigham Young, segundo «patriarca» de los mormones (Fots. Marín)

EN MEMORIA DE CÁNOVAS

Cómo hice una información

Fué en San Sebastián, en Agosto de 1897. El domingo, 8, á las doce de la mañana, iba yo hacia la Avenida de la Libertad, dispuesto á disfrutar, mientras llegaba la hora del almuerzo, el desfile de bellezas que regresaban de la playa. Tenía mi billete para la corrida en el bolsillo, y, salvo los telegramas de toros, consideraba aquel día muerto para mi información telegráfica al *Heraldo de Madrid*, de que era aquel año corresponsal en la corte veraniega.

Al pasar por la plaza de Guipúzcoa, el senador D. Augusto Comas me llamó y me dijo escuetamente:

—Pollo. Hay una noticia de importancia, y se lo aviso por lo que pudiera convenirle.

—Don Augusto—le contesté yo—. Ya podía usted hacer las cosas completas y decirme de lo que se trata.

—No es que quiero guardar el secreto. Es que me acaban de decir que ha ocurrido algo sensacional; pero no han podido ó no han querido decir el qué.

Me despedí de mi amigo, y rápidamente subí al Palacio de la Diputación á inquirir, á saber... Nada. Me dirigí al Gobierno Civil. No estaba el gobernador, y nada pude averiguar tampoco. Tomé un carruaje; llegué hasta Miramar, y en Palacio, no obstante mi terca insistencia, tampoco logré averiguar lo que había ocurrido. En el mismo coche reflexioné, y con inspiración que lo mismo pudo llevarme al éxito que á seguir perdiendo el tiempo, dije al cochero de pronto:

—¡A la estación! ¡De prisa!

Y en la estación me encontraba poco después. Busqué al jefe, que era D. Ismael Calvo, á quien debía, por cierto, no pocas facilidades informativas, y le interrogué á quemarropa:

—¿Usted ha recibido orden de Palacio ó del Ministerio de Jornada para... alguna cosa?

Me miró receloso, y como sorprendido de que yo pudiera estar enterado de una cosa muy reservada. Y, por último, y con tono de gran reserva también, me dijo:

—Sí. Tengo orden de detener el tren 35 de Irún lo más que pueda, y cuando no pueda esperar más, tener preparado un tren especial, compuesto de un solo coche y la máquina.

—¿Y esa orden?

—De Miramar.

—Y ese tren, ¿á dónde va á ir?

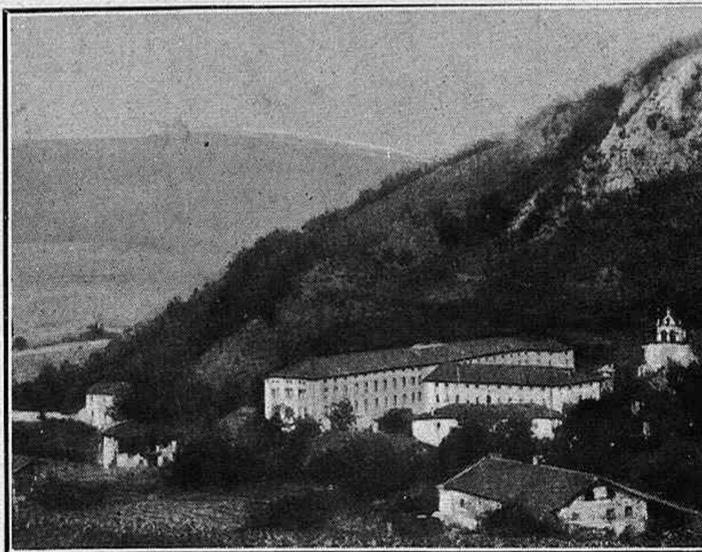
—Lo ignoro.

Mi satisfacción por lo conseguido no es para descrita. Resolví en el acto. Lo primero, procurarme dinero para el incógnito viaje; después, tomar un tente en pie por si acaso venían mal dadas. Del dinero se encargó el propio jefe de la estación, quien puso en el acto á mi disposición lo que le pedí: mil pesetas. Rápido tomé un refrigerio en la fonda de la estación. Los nervios no me consentían ni comer ni reposar. Una inquietud bien explicable me tenía como azogado, yendo de un lado para otro. Asalté de nuevo al jefe y le dije:

—Dígale al revisor que voy... no sé á dónde, que le pagaré... no sé cuándo y que usted es mi fiador, ¿no?...

—No hay más que hablar.

En esto llega el tren, y coincidiendo, aparecen por la puerta de entrada al andén el médico de Palacio, doctor Bustos, con su ayudante, y el ministro de Ultramar, D. Tomás Castellanos, con su secretario. ¡Tate! ¿Médicos de por medio? De accidente con heridas se trata. Pero, ¿dónde está y quién es el herido? No hubo tiempo para más reflexión. Al tren los cuatro personajes mencionados; al tren, en departamento próximo al suyo,



Vista general del balneario y del caserío de Santa Agueda (Guipúzcoa)

el cronista. Y el tren se puso en marcha. ¿A dónde iremos?, me preguntaba yo, mientras dejaba el tren 35 la estación de San Sebastián.

•••••

El tren se detiene en Andoain. Rápido, descendiendo del departamento é interrogo al señor Castellanos, suplicante, desde el andén:

—¿Me quiere decir adónde vamos, señor ministro?

El Sr. Castellanos guardó un silencio nada en relación con su diminuta persona.

Y el convoy se puso de nuevo en marcha.

Al llegar á Tolosa, mis nervios no pudieron ya resistir más. Subí al departamento en que iban el ministro y el médico de cámara, pidiéndoles perdón por el atrevimiento, y tras el silencio de unos minutos, dije al primero:

—Pero, ¿ha visto usted qué desgracia tan horrible!

Don Tomás Castellanos se quedó sorprendido al oírme, y me replicó únicamente:

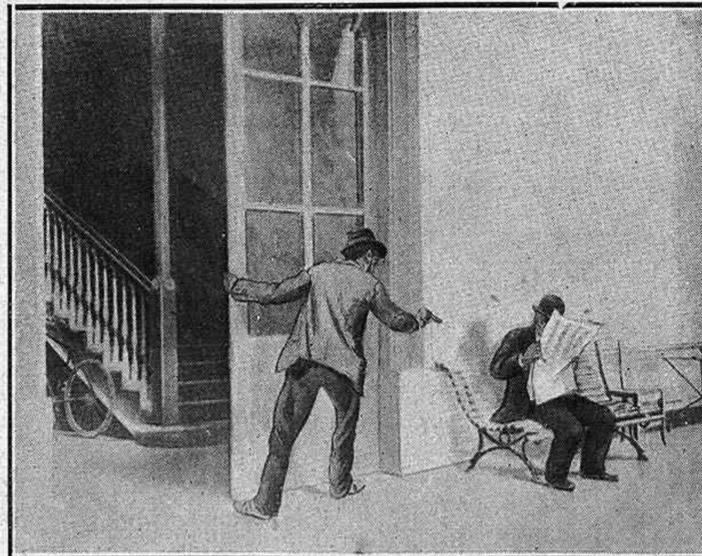
—Yo no sé nada todavía. Si usted, como periodista—ya que los periodistas lo saben todo—, me quiere decir...

—Pues yo no sé mucho más que usted. Que ha habido sangre... Que... las proporciones del suceso se desconocen todavía...

Yo, en aquel momento, no podía ser más sincero porque desconocía no sólo las proporciones, sino el suceso mismo.

—Es una gran desgracia, en efecto, sí, señor—me contestó el ministro, y volvió á guardar silencio.

El tren se detuvo en Beasain. Descendí del vagón y redacté para el *Heraldo* este telegrama: «Salimos de San Sebastián el doctor Bustos, el ministro de Ultramar y yo. ¡Mediten!» Entregué á un empleado de la estación el despacho y su



El asesinato de Cánovas en Santa Agueda (Guipúzcoa)

importe, suplicando que lo transmitiera; se puso de nuevo en marcha el tren; llegamos á Zumárraga.

Se apearon los dos personajes con sus acompañantes, y yo con ellos. Me dirigí al único carruaje que había á la puerta de la estación.

—Este coche está á disposición del señor ministro—me indicó el cochero.

—¿Y dónde me podrán alquilar otro?—pregunté...

—Hoy en ninguna parte; ya sabe usted que es domingo, y aquí los domingos no trabaja nadie.

—Pero, ¿entonces?...

—Nada; no se canse usted; es inútil.

—Pero es que yo no tengo más remedio que seguir al ministro.

—Así será; pero...

En esto llegan los ocupantes del carruaje, y yo me desespero pensando que el único coche que había en servicio aquel día en Zumárraga pudiera arrancar sin mí. Me dirijo al ministro apremiantemente y le digo:

—Señor ministro. Yo no me puedo quedar aquí. De esta información dependen para mí muchas cosas interesantes, incluso mi reputación profesional.

Malhumorado, D. Tomás Castellanos me dice:

—No pretenderá ir encima de uno de nosotros! El coche sólo es de cuatro plazas, y somos cuatro...

—Convencido—le arguyo—; pero queda un puesto, que si usted autoriza para que yo le ocupe, está salvado el conflicto.

—¿Cuál? ¿Dónde?...

—En el pescante.

—Con tal que no nos detenga usted más, y si el cochero quiere, por mí...

—Ya está de acuerdo conmigo.

—Pues no perdamos tiempo.

Y el coche salió camino de Vergara á todo correr de los caballos... cuando los bruscos desniveles del terreno lo consentían.

Urge llegar al final, y omito otros detalles. Al llegar á Vergara aguardaban el paso del carruaje oficial varias significadas personas, una de las cuales que atisbaba con interés mandó parar el carruaje, y, dirigiéndose á los ocupantes del interior, les dijo:

—Ya á D. Antonio nada en lo humano puede hacerse. Ahora, ¡á Joaquina, á Joaquina!

El que así habló era un hermano del ex ministro D. Joaquín Sánchez de Toca.

¡Por fin averigüé de lo que se trataba! Dejé el coche oficial. Redacté nerviosamente unos telegramas que fui á depositar en telégrafos, y en Vergara pude encontrar medios de locomoción para continuar el viaje. Llegué á Santa Agueda casi al mismo tiempo que el ministro y el doctor Bustos. ¡Era el primer periodista que se encontraba allí á las cinco ó seis horas de ocurrida la tragedia en que perdió la vida el Sr. Cánovas del Castillo!

Emprendí una información minuciosa del suceso, requiriendo para ello los más autorizados informes, no diré de los testigos del hecho, porque á Cánovas le mató Angiolillo hallándose solo sentado en un banco que había á la entrada interior del balneario al jardín del mismo, mientras leía un periódico, á poco de volver de oír misa, y sin que nadie, ni la misma Policía, se hallara presente. Lograda por mi parte una completa reconstrucción del hecho, logré entrar en la celda provisional del asesino, en el piso bajo del telégrafo, cruzar con él algunas palabras, examinar el arma con que cometiera el delito, guardarme dos cápsulas de ella, quedarme con la fisonomía del matador en la mente, y bien grabada! Y conseguido todo esto—no hace al caso ahora decir cómo lo logré—, me encerré en una de las habitaciones del balneario á preparar la información con la satisfacción de que

había de ser única por sus detalles y sus primicias; pero sin saber por dónde podría enviarla, ya que ni desde Santa Agueda ni desde Vergara ni Mondragón, los sitios más próximos, consentían enviar una sola palabra.

Me decidí por ir á telegrafiar á Vitoria. Contraté por lo que me pidieron una cesta para realizar el viaje, con la condición de que los caballos estuvieran dispuestos para una regular jornada, ordenando que me esperara en el robledal fronterero á la entrada al balneario, con las luces apagadas, para prevenir cualquier posibilidad de competencia, al parecer improbable por entonces, pero no imposible, y dispuesta y ordenada la información, y después de tomado un refrigerio, me disponía á salir del balneario cuando llegó Alejandro Saint-Aubin, quien puso empeño en que le contara al pormenor mis trabajos. Rehusé cortésmente entregar á nadie una información que tantas zozobras me había costado. Me pidió entonces que la firmara con su nombre y el mío, anteponiendo el suyo, prevaleándose en su autoridad como pariente de Canalejas, petición á que me negué, por considerarla inaudita, y le dije:

—Ahora se queda usted en el balneario como periodista único. Todo lo que ocurra desde ahora hasta mi vuelta lo telegrafía usted por su cuenta y riesgo.

Poco más de media noche sería cuando salí de Santa Agueda para Vitoria. Entraba en la oficina de telégrafos dadas las seis y media de la mañana, y casi en lenguaje telegráfico entablé con el funcionario que estaba en la ventanilla este diálogo:

—El servicio es permanente, ¿no?

—Excepto media hora, que se interrumpe á las siete, para que limpien la oficina de Madrid.

—¿Sería usted capaz hasta las siete de transmitir todo lo que yo le diera?

—¿Sería usted capaz—me responde—de darme hasta esa hora todo lo que yo fuera capaz de transmitir?...

—Pues el movimiento se demuestra andando, y me importa la urgencia.

Y empecé: «Heraldo de Madrid. 1.º Asesinato de Cánovas, etc.»

Al telegrafista le interesó el asunto, y empezó la transmisión con rapidez.

En seguida yo: «Heraldo de Madrid. 2.º, etc.»

Yo escribía febril pero fácilmente, sin apenas consultar notas. El suceso lo tenía grabado en la imaginación con todos sus detalles. A las siete menos dos minutos, es decir, veinte después de mi entrada en Telégrafos, me dice el empleado, que se había contagiado de mi nerviosidad é interesado en mi triunfo, que, en parte, era también el suyo:

—¿Queda mucho?

—Dos despachos—le respondo.

Habló con Madrid, rogando no cortara la comunicación hasta terminar la transmisión del suceso. Redacté, y entre los dos despachos que quedaban los transmitió. Cuando acabamos eran las siete y un minuto.

—¿He cumplido?—le pregunté al telegrafista.

—Dígame usted si he cumplido yo—me respondió.

—¿Como los buenos!—le repliqué.

Nos estrechamos las manos. A las siete, poco más, del día 9 de Agosto recibía el Heraldo mi información de la muerte del Sr. Cánovas del Castillo, contenida en treinta y tres largos despachos telegráficos.

Fué un gran éxito, por el cual, al felicitar me Canalejas días después, me dijo:

—Tiene usted dos cosas que escoger como recompensa á su brillante información. La corresponsalía del Heraldo en París, á substituir á Bonafoux, que nos va resultando algo filibustero, ó dos ascensos.

Deseché lo primero por razones de índole familiar, y respecto de los dos ascensos, dije á Canalejas que los ascensos, como los cachetes, resultaban de importancia según el brío con que se daban.

—Me contento, pues—añadí—con un ascenso.



Número de «Heraldo de Madrid» dedicado á la muerte de Cánovas

Al mes de esto cobraba yo como redactor del Heraldo, y como premio á ese y otros éxitos informativos, 25 pesetas mensuales más.

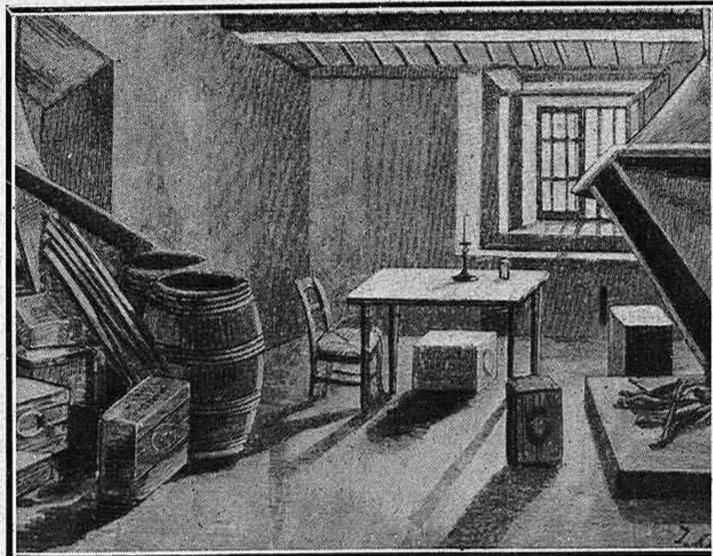
FIDEL MELGARES

Cánovas, bibliófilo

Cánovas fué iniciado en el amor al libro por su tío, D. Serafin Estébanez Calderón, *el Solitario*, bibliófilo benemérito, cuya posición social le consintió reunir libros de gran valor y estima.

En la obra que el sobrino consagró al tío, titulada *El Solitario y su tiempo*, se registra una escena semitrágica, ocasionada por la visita de D. Pascual Gayangos al *Solitario*, en ocasión de encontrarse éste achacoso y en los linderos de la vejez: «¡Qué! ¿Estáis ya merodeando la presa?», dice el doliente, irritado, á D. Pascual, que se sorprende ó simula la sorpresa ante tan inesperadas y violentas palabras. «¡Pues todavía me tenéis y tendréis aquí para defenderlos!», añade, encolerizado, señalando los estantes, llenos de preciosos volúmenes ricamente encuadernados.

Gayangos abrevia la visita, prueba de que ésta acaso no fuese, en verdad, completamente desinteresada. El bibliófilo, doloroso es reconocerlo, es á veces capaz de subordinar el libro al amigo, sin que esto sea afirmar que el omnisciente D. Pascual figurase en tan desalmada categoría de ciudadanos.



Santa Agueda (Guipúzcoa).—Cuarto de la Casa de Telégrafos donde fué encerrado en los primeros momentos el asesino del Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo

Cuentan los amigos del ilustre estadista que ni siquiera en los momentos más atareados y ajetreteados de su vida pública dejaba de perseguir con encarnizamiento el volumen apetecido. Siendo presidente del Consejo, encargaba á los libreros que le enviaran sus catálogos al palacio de la calle de Alcalá, donde se alojaba antaño aquella dependencia; allí repasaba aquéllos sin ninguna dilación, y encargaba á los guardias custodios de la puerta que fueran á las librerías en busca de los libros elegidos. Más de una vez se dió el caso de privar de empleo al desventurado que tardaba en desempeñar su cometido más de lo prudente.

Pero estas cesantías fulminantes eran breves. La ira del Presidente se apaciguaba pronto, prueba indudable de la bondad humanitaria de su alma.

Cuentan sus íntimos que empleó D. Antonio hasta mil pesetas mensuales en su pasión bibliográfica, en cuanto sus medios se lo consintieron; suspendía las visitas cuando le anunciaban la presencia en su casa de algún proveedor acreditado, y hasta llegó á nombrar gobernadores más conocidos como bibliófilos que como conocedores de los intereses privados de las provincias donde los destinaba. Un libro bueno, poco conocido, fué siempre para Cánovas el mejor regalo. La dispersión de su biblioteca fué muy bien aprovechada por los coleccionistas, que descubrieron en ella libros valiosos de literatura é historia de España, vistos rara vez en el comercio, como la *Crónica del Cid*, de 1514, y la primera edición del Cancionero de Hernando del Castillo, impresa en Toledo hacia el año 1516.

Este rarísimo libro en folio, impreso en caracteres góticos á tres y cuatro columnas, es famoso, y fué siempre codiciado por los bibliófilos de todo el mundo. Un ejemplar del mismo se vendió, hace más de ciento cincuenta años, por los libreros Debure, de París, en la suma de 1.000 francos.

Gracias al apasionamiento de Menéndez Pelayo por los grandes monumentos de la literatura patria, aquella primera edición del Cancionero de Hernando del Castillo fué adquirida por el Estado.

Cánovas solía reparar muy poco en el estado de los libros para adquirirlos ó rechazarlos, porque figuraba entre los aficionados, harto escasos, en verdad, que leen, estudian y meditan. En su numerosísima colección figuraron muchos libros en estado lamentable, ya sin portada ni preliminares, ya faltos de índice ó cruelmente degollados.

La historia de España de los siglos XVI y XVII constituyó la especialidad del coleccionista desde muy joven; desde que publicó la *Historia de la Casa de Austria*, que formó al aparecer el complemento de una edición popular del P. Mariana, editada por D. Angel Fernández de los Ríos.

Algunos de los libros preciosos del estadista llevaban dedicatorias encomiásticas y rendidas á los elevados merecimientos del nuevo poseedor. Eran la vereda que llevaba en derechura á la credencial anhelada. Dicese que hasta mitras alcanzaron algunos caballeros con ese género de obsequios que nada tenían de desinteresados.

Necesario es confesar que en otros países más cuidadosos de las riquezas legadas por los antepasados no se dispersan aquellas del modo lamentable que la Biblioteca de Cánovas desapareció y se deshizo. Integraba tan soberbia colección un número extraordinario de documentos y folletos relativos á nuestra Historia moderna que no volverán ya á verse juntos. Muy pocos recursos hubieran bastado entonces para evitar la pérdida de tantos libros y papeles curiosos con tan inteligente constancia reunidos.

A la muerte desventurada del gran político no hubo nadie en las llamadas «altas esferas» que se cuidara de aquel cuidado. Sin duda, el presagio de la catástrofe que se preparaba ahogó todas las iniciativas, si las hubo.

C. R. SALAMERO

SER HOMBRE



No era sólo mi padre y mis hermanos los que decían que yo había de ser un desgraciado. Algunos hombres, como ellos sesudos, y como ellos respetables por su edad, siempre que me veían en la calle movían sus cabezas en un movimiento que parecía decir: «¡Pobre muchacho; no tiene remedio!» A este juicio se unía el de algunas señoras muy serias y muy graves, y mi fama iba extendiéndose por el pueblo con una rapidez desusada en aquel rincón en donde las ideas y hasta las palabras apenas si hacían, cada lustro, un metro de distancia.

No sé si por una sordera moral ó por un desdén, inconsciente para todos ellos, aquel juicio unánime no me hería en lo más mínimo.

Hacia entonces la vida que hacen en mi pueblo todos los muchachos de quince años. Es esta una edad bien estúpida para saberse conducir en ella. Se tienen aún los pies atados á la infancia, y ya las manos pugnan por asirse á los frutos destinados á los hombres... Vagaba por las calles; faltaba á la clase de mi «profesor especial», y me enrolaba en las partidas de otros muchachos, que hacían las diabluras y las salvajadas que nuestros padres habían hecho á nuestra edad. Un día lodábamos los caños de las fuentes públicas; otro, descalzábamos los carros que había en las pendientes, y en una carrera loca iban á estrellarse en la hondonada; robábamos gallinas de nuestras casas, y con el dinero que nos daban por ellas comprábamos pólvora para hacer petardos, que poníamos detrás de una de las iglesias.

Hacíamos, en suma, lo que había hecho siempre, desde siglos, aquel pueblo obscuro y primi-

tivo. Con idéntica moral, con iguales costumbres, reinando siempre la ignorancia y la superstición, no era extraño que las nuevas generaciones tuvieran los instintos y la violencia que ha caracterizado siempre á esta raza ibérica que en mi pueblo tenía las más hondas raíces.

Un día mi padre, enterado de una de aquellas fechorías, me llamó á capítulo, y me golpeó, mientras me decía lo de siempre:

—Si no puede ser; si eres un sinvergüenza, un canalla, un pelgar, acabarás en presidio.

Confieso que aquel pronóstico con el que acababa mi padre todas sus palizas me enfurecía y me llenaba de terror. Para mí la cárcel era aquellos calabozos inmundos que había en el Ayuntamiento de mi pueblo, llenos de humedad, fétidos, plagados de animales repugnantes. Después he aprendido que la cárcel, muchas veces, no es el castigo que se da á los delincuentes, sino una supervivencia ancestral en la que se quiere que languidezca y muera la razón. Pero ello es que, en aquellos días, la cárcel era para mí la visión de los horrores más grandes y el suplicio más cruel inventado por la Humanidad. Tanto me asustaba aquel vaticinio, que hasta llegué á pensar á ser bueno...

Pero, ¿qué era ser bueno? Nadie en aquel pueblo ni los maestros, ni los padres nos habían dado una norma para distinguir el bien del mal. Yo oía decir con frecuencia: «Aprende de fulanito.» Y me fijaba en fulanito, y veía que era un pobre diablo cuya bondad estribaba en delatar en la escuela la diablura de algún compañero; en permanecer siempre quieto como algo insensible ó en apartarse de aquella bandada alegre

de muchachos cuando á plena luz y en plena vida extendíamos nuestras alas para volar en medio de la gran Naturaleza.

•••••

Al cumplir los treinta años me acordé con cariño de mi pueblo. ¡Tanto tiempo sin verle! Muchas veces concebí el propósito de volver, aunque sólo fuera un día, unas horas; el tiempo suficiente para apacentar mi espíritu en aquel remanso de silencio que tan dentro de mí llevaba. Pero haber ido hubiera sido quebrantar aquel voto solemne que á mí mismo me hice de no volver sin ser un hombre...

¿Era yo un hombre á los treinta años? Aparte del aspecto físico que me decía en sus grandes gritos naturales que sí, mirándome «por dentro» me sentía igualmente hombre. Tenía una sensibilidad propensa á las causas justas; un corazón y un sentimiento que vibraban ante toda obra bella y beneficiosa, un cerebro que, ¡al fin!, por sí solo, había llegado hasta donde es posible llegar en este análisis, á discernir el bien del mal, poniendo siempre al servicio del primero todas las potencias de aquel cuerpo en quien señoreaba... Y, sin embargo, yo no era lo que se llama «hombre de provecho». Había consumido la mejor parte de mi juventud, tal vez toda, en batallas y en trabajos que no me reportaron ningún bien positivo. A los treinta años seguía tan desvinculado, tan sin arraigo material en la vida como á los quince, cuando mi energía y mi fantasía extendíanse por aquellos amplios horizontes de mi pueblo, como una fuerza natural atenta sólo á sus leyes de expansión. Pero,

¿qué era esto para satisfacer el sentimiento de los que creen que una vida no está en su cenit sino cuando se refleja en ella el color del oro amasado, sea como sea? Me había sido concedido el don de crear; trabajaba con entusiasmo y con fe por el trabajo mismo; pero ese don de previsión con que la Naturaleza regala á algunos hombres me había sido negado; y el dinero llegaba á mí tan huidizo, que era en mis manos como el agua entre las piedras de una presa; el placer que él me traía refrescaba un poco mi carne y mi espíritu; pero cuando quería aprehenderle, ya corría alegre, contento de ir hacia la corriente y no quedarse en el remanso, donde es siempre ciego, según expresión feliz de un altísimo poeta.

Pero, á pesar de todo, no eran estos suficientes motivos para dejar de sentir aquel goce de volver á la casa en que nací y al pueblo en donde pasé mi infancia y con ella lo más grato y tal vez lo único feliz de mi vida. Volvía sano de cuerpo y limpio de espíritu; ¿no era esto, en definitiva, haber sabido ser hombre?

•••••

Tengo para mí que me acogieron con recelo en mi pueblo. Mi sonrisa cordial, mi efusión para todo, hasta mi deseo de ser grato, se estrellaron ante un gesto frío que me advertía el pensamiento de aquellas gentes: «¿Qué le traerá á este pájaro por aquí?» «¿A qué vendrá?» Los más viejos, aquellos que en mi infancia se sumaron al pronóstico de mi padre, me decían sin ambages:

—Sigues como siempre. ¡Qué lástima!...

Pero, lástima ¿de qué? Me fué precisa toda la calma para no cometer en alguna ocasión un exabrupto.

Pero todo esto, en definitiva, nada importaba. Estaba tan acostumbrado á este choque constante, á esta pugna con el sentir de la mayoría de los hombres, que mi vida entera iba dentro de mí, y casi ajena á aquella lucha perpetua, no apeteciendo más comunicación que la libre y limpia de la Naturaleza en donde únicamente encontraba mi verdad.

Había venido á gozar de aquel cielo y de aquel suelo. ¿Qué me importaba aquella especie bo-

rosa y oscura que se arrastraba sobre la cõstra de la tierra? En el grito unánime en que todos los seres cantan alabanzas ó gritan imprecaciones, la voz de aquellos hombres me era tan extraña como el aullar de un lobo. Gritaban sus querellas; vociferaban sus pasiones, y sus rumores llegaban á mí como vagidos de una Humanidad primigenia condenada á vivir en la espesura de bosques vírgenes, amurallados contra la razón y el sentimiento.

La calma aplaciente y deleitable estaba para mí en aquellos campos que tantas veces había cruzado; estaba en la cristalinidad de un cielo que tanta luz había vertido en mi espíritu, cuando mi espíritu era un espejo immaculado por donde la vida pasaba sonriendo siempre.

La única realidad que sentía placenteramente era la de encontrarme otra vez en aquel paisaje de cuya esencia dijera que había salido mi ser y hasta la propia escultura de mi carne; que tan llena estaba mi vida de aquellos límites, que mi cuerpo se sentía dulcemente opreso por ellos, y se dilataban, y se constreñían, cuando, sensual y voluptuoso, aspiraba el olor de aquella tierra, besada tantas veces con mis plantas desnudas.

•••••

Satisfecha esta apetencia, nada me quedaba que hacer en aquel pueblo, y decidí marcharme. Sentía el dolor de aquel adiós, porque, posiblemente, ya sería el último. Sospecho que al tener noticias de mi marcha, todos aquellos hombres sintieron una gran satisfacción. Se comprende la intranquilidad que pone en la vida de estos hombres tan pegados á las realidades, la presencia de los que se mueven tan por encima de ellas. Se puede ser todo: un pensamiento atrevido; una moral perturbadora; una piedra, violenta y aguda, lanzada en el agua muerta de sus conciencias.

Ahora los veía bien por fuera y por dentro. Veía tal como eran, tal como habían sido siempre, aquellos hombres á quienes yo respeté en mi infancia, porque en mi hogar se les recibía con respeto. Aquellos varones sesudos, amonestadores de todo ímpetu juvenil, de toda plétora

de vida, se me presentaban ahora en una desnudez moral que repugnaba. Aquel hombre, rico y gordo, había sido en su juventud un pirata, y su dinero tenía el sonido de unos gritos angustiosos. El otro, el que fué amo del pueblo, aquel reyezuelo negro y cenceño á quien tantas reverencias hacíamos en la calle los muchachos, arruinó con la usura á muchos desventurados trabajadores. ¿Y aquellos hombres que fueron un día compañeros de mi infancia? Yo no los veía; pero suponía su destino. La mayoría de ellos, embrutecidos en un trabajo sin compensaciones; forzados desde los diez años; privados de toda instrucción para que pudieran seguir siendo lo que fueron sus padres y sus abuelos. ¿Qué había sido de sus fuerzas y de sus ímpetus juveniles? ¿Era posible que aquel torrente de vida que había en ellos á los quince años no se hubiera desbordado por algún sitio? ¿Tanto puede un ambiente así, que aniquila y deshace tanto vigor y tanta fortaleza? De aquellos cientos de muchachos que cuando salíamos del colegio extendíamos las alas en ansias imprecisas de volar, todos perdidos; ni un artista, ni un hombre de carrera, ni un aventurero, ¡ni un loco!...

Creo que lloré ya en el tren. Me dolía la putrefacción de aquella carne, y la muerte de aquel espíritu. Allí quedaba el pueblo silencioso y oscuro. ¿Por qué, Dios mío? ¿Por qué tanta abyección en unos y tanta mansedumbre en otros? ¿Por qué tanta ignorancia en todos? Aquel suelo era como los campos bíblicos en donde Ruth espigó hasta una *epha* de cebada. Aquel cielo era como una luminaria dispuesta á encender en el espíritu todas las bellas inquietudes. ¿Por qué, sobre aquel suelo y bajo aquel cielo, el alma era contrahecha, mezquino el espíritu y duro el sentimiento?

Miré por vez postrera, agucé el oído y me pareció sentir el coro infernal de aquellos hombres que, mirándome, gritaban:

«Serás un desgraciado.»

«No serás nunca un hombre.»

EMILIO PALOMO

(Dibujos de Echea)



CÁNOVAS Y LA POLÍTICA INTERNACIONAL

CON motivo del centenario del insigne estadista de la Restauración, y dado el espíritu crítico negativo que parece resplandecer en el pensamiento contemporáneo, se le ha negado al preclaro y polifacético hombre de Estado el menor acierto en su vida pública.

Y cuenta que á su gesto providencial, á su propósito de continuar la vida de España, se debe haber puesto final al período de interinidad que abriera la estéril Revolución del 68.

Pero no es momento de empeñarnos en una defensa innecesaria y superflua de la eficacia de su paso por la vida pública española. En la vida internacional es donde se marca más infecundo, y no ciertamente por ausencia de una sana orientación, sino por la falta de ocasión propicia para reivindicar lo que pudiéramos llamar los derechos históricos de España.

La muerte alevosa y prematura le eximió de la amargura de ver á su patria ignominiosamente expulsada del Continente que descubriera para la civilización. Por ello, Cánovas puede decirse no logró influir en problemas internacionales españoles. La convalecencia de España consiguiente á las convulsiones de los últimos tiempos del reinado de Isabel II, impidieron que España jugase papel preeminente en la política internacional.

Por eso, ni aun en el pleno auge de su poder, Cánovas pudo preocuparse de ninguno de los problemas latentes españoles que constituyen el programa de las reivindicaciones nacionales, que tan á maravilla enunciara en repetidas ocasiones.

En su *Historia de la decadencia de España*, publicada en 1854, Cánovas traza una síntesis magistral mínima de cuáles deben ser sus aspiraciones para llegar á ser una gran potencia cual tiene derecho á aspirar por su historia y por su privilegiada posición estratégica en el planeta.

Decía así el egregio escritor:

«España puede ser todavía una gran nación continental y marítima uniéndose pacífica y legalmente con Portugal, su hermana, comprando ó conquistando á Gibraltar tarde ó temprano y extendiéndose por la vecina costa de Africa. Pero también puede quedar reducida á nulidad vergonzosa ejecutándose en todo ó en parte aquel antiguo pensamiento de los Bonapartes, que era traer al Ebro la frontera francesa y dando á Portugal la Galicia, repartir la Península entre dos coronas casi iguales en poderío. La sa-



Santa Agueda (Guipúzcoa).—Vista exterior del balneario donde asesinaron á Cánovas del Castillo

biduría del trono, el patriotismo de la nación, el espíritu de libertad y de gloria pueden lograr lo primero. La imbecilidad de los que mandan y el envilecimiento de los que obedezcan pueden traernos á lo segundo.»

Mínimo califico el programa de Portugal, Gibraltar y la vecina costa de Africa que Cánovas consideraba como elementos suficientes para que España recuperase su rango de gran potencia, porque toda nación tiene un sagrado derecho á la reintegración de sus dominios arrancados á la fuerza y á la asimilación de todos los núcleos nacionales congéneres.

Cánovas se interesó vivamente por las cuestiones africanas desde mucho antes de alcanzar la notoriedad política preeminente que logró durante la Restauración.

En la notable revista *La América* publicó inicialmente, en 1850, una serie de artículos titulados modestamente *Apuntes para la historia de Marruecos*, que luego publicó aparte, y de los que se hizo una reedición de actualidad en 1860, con motivo del interés despertado por la guerra hispanomarroquí, obra vuelta á editar modernamente.

También en la serie de biografías de *Reyes contemporáneos* hizo Cánovas la historia del sultán Muley Abd-Ar-Rajaman, con cuyas dos valiosas aportaciones enriqueció el cuantioso, aunque poco intenso caudal de la bibliografía hispanomarroquí.

Cánovas, en la segunda edición de 1860 de sus *Apuntes*, comenta con sumo tino y acierto las consecuencias de la expedición de Tetuán,

cuyos resultados es bien cierto, como todos reconocieron, no correspondieron á lo que la nación tenía derecho á esperar del denodado esfuerzo desplegado en la demanda.

Pero aun reconociendo que las circunstancias no favorecieron el empeño de llevar la frontera de España al Atlas, no debía por ello de cejar en la demanda.

Y subraya con notable acierto lo que dijera en 1851:

«Hay una ley histórica que hemos venido observando al través de los siglos en el Magrib-al-aksa, la cual dice claro que el pueblo conquistador que llegue á dominar en una de las orillas del Estrecho de Gibraltar, antes de mucho tiempo dominará en la orilla opuesta.

Esta ley no dejará de cumplirse. Y si no hay en España bastante valor ó bastante inteligencia para anteponerse á las otras naciones en el dominio de las fron-

teras playas, día ha de llegar en que sucumba nuestra independencia, y nuestra nacionalidad desaparezca quizá para no resucitar nunca.

Ahí enfrente hay para nosotros una cuestión de vida ó muerte; no vale olvidarlo; no vale volver los ojos á otra parte; el día de la resolución llegará, y si nosotros no atendemos á resolverla, otros se encargarán de ello de muy buena gana. En el Atlas está nuestra frontera natural, que no en el canal estrecho que junta el Mediterráneo con el Atlántico; es lección de la antigua Roma.»

Maravilla la agudeza profética del mazo que á los veintitrés años recién cumplidos estampa tan exactas visiones del porvenir.

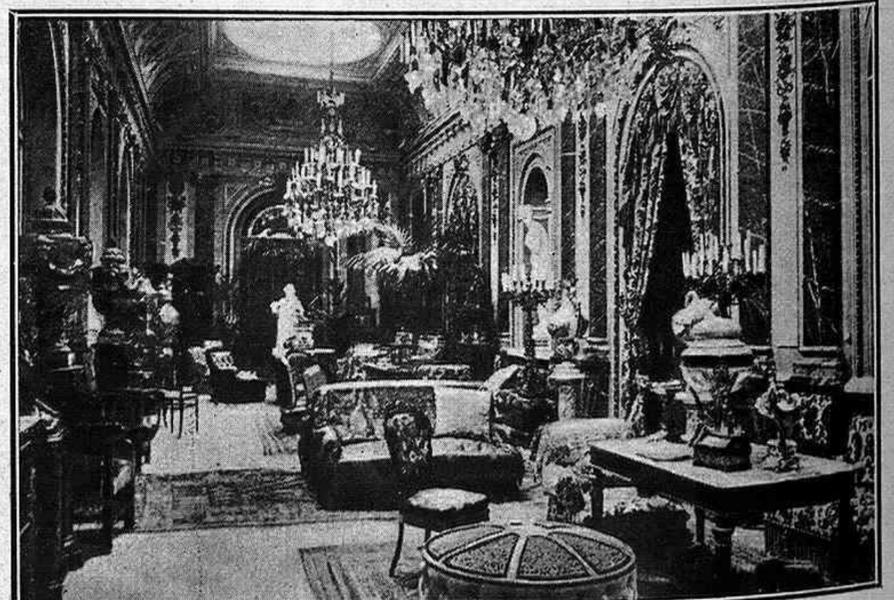
Cuantos temores abrigaba Cánovas el 1851 se han realizado casi en su totalidad. España ha sido suplantada casi íntegramente en su providencial misión histórica por los que se han encargado de ello de muy buena gana. Su frontera africana está bien alejada de aquel Atlas que el gran estadista vidente calificaba de frontera natural de España. Su situación está reducida á una estrechísima faja costera que ni supone garantía territorial ninguna, ni expansión económica apreciable, ni situación excepcional de privilegio.

Al cabo de los años, al cumplirse el centenario del natalicio del clarísimo vidente del horizonte internacional de España, es de suma actualidad desempolvar estos textos antiguos de uno de los mayores estadistas españoles del siglo pasado.

GUILLERMO RITWAGEN



Llegada del cadáver de Cánovas á la finca «La Huerta», su residencia en Madrid



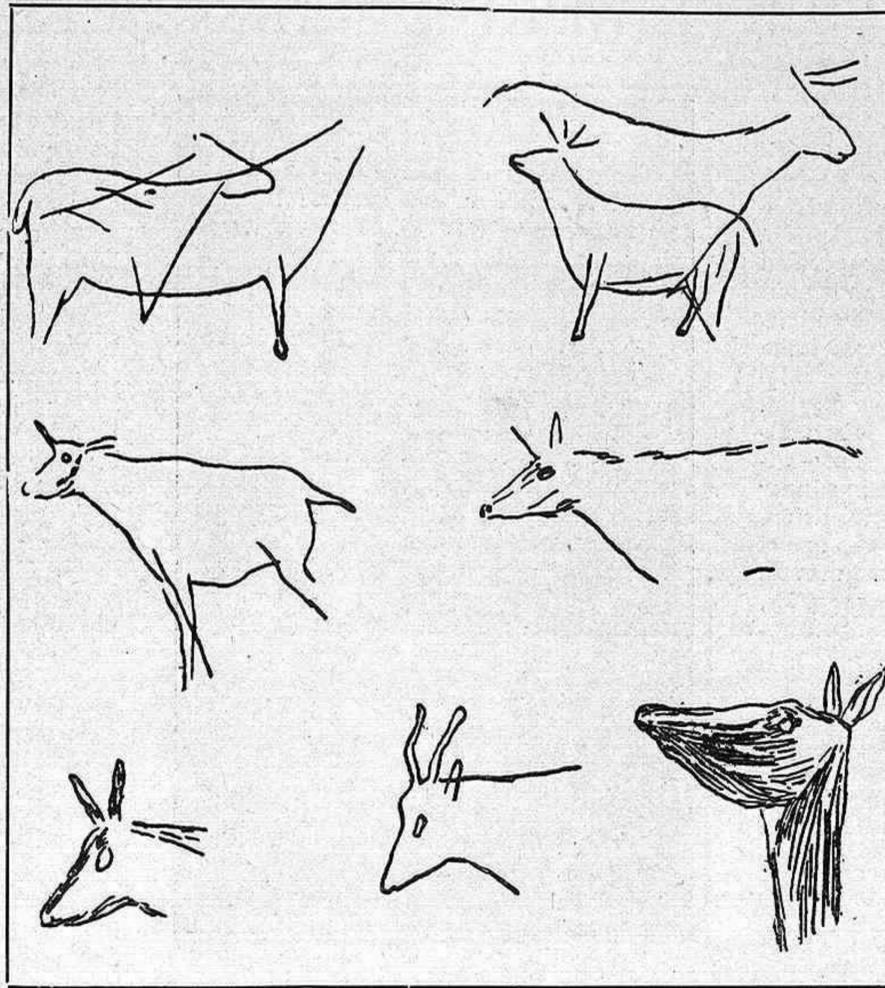
La galería de «La Huerta», residencia de D. Antonio Cánovas

EL ARTE DE LOS SALVAJES Y EL ARTE RUPESTRE

A decir verdad, lo que hoy se sabe acerca del origen de las artes es bien poca cosa. Con las teorías innumerables, metafísicas, psicológicas ó de cualquier otro linaje, concuerdan escaso número de hechos, y si se quiere, expuesto en otros términos, si la ciencia ha logrado catalogar cierto número de hechos aislados, no hay hasta el presente síntesis establecida merced á ellos, ó, á lo más, las síntesis logradas son notoriamente insuficientes.

Y si después de enconadas polémicas no ha podido averiguarse mucho acerca del famoso *hombre de la Naturaleza*, que tanto sirvió para sus filosofías á Juan Jacobo Rousseau, ¿cómo extrañar que todo sean dudas y vacilaciones cuando se trata de averiguar el porqué / el cómo de la aparición en el mundo de las artes?

Siguiendo el método constante en cuanto se refiere al hombre primitivo, en general, método



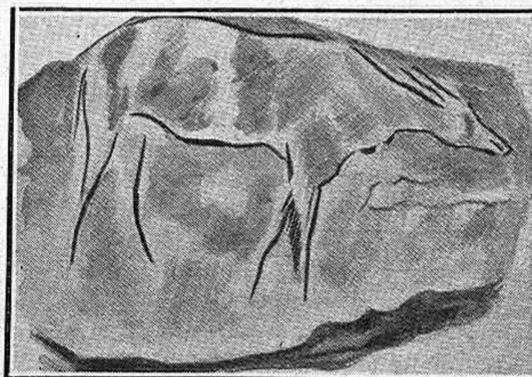
Pinturas de la caverna de Castilla, cerca de Puente Viesgo (Santander), que guardan una curiosa relación con las sudafricanas

llegó, no obstante, en sus viajes hasta el país de los *barotsi*, en el Zambesé, deteniéndose á estudiar principalmente las pinturas y grabados de las cavernas y abrigos, varias de las cuales reproduce en su obra citada. Como se observará en las que insertamos en la presente información, no puede haber mayor semejanza entre las manifestaciones artísticas de esos hombres salvajes de hoy y las que de los hombres de la Edad de Piedra van siendo descubiertas en las cavernas y abrigos de Europa; entre ellos, la famosa *Cueva de Altamira*, en Santillana del Mar, provincia de Santander. Una de esas pinturas, admirable de movimiento y de vida, representa un combate entre bosquimanos y cafres, motivado por la posesión de un rebaño de vacas que pertenece acaso á los primeros, y que los segundos quieren apropiarse por la fuerza.

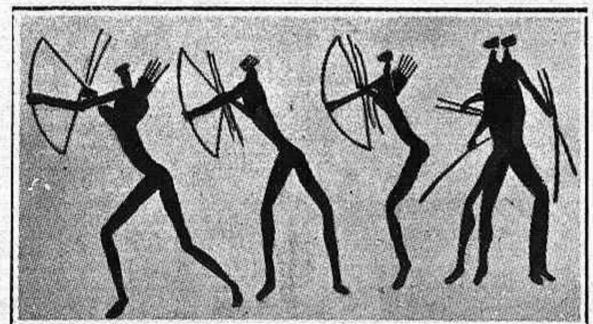
No ceden en interés los otros dibujos que reproducimos, pudiendo



Pintura descubierta en una caverna del Estado libre de Orange



Admirable figura grabada en una caverna del Transvaal, y que ha sido adquirida por el Museo de Pretoria



Pintura bosquimana descubierta en una caverna del país de los basutos (Africa austral)

impuesto por la naturaleza misma de las cosas, dos caminos permiten abordar el estudio del primer balbuceo del arte: la Prehistoria y la Etnografía. Nos ha revelado la primera, especialmente en Europa, lo que eran la pintura y la escultura, y aun el arte inferior de la juguetería, en las edades más remotas, cuando la presencia del hombre en el planeta empezaba á acusarse con testimonios ciertos entre las tinieblas de otras edades aun más remotas, en las que el ser humano aun no había sido bosquejado por la suprema mano creadora. Y es, á la verdad, un hecho curioso, que se ha comprobado, que el arte de esas épocas lejanísimas presenta grandes analogías, innegable parentesco con las primeras manifestaciones artísticas de los niños.

La Etnografía, por su parte, reuniendo y acopiando los materiales obtenidos de las más diversas civilizaciones primitivas, demuestra que todas esas producciones, por diferentes que parezcan, según los lugares, presentan, sin embargo, la característica de ser todas, desde el punto de vista del desarrollo estético, estrechamente comparables á las que nos ha revelado la Prehistoria.

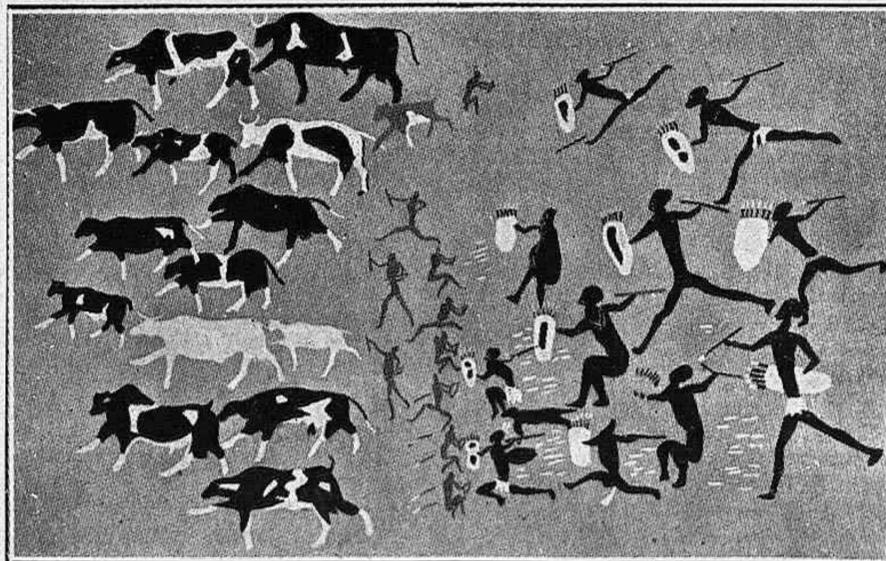
A este propósito, parece interesante registrar lo que, después de

una larga residencia en Africa, ha podido observar el explorador y misionero M. Christol, y que consigna, con gran abundancia de documentación, en su obra *L'Art dans l'Afrique australe*. Establecido dicho explorador en lugares ocupados por los basutos, en pleno país bosquimano,

compararse, sin desventaja, al combate de bosquimanos y cafres, como firmeza del trazo, sencillez de concepción y candor de ejecución. Tienen, además, en su conjunto el carácter típico, más bien que individual, que es esencialísimo en todo arte primitivo. Idénticos caracteres ofrecen los grabados en la roca, las esculturas y las figurillas de barro coleccionadas ó reproducidas por M. Christol en país bosquimano ó *barotsi*, aunque las de estos últimos, sin franquear las fronteras del primitivismo, suelen evidenciar una mayor perfección técnica, como lo prueba la aguja de marfil con dos elefantes decorativos, y la figura de una gacela grabada en una roca del Transvaal, que también acompañamos.

Prueba todo esto que el arte primitivo de los pueblos que aun se hallan en las primeras etapas de su civilización, presenta las mayores afinidades con el arte primitivo de los más remotos pobladores de Europa.

Ello sería una nueva comprobación de la ley de *unidad de desarrollo* de las civilizaciones, preciosa conquista de los estudios antropológicos.



Pintura de una caverna en país bosquimano (Africa austral), que presenta sorprendentes analogías con el arte rupestre europeo

BOULEVARD

LA IGLESIA Y EL JARDÍN DE SAN JULIÁN EL POBRE

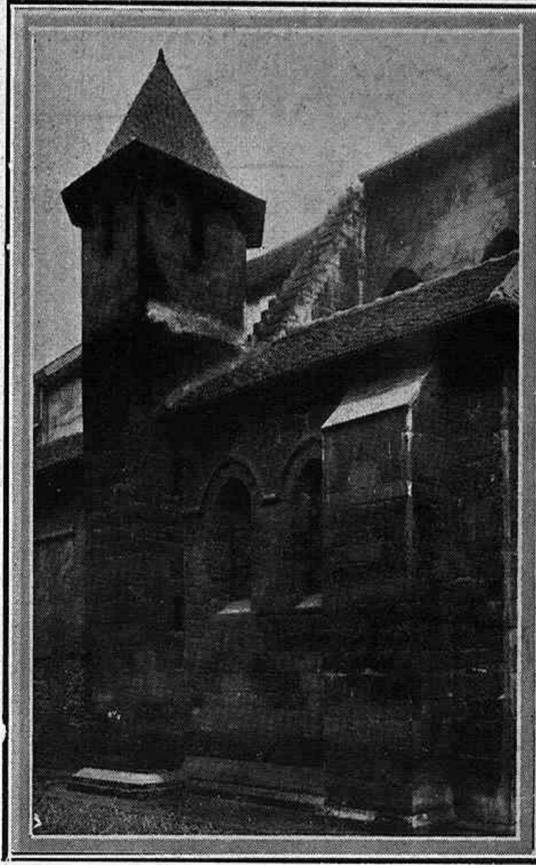
JUNTO á la corriente del Sena y frente á la lírica mole de Nuestra Señora de París va derrumbándose cada día un poco el templo de San Julián el Pobre. Este santo, como Santa Genoveva, la patrona de la gran ciudad, no pertenecía á todo París, sino al Barrio Latino. Dice la tradición que San Julián el Pobre, barquero en el Sena y en los siglos bárbaros, fué grande amigo de los miserables. Un día se sirvió de su barca para transportar á un leproso de una orilla á la otra del río. Y así se santificó. Porque el leproso era Jesús Nuestro Señor en carne mortal. Esto fué en los primeros tiempos del cristianismo. La primitiva iglesia, dedicada al santo misericordioso, se construyó en este mismo lugar hacia el 500, según testimonios de la tradición. Lo que en realidad nos dice la Historia es que el templo que aun permanece en pie tiene más de siete siglos, pues que fué edificado en 1170. Es, pues, el más venerable de París.

•••••

Como todo lo viejo, tiene la iglesia de San Julián el Pobre una historia llena de emociones. Ha sido capilla del hospital y depósito de cadáveres. Durante muchos años estuvo, pues, abierta á la muerte, que no á Dios. Hace cuarenta volvióse á consagrar á los ritos griegos. Y desde entonces se dice la misa en sus altares como en los tiempos de San Juan Crisóstomo. Pero como irremediable desgracia sometida al santo de su advocación, los fieles que en ella se ven son tan pobres como los que, por lo común, conducía en su barca San Julián el botero.

•••••

Este rincón, rodeado de muros leprosos, igual que la carne milagrosa del Cristo que hubo de aparecerse al santo, es el refugio de los últimos poetas del Barrio Latino. Tiene la melancolía y el sentido doloroso del cementerio de una aldea remota. En el jardín abandonado que ciñe los sillares negros y vacilantes, adquieren los crepúsculos de París todo su valor de agonía y toda su suspirante musicalidad. Pero los lirismos re-



La torre de San Julián el Pobre

cónditos de San Julián el Pobre van á desaparecer. El señor prefecto, que cuida de la belleza de París, acaba de determinarlo así, y San Julián el Pobre va á abandonar sus harapos á la Historia.

•••••

En el fondo, se trata de que esta iglesia y este rincón ya cumplieron sus destinos. Los poetas y los pintores significan muy poco en una república bien organizada. Además, los que van á em-

borracharse de melancolía y de inquietud en este yermo abandonado no cumplen así sino un trámite de su vida. Ni los poetas ni los pintores constituyen una clase social. Luego de haber deshojado unas rosas de su corona á lo largo de este jardín de cuerpo presente, seguirán hacia los bulevares. Llegar á ellos cuesta algunos años. El Sena separa, en realidad, la juventud y la madurez de los poetas y de los pintores. El día en que cada uno de ellos atraviesa un puente para no volver ni á San Julián el Pobre, ni siquiera al Barrio Latino, han puesto fin á la juventud y ceden á la tenaz agresión de las realidades.

•••••

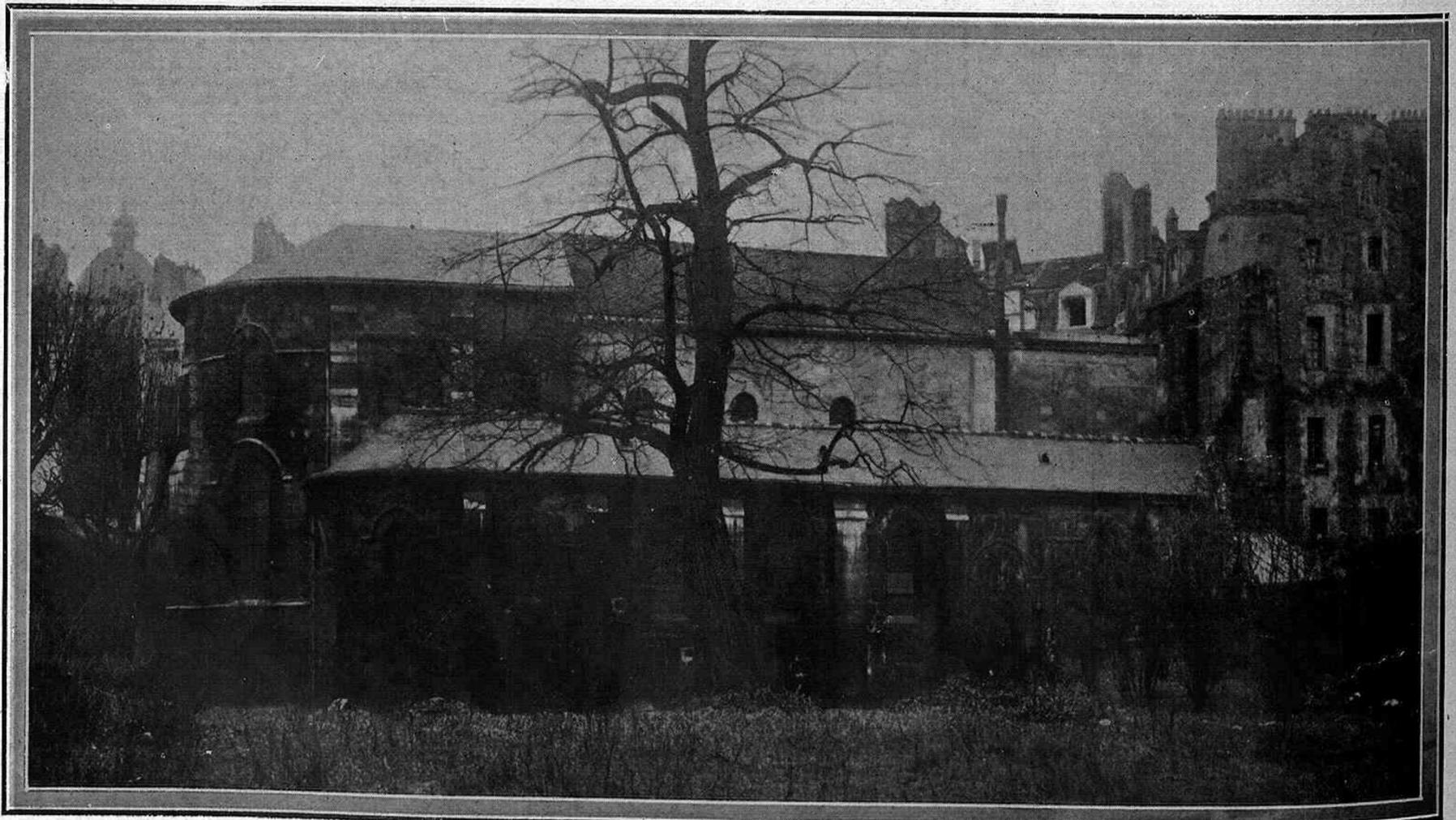
En San Juan el Pobre no permanecen inmovibles sino las piedras del templo y una acacia que tiene doscientos años. Para arrancar las últimas estrofas á las piedras y á la acacia ha decidido el señor prefecto alojar ambas cosas en un jardín vivo. Desde hace unas semanas no se dan los jardineros de la villa punto de reposo. A la primavera próxima la ofrece una eclosión más en las márgenes del Sena. Realmente, el señor prefecto no interviene en San Julián el Pobre si no para cambiar el tono de su literatura. Ha transformado la elegía en madrigal. En resolución, el madrigal, el verdadero cántico del Barrio Latino. Es decir, de la juventud de todos los países. La naturaleza, de acuerdo con el señor prefecto, va á sustituir en la torre de San Julián unas lechuzas con unas golondrinas.

•••••

Otra vez y en otro sitio hablaremos de la acacia de doscientos años, que también revivirá la próxima primavera en el jardín nuevo. Es una pena que á los hombres no nos sea posible la resurrección, como á las acacias, ni aunque lo disponga el señor prefecto de un modo inflexible.

Decididamente, somos lo menos importante de la Naturaleza.

CEFERINO R. AVECILLA



Vista exterior de la iglesia de San Julián el Pobre

HACIA UN TEATRO POPULAR - "UN ALTO EN EL CAMINO"

Si alguna vez pasamos del deseo unánime, que se nos va en palabras, y llegamos á tener un Teatro Nacional, lo primero que habremos de pedir á Dios, con el pan nuestro de cada día, será que no nos deje caer en la tentación de convertirle en teatro aristocrático. Los famosos «lunes» del Español y unos «viernes» antecesores suyos de la Comedia Francesa demostraron ya que los aristócratas bostezan, con la mayor educación posible, y por tanto espiritualmente, ante las obras maestras de la dramaturgia clásica.

Bien estará que ese teatro tenga sus días de moda con comedias cortas y entre actos larguísimos, á que vayan las gentes «á ver y á ser vistas», más interesadas por el espectáculo de la sala que por el de la escena y por el diálogo propio que por el de los dramas representados. Esas gentes pueden aportar su dinero, y el dinero es, ahora más aún que en tiempos de Sancho, necesario para las aventuras caballerescas. Pero á los mismos clásicos, hechos entre el bullicio del «patio» de sus corrales, como los franceses se hicieron frente al bullicio de sus *parterres*, les sorprenderá siempre la frialdad de un público que ha de anteponer las buenas formas á las manifestaciones cordiales, porque así se lo mandan la etiqueta y á veces el mismísimo protocolo.

Menos aún debemos desear para ese teatro un público de «aristócratas del talento», eruditos de los que creen las obras clásicas patrimonio personal, objetos de vitrina, buenos para mirados con lupa, buscándolos los dos lunares de la moza del entremés.

Para que ese teatro cumpla su verdadera misión educativa y tenga su verdadero valor de fuerza social, será necesario que sea, ante todo y sobre todo, un teatro del pueblo y para el pueblo; y así, por ley natural, y sobre todo por ley de las circunstancias que han hecho populares *Charleston* y *Los lagarteranos*, y, lo que es aún más lamentable, obras de muy baja comicidad, muy inferiores á las mentadas, será necesario que al hacer este teatro hayamos de hacer pueblo para él: á los coevos que aplaudían á Calderón no les había nacido por generación espontánea la sensibilidad que necesitaban para apreciarle.

Tampoco es fácil que esa sensibilidad le sea dada al público actual por un Real decreto; habrá que pensar, pues, en que la adquiera por medios naturales, es decir—aunque alguien juzgue que ese medio no es natural—, por educación.

Para ese fin no están mal; antes pueden ser dignas de aplauso obras un poco primitivas en el fondo y en la forma, como esa del llamado pastor-poeta, estre-



Una escena de la obra «Un alto en el camino»

nada ahora en el Teatro Cómico y que tiene por rótulo *Un alto en el camino*. No es esa obra, naturalmente, un drama que debamos mentar como modelo á que deban ajustarse como á un modelo las obras del futuro—y tan futuro!— teatro poético; pero Musset, en la misma época en que escribía *Las noches*, que representan en ocasiones solemnes los actores de la Comedia Francesa, decía:

Vivat le melodrame ou Margot a pleuré.

Y lo decía, indudablemente, pensando que ese melodrama había logrado herir la sensibilidad popular.

Un alto en el camino es obra muy propia para hacer llorar á Margarita, capaz siempre de compadecer la amargura de la mujer amante y traicionada, y la alcanza por eso el viva de Musset,

sus producciones los dramaturgos que no han sentido suficientemente el aura popular.

Nadie puede dudar de que el ideal sería contar en todo momento con públicos de muy elevado nivel sentimental y mental, capaces de apreciar las más finas sutilezas; pero ese ideal, difícil de lograr siempre, lo es mucho más en nuestras condiciones actuales, cuando nuestro público abandona los teatros para llenar los cinematógrafos, y cuando vuelve á coliseos de más alcurnia no suele ser en busca de mayor elevación, sino de espectáculos más epidérmicos, que cosquilleen la sensibilidad, pero sin llegar á herir el intelecto.

Un alto en el camino es superior á muchos de esos espectáculos teatrales, y tiene con los cinematográficos conexión de tema. Puede ser así, en la evolución del público necesaria para que llegue á gustar las bellezas más hondas, no un alto, sino un «paso» en el camino, y en ese sentido y sin pecados mortales que nos hagan abominar de ella, la obra de Sánchez Prieto merece aplauso.

Cosa semejante podríamos decir hablando de la forma externa. ¿Quién duda de que los metros y las rimas del diálogo de ese drama son vulgarísimos? Lo son, evidentemente; pero «suenan», y sus ritmos, sus cadencias, sus consonancias ó sus asonancias mismas encuentran ya—y quizás estaría mejor dicho encuentran aún—camino hecho en la sensibilidad auditiva de los espectadores. Para poetas más ó menos exquisitos, buscadores de sensaciones nuevas, serán los de *Un alto en el camino* versos desdeñables; pero el público de nuestros teatros no está, desgraciadamente, formado por altísimos poetas ni por *blasses* que necesiten apelar á toda especie de paraísos artificiales y á los que sean insoportables los ritmos y las cadencias corrientes. No ya para llegar á determinados precisismos modernos, sino para percibir con todo su sabor los de nuestros clásicos, tenemos aún mucho que andar, y *Un alto en el camino* puede contribuir á que lleguemos alguna vez.



Caricatura del Sr. Sánchez Prieto, «El Pastor-Poeta»

ALEJANDRO MIQUIS

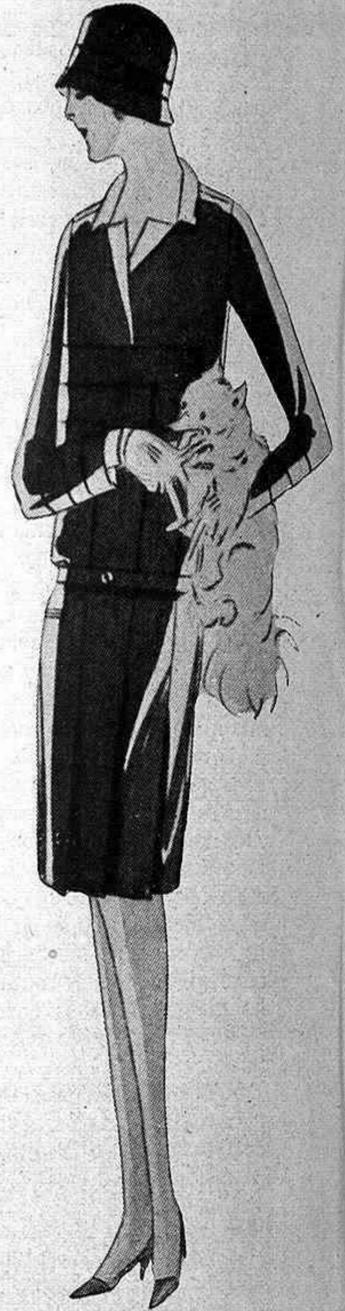
Elegancias



Vestido de «crêpe marocain», con cinturón de cuero y grandes botones



Sombrero de grandes alas adornado con cinta ciré (Modelo Alphonsine)



Vestido de paseo en «crêpe marocain» azul marino



Un abrigo de «crêpe marocain» y dos vestidos del mismo tejido, el del centro con una chaquetita de terciopelo negro

EL reinado esplendente de la perla ha pasado, dejando tras de sí dilatada existencia en la moda un grato recuerdo de su triunfal recorrido por el mundo entero. Ahora, madame Chanel, la gran modista parisina, ha lanzado una moda nueva para el adorno y complemento de nuestro tocado de noche.

Se trata de *sautoirs*, pulseras, sortijas y *barrettes* de pedrería falsa, pero tan perfectamente

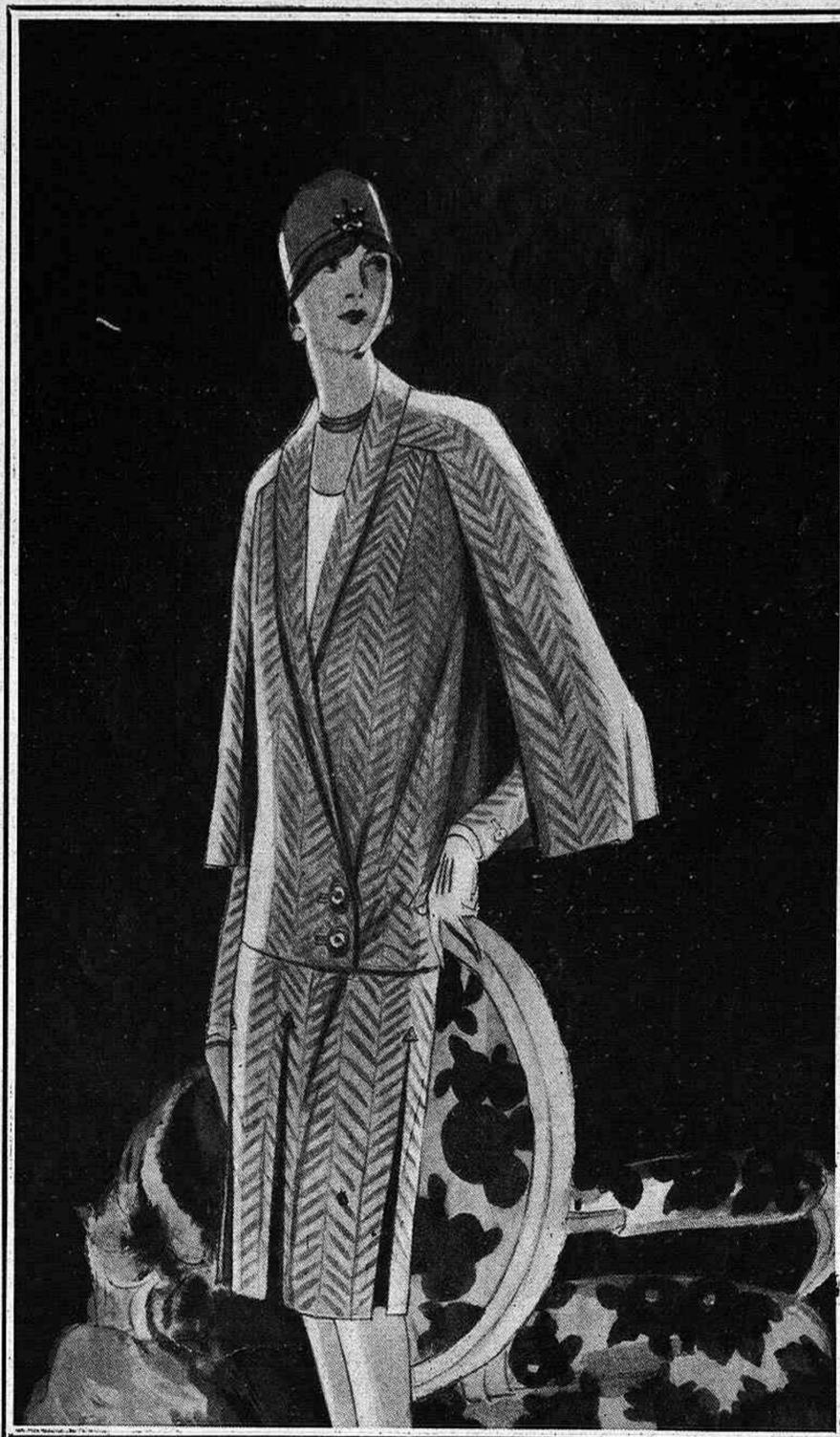
tallada, que los gruesos chatones de los collares que se estilan se confunden desde lejos con las más preciadas y costosas gemas.

Algunos collares ciñen justamente el cuello; otros, por el contrario, son tan largos, que rodean el descote con dos ó tres vueltas.

La perla tiene siempre, aun siendo falsa, una hipócrita apariencia de cosa buena; la pedrería ideada y lanzada por la Chanel no enga-



«Ensamble» de entretiempo en seda negra, guarnecido de «renard» rojo



Vestido de entretiempo en lanilla inglesa, con una graciosa capa en forma de esclavina



«Ensamble» de «sport» en crepella rosa, con «sweater» en jersey del mismo tono (Modelo Philippe et Gaston)

ña, y lo mismo ocurre con las demás gemas reconstituídas: rubíes de gran tamaño, zafiros y esmeraldas con sus jardines simulados, para darles de cerca toda la apariencia de las buenas...

No sabemos qué pensarán los joyeros de esta invasión de piedras falsas; pero, á juzgar por el enorme entusiasmo de las damas por adquirirlas, se nos figura que deben de estar consternados, pues esto significa para ellos una pérdida enorme en la venta de sus joyas de auténticas piedras preciosas.

Hasta aquí, las damas *chic* sólo se habían atrevido á adoptar las perlas falsas; pero hoy aceptan, con el mismo furor que aceptaron aquéllas, toda esta nueva pedrería; lo que se comprende fácilmente á poco que se piense en ello, pues cada día que pasa la moda es más inconsistente, y no se puede variar de joyas como se varía de vestido ó de sombrero, dado sus precios exorbitantes. Si hoy se llevan los brillantes y mañana es la perla la que domina, es preciso acudir á las imitaciones, pues de otra forma no es posible seguir la moda.

Pero también estas joyas falsas son caras; la codicia de algunos comerciantes hace que se paguen á precios excesivos; y así, hemos visto en París que un *sautoir* de chatones de brillantes no cuesta menos de dos ó tres mil francos.

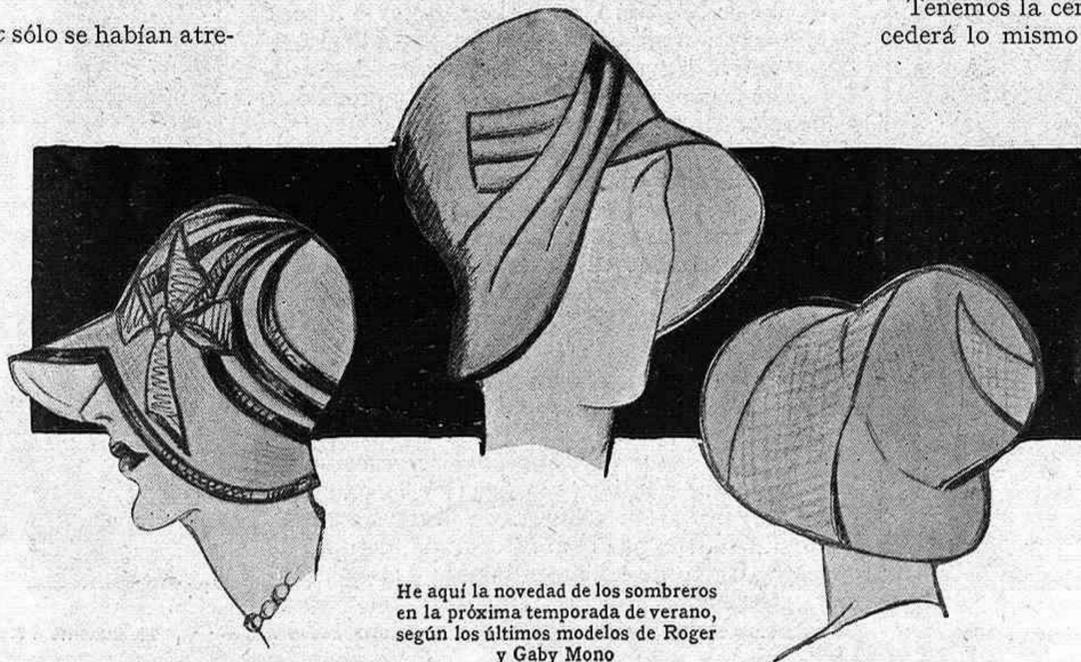
La razón por la cual se han creado estas joyas de bisutería es porque la moda impone que armonice con el color del traje las gemas de las alha-

jas. Por ejemplo, con un traje de tul rojo, de céfiro vaporoso como un ensueño, han de llevarse collar, pulseras y pendientes de rubíes que semejen sobre la carne límpidas gotas de sangre; así como sobre la blancura inmaculada de un satín fulgurante han de ser brillantes de grueso tamaño los que mejor armonicen. Sobre los trajes negros, todas las piedras, sea cual fueren su color, resultan bien; pero mejor que ninguna el brillante.

Tenemos la certeza de que con esta moda sucederá lo mismo que con la de las perlas; que estas joyas falsas que hoy cuestan un sentido tendrán pronto burdos imitadores que inundarán los almacenes y bazares, y que todo el mundo las llevará enseguida.

El reinado de esta pedrería será más efímero que el de la perla; pero adoptémoslo hoy, porque es una moda bella que favorece mucho. La talla atrevida de estas piedras falsas son un golpe mortal para esas gemas maravillosas arrancadas á las entrañas de la tierra pródiga.

ANGELITA NARDI



He aquí la novedad de los sombreros en la próxima temporada de verano, según los últimos modelos de Roger y Gaby Mono

LA ACTUALIDAD DE PASO

EL CENTENARIO DE IBSEN

C IEN años se cumplen ahora del nacimiento de Ibsen. El conoció la gloria en vida, aunque no la fortuna, y después de muerto, su renombre se ha acrecentado en la posteridad.

El escritor es hartamente conocido para que sea ocioso hablar de su obra, fecunda y trascendental. Mejor es hablar de su vida, una vida de luchador incansable. Suele acontecer que, corriendo el tiempo, caen en el olvido los menudos detalles de la existencia de los grandes hombres de genio, porque de ellos las generaciones que no los conocieron gustan más lo que soñaron que lo que vivieron. Del genio queda la creación, que es inmortal, mientras que se desvanece la realidad de su existencia, que es pobre y es efímera.

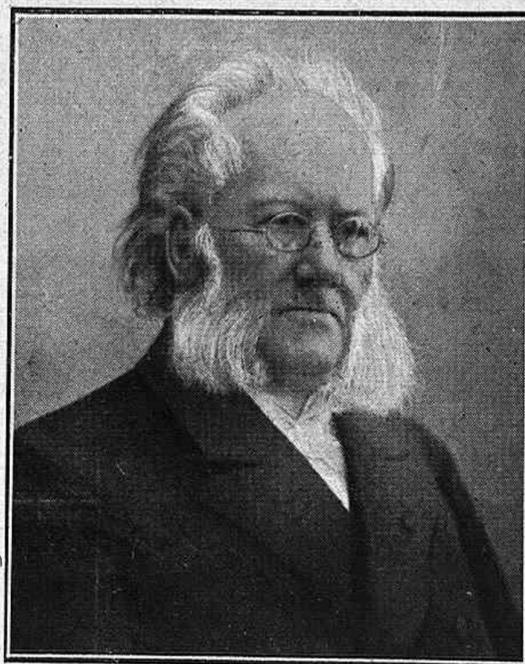
De él conservamos una imagen, la de sus años postreros, que es la que han difundido por el mundo sus retratos, los de su ancianidad reposada y gloriosa.

La nariz es recia; los pómulos, sanguíneos; los espejuelos, de oro, y la barba, espesa y blanca, le prestan la apariencia de un magistrado de provincia. Toda la poesía del alma, todo el esplendor de la inteligencia, parecen reflejarse en los labios finos, algo sensuales, que en las comisuras se repliegan en una mueca de altiva ironía; en la mirada velada, y como si estuviera abierta hacia el interior, unas veces dulce y melancólica, otras veces ágil y agresiva, mirada al propio tiempo de místico y de luchador, mirada desconcertante, inquietante y atormentada, inquisitiva como si quisiera explorar el fondo de las conciencias. La frente, sobre todo, es magnífica, cuadrada, sólida, bien señalados los contornos, frente heroica y genial, vasta como el mundo de pensamientos que hay tras ella. Y dominándolo todo, una cabellera abundante, blanca, indómita...

Con esa fisonomía característica nos representamos á Ibsen todos. Parece el hombre genial que ha dominado siempre.

Y, sin embargo, sus comienzos en la vida fueron bien tristes. Como es sabido, Ibsen nació, en Marzo de 1828, en Skien, pequeña localidad asentada á orillas del fiord de Oslo. Sus padres eran descendientes de marinos alemanes y escoceses. Su madre era el alma del hogar; traba-

jaba y se sacrificaba sin jamás quejarse. Ella hablaba poco, reservada y tímida, cualidades morales que heredó su hijo. Este, desde niño, era de una extrema seriedad, y desde niño había en sus ojos aquella mirada penetrante é inquisitiva que fué, en su vejez, el sello de su personalidad física más característica. La familia se arruinó por completo cuando Ibsen contaba apenas ocho años. Y el pobre adolescente tuvo que en-



HENRI IBSEN
Célebre dramaturgo noruego

trar como mancebo en una farmacia de Grimstad.

¿Era ese su destino? De muchacho ya sentía cómo iba germinando en su interior la semilla genial que llevaba dentro. Los primeros balbuceos, generalmente, se traducen en versos. Ibsen los hizo también. Pero en vez de cantar el primer amor de la juventud, cantó las cosas heroicas, la insurrección de los húngaros contra Austria. Y luego escribió su primer drama, *Catilina*, que hizo imprimir corriendo con los gastos un amigo. De esa obra se vendieron treinta ejemplares. El resto de la edición lo fué vendiendo poco á poco, á compás de sus necesidades de dinero, á un carnicero, su vecino, que utilizaba el papel impreso para envolver la carne y las salchichas.

Entrado en los veinte años, en su alma se despiertan los nobles sentimientos y los grandes ideales. Corrían entonces por Europa las tormentas revolucionarias del 48. Ibsen sintió la sacudida de la tremenda ráfaga. Esperaba que los pueblos, al fin, iban á libertarse. Vió héroes que se hacían matar en las calles por la libertad, por un ideal que removía las naciones hasta lo más profundo de las entrañas. Así aprendió á amar la Humanidad.

Pero también amó con hondo amor á su pueblo, á todos los pueblos de la raza escandinava, porque, para él, suecos, noruegos y dinamarqueses no eran más que un solo pueblo. Había que despertar el adormecido espíritu público entre sus compatriotas. Y escribió dramas patrióticos, sanos y apasionados. *La castellana de Ostroctt* era la apoteosis de la antigua Noruega, el relato trágico de las luchas que habían sostenido los antepasados para reconquistar la libertad perdida y arrojar á los invasores. De otra parte, en *Los guerreros de Heligoland* se resucitaban las leyendas relativas al origen de la patria y, por fin, en *Los pretendientes á la corona* cantaba la unidad de la patria al fin lograda, después de tanto tiempo de hallarse dividida y despedazada, destacando la noble figura del héroe, elegido por el destino, Hakon Hakonsor, fiero en su

creencia y en su vocación, el rey justo que comprende y quiere el bien de su pueblo.

Tuvo, es cierto, un amargo desencanto. El no pudo perdonar que sus compatriotas abandonaran á Dinamarca cuando fué despojada por Prusia. Entonces fué cuando emigró.

De esos años de expatriación de Ibsen, su amigo Brandés, el gran crítico ha poco fallecido, da estas noticias:

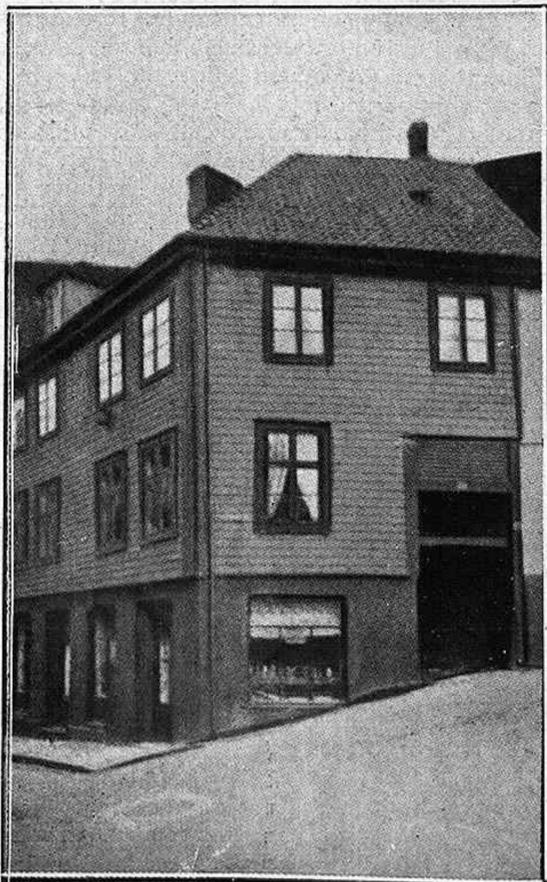
«Fácilmente yo me lo figuro en Munich, en su interior. El ya es estimado en ciertos círculos alemanes, aunque él no es todavía francamente célebre. El recibe en su casa á las gentes más distinguidas del Norte que están de paso en la ciudad, y entre ellos, con frecuencia, á políticos noruegos. A unos, como á Hagerup, que fué luego Presidente del Consejo, cuya competencia estima con gran deferencia. A otros, en los cuales ve *arrivistas* insignificantes y orgullosos, los trata con una frialdad casi provocadora.

Yo recuerdo haberle visto, huésped de la ciudad de Copenhague, honrado como un rey. En esa época ya había cesado él de hablar de Noruega con amargura, contentándose con lamentar la lentitud con que, según él, evolucionaba su país.»

Pero aún pudo ver, en sus últimos años, cómo se declaraba independiente y se hacía una nación progresiva, su Noruega natal. Y ésta reveló cuánto valía al rendir honores al gran dramaturgo muerto. Ibsen moría en 1906. El Parlamento noruego acordó hacer á Ibsen funerales nacionales. Fueron grandiosos. La muchedumbre que esperaba para desfilar por la capilla ardiente, llena de coronas y de flores, se extendía en un espacio de más de tres kilómetros. La guardia de honor junto al catafalco la prestaron escritores, artistas y estudiantes. El rey Haakon, recientemente elegido, presidió la ceremonia mortuoria. La víspera de los funerales, en el Teatro Real se dió una representación de *Los espectros*. Antes de alzarse el telón, la orquesta ejecutó *La muerte de Ase*, de Grieg. Los asistentes, en pie, la escucharon en medio de un silencio religioso.

Así Noruega despedía á su gran poeta, como ahora lo glorifica con solemnes fiestas en el primer centenario.

ANGEL GUERRA



La modesta casa que Ibsen habitó en Oslo



Monumento á Ibsen en Skien, su ciudad natal



Blancura y suavidad
son cualidades distintivas
del cutis de quien usa
Jabón Heno de Pravia

Pasta neutra y compacta.
Espuma copiosa y suave.
Perfume intenso e inconfundible.

Pastilla, 1,25 en toda España.

PERFUMERÍA GAL. . . MADRID

Algunos de los productos
más recomendados de la
Perfumería Gal.



La PASTA DENS, crema jabonosa
antiséptica, limpia los dientes
suavemente y perfuma el aliento.
Tubo, 2 pesetas. Pequeño, 1,25



El AGUA DE COLONIA AÑEJA
se compone de alcohol neutro de 90°
y esencias naturales. Frasco, 2,50.



El PETRÓLEO GAL suprime la
caspa y contiene la caída del pelo,
vigorizando la raíz. Frasco, 2,50.

ITINERARIOS ESPAÑOLES

EN ELOGIO DE SORIA

SORIA, PROVINCIA POBRE, EN LA PARTE MÁS FRÍA DE LA MESETA CASTELLANA, TRABAJA CON AHINCO POR LA EDUCACIÓN DE SUS HIJOS

GERVASIO Manrique, inspector de Primera Enseñanza en Soria, hombre de buena voluntad, me envía algunas fotos de escuelas sorianas que, á mi juicio, merecen ser conocidas por el público de Prensa Gráfica. Esparcidas por el mundo—España y América—hay millares de familias sorianas que no se olvidan de su tierra aunque la crudeza de la vida, en la sierra ó en la paramera, pudiese enfriarles el cariño. Además, el ejemplo que da esta provincia pobre tendrá seguramente eficacia. De toda España, Soria se ha colocado en primera línea, por el número de escuelas relacionado con el de habitantes. En Soria hay una escuela por cada treinta y siete niños y un maestro por cada doscientos setenta habitantes. Manrique ha querido divulgar estos datos no sólo en España, sino también en el Extranjero, y así lo hizo en una conferencia de la *Société Belge de Pedotechnie*. Ha hablado también de las mejoras de la enseñanza en España, de las escuelas recientemente construidas, del presupuesto extraordinario y de la labor realizada. El deber que yo me asigné desde hace tiempo es otro más ingrato, porque va buscando la cruda y descarnada realidad, pero ayudo con gusto á la divulgación de notas halagüeñas donde las encuentre.

He recorrido en Soria las villas y lugares que van desde el valle de Almarza hasta cerca de las fuentes del Duero. He ido á Vinuesa y á Durnelo. He seguido por Calatañazor hasta Burgo de Osma. Pero esos pueblecitos de la orilla del río tienen verdadero estímulo por las escuelas, no de vano amor propio, sino con plena conciencia de su necesidad. Como los de Asturias, son los de Soria pueblos de emigración continua. No en masas, ni al azar, sino sabiendo adónde van y contando de antemano con un puesto para empezar á trabajar. Necesitan, por consiguiente, que los chicos vayan bien preparados y no se encuentren en condiciones de inferioridad respecto del país en que desembarquen. De ahí su gran interés por la Escuela.

Raza sobria, dura, de juicio claro, de voluntad perseverante, con formidable sentido de la realidad, sin nervios, sin vanas idealidades... Esta transparencia, esta frialdad del aire en la altiplanicie sorianá, al pie de las montañas ceñudas por donde baja, despeñándose, el río Duero, parece que le llevan sus hijos en la inteligencia y en la voluntad. Alguna vez decimos:

«¿Cómo estas gentes prácticas no salen definitivamente del páramo? ¿Cómo no abandonan las tierras y los peñascos inhabitables?» Unamuno explicaba, hablando de las Hurdes, el apego invencible del jurdano á su tierra, «por ser suya». El amor á la propiedad. El sentido de dominio, de independencia y de libre disposición que ata á los habitantes de las piedras más pobres. Pero en esta orilla del Duero que yo he visitado en tiempo frío, toda-

vía invierno, el paisaje es hermoso; su severidad le da más atractivo. Nadie lo deja para no volver. Al contrario. El emigrante piensa siempre en la casuca que dejó y en los cuatro terrones. Cuando puede forma sociedades protectoras de cada lugar con fines expresos, encargando á persona determinada del cuidado y vigilancia de los intereses comunes que deben ser bien administrados. El orden, la limpieza moral, la honradez, presiden estas sociedades que han hecho por los pueblecitos del Duero más que la Diputación y que el Estado. Así, se han construido, por cooperación, muchas escuelas, hasta llegar al número proporcional que señala el inspector Sr. Manrique.

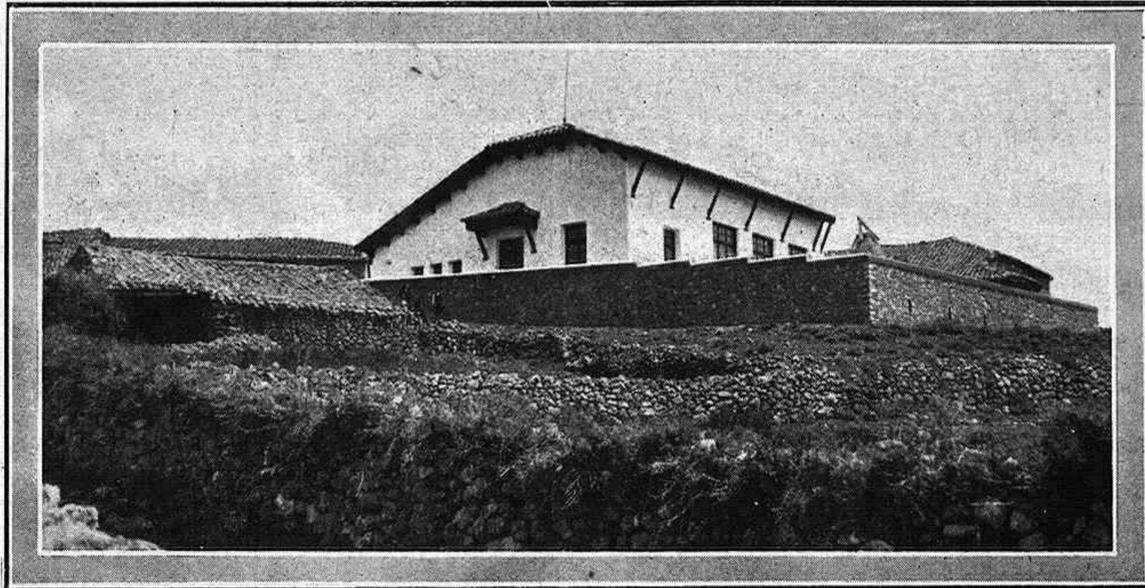
Otras se han hecho por los Municipios, con ó sin ayuda del Estado. Las que aparecen aquí son obra del Ministerio de Instrucción, verdaderos modelos de construcciones escolares, espléndidamente proyectadas: Santervás del Burgo, La Revilla de Calatañazor, Sauquillo de Boñices, Quintana Redonda... Cada año aumenta el número de pueblos que solicitan ayuda para crear ó para reformar la escuela. Es el principio de una renovación.

Pueblos antiguos que se deshacen en polvo, como Calatañazor, bajo el peso de sus nombres históricos, que se resisten ciegamente á salir de su risco, obstinados en continuar una vida íntegramente medieval, acaso empiecen á transformarse por la escuela. Yo tengo fe en esta primera célula que irá poco á poco ejerciendo su influjo sobre las demás.

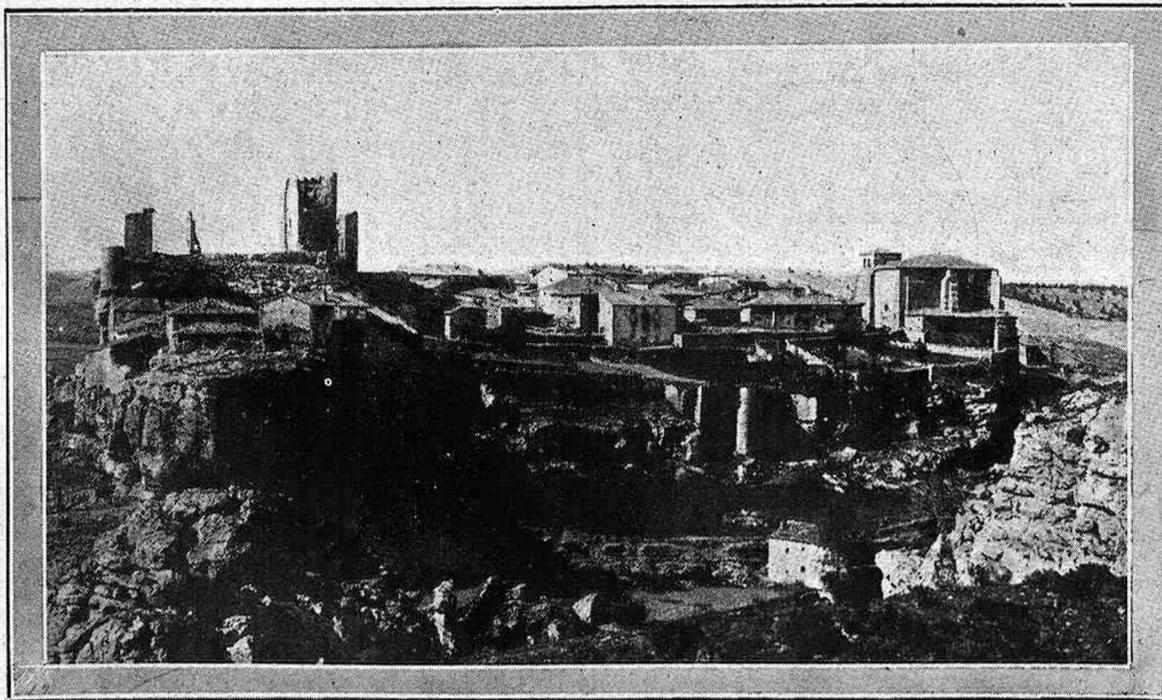
LUIS BELLO



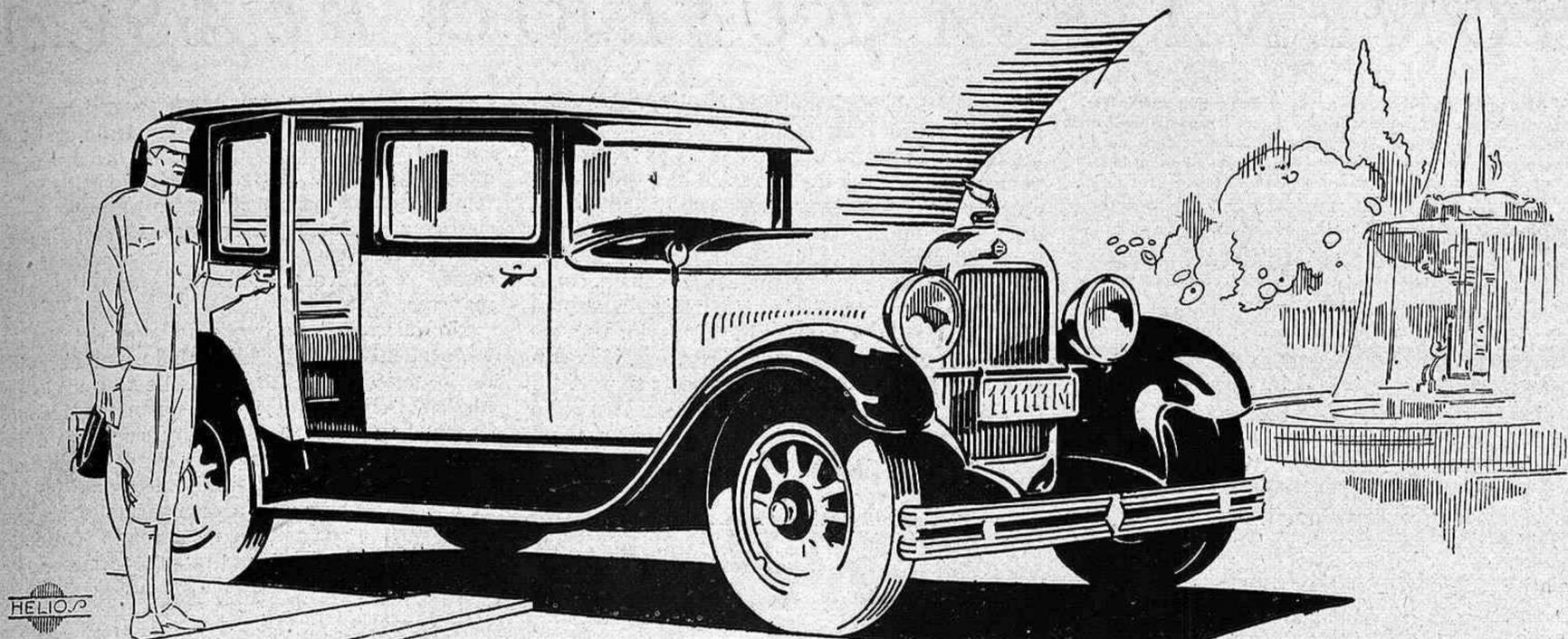
Escuelas de La Revilla de Calatañazor



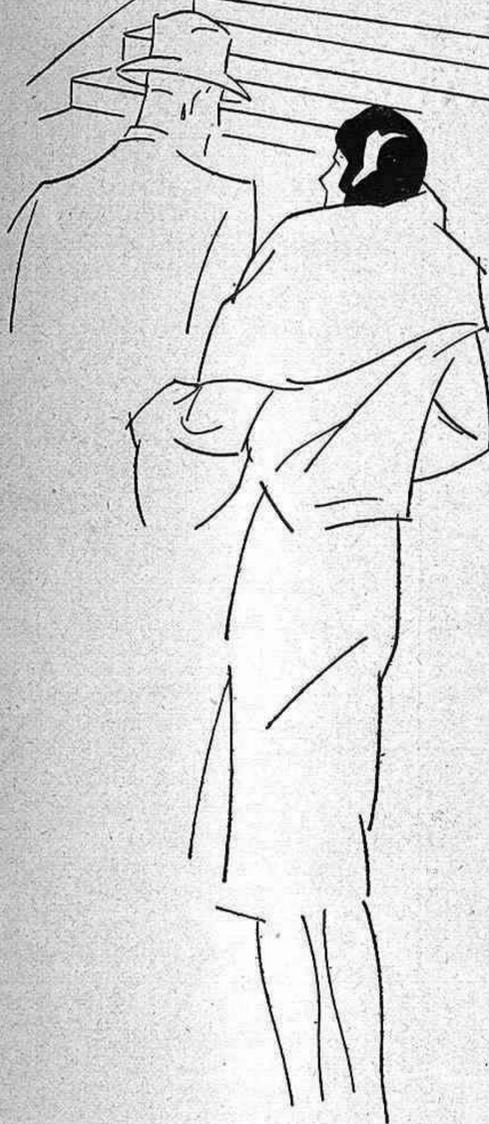
Escuela de Sauquillo de Boñices



Calatañazor, deshaciéndose en polvo, se resiste á desplazarse del viejo solar y continúa en la roca, al pie del castillo dormido...



HELIO



Los valores acumulados del Essex

Su nueva belleza compite con su soberbio rendimiento.

El nuevo ESSEX SUPER-SEIS continúa a la vanguardia en la introducción de nuevas mejoras en sus coches, no incorporadas todavía en los demás automóviles de su misma categoría de precios.

A las cualidades que sucesivamente han ido mejorando los automóviles ESSEX, tales como las comodidades de un coche cerrado al precio de uno abierto, y el rendimiento de un seis cilindros por el precio de un cuatro cilindros, el nuevo ESSEX SUPER-SEIS aporta amplias carrocerías, frenos en las cuatro ruedas, y una bella y lujosa presentación, además de otros perfeccionamientos, en términos a que nunca se había llegado en coches de estos precios.

En el nuevo ESSEX SUPER-SEIS se obtiene tan perfecta fabricación, comodidad, belleza de líneas y seguridad, que aún sobrepasa grandemente a su predecesor, cuya venta superó siempre en mucho a la de cualquier otro coche de seis cilindros, de precio igual o aproximado.

HUDSON

COUPE.....	15.500 ptas.
SEDAN (5-plazas).....	17.250 "
PHAETON.....	17.500 "
LANDAU SEDAN.....	18.500 "
VICTORIA.....	18.500 "
SEDAN (7 plazas).....	19.950 "

CHASSIS CORTO

COACH.....	14.950 ptas.
SEDAN.....	15.950 "

ESSEX

PHAETON.....	8.250 ptas.
COACH.....	8.650 "
COUPE.....	8.625 "
SEDAN.....	9.350 "

Estos precios se entienden por coches con ruedas de madera.
Por ruedas metálicas hay un suplemento de 450 pesetas por Hudson y 300 pesetas por Essex.

HUDSON & ESSEX

Super-Seis

DISTRIBUIDORES PARA ESPAÑA:

CASTELLANA, 12. — MADRID

Sociedad Anónima de Representaciones y Comercio, Avenida Alfonso XIII, 389, **Barcelona.**—Ibarra, Arteché y C.^a, Alameda de Urquijo, 10, **Bilbao.**—Rubio Márquez, Gran Vía, 48, **Granada.**—Codes Marín y C.^a, calle Monte, **Martos.**—José Clemares, Paseo Marqués Corvera, 25, **Murcia.**—Blas de la Villa, Trajano, 16, **Sevilla.**—Luis Basset, Cirilo Amorós, 92, **Valencia.**—Patricio Ruiz, Avenida Alfonso XIII, 19, **Valladolid.** Manuel Neira, calle República Argentina, **Vigo.**

HOMENAJE A EUSEBIO BLASCO

El Ateneo de Madrid ha tributado, en una sesión muy interesante: un homenaje á Eusebio Blasco. Aquella casa fué también hogar del ilustre cronista, que ocupó su tribuna, tan elevada entonces, muchas veces. Reproducimos, como adhesión al homenaje, parte de una de aquellas conferencias:

PERSONALIDAD parisiense muy importante es el actor Coquelin mayor, alma y nervio de la Comedia Francesa. Con ser vulgarísimo y denunciar á primera vista su origen humilde, ha logrado á fuerza de talento ser, sin duda alguna, el preferido de los espectadores. Tiene en su garganta todos los tonos, el órgano es admirable, la ejecución recuerda aquellas extraordinarias cosas de nuestro gran Romea, á mi juicio el cómico más notable de nuestro tiempo. Coquelin es además escritor, y su conversación es muy solicitada. Se le convida aquí y allá para que hable.

—Chico—le decía su hermano—, la República debía subvencionarte la conversación.

En efecto: se ocupa mucho de política; es concurrente al Cuerpo legislativo; no se olvida de que pertenecía al círculo íntimo de Gambetta, y aun pretende en ocasiones influir en la cosa pública.

Con sus pretensiones de elegante, antes dejará una obligación que dejar de ir al Bois en su berlina, donde, en realidad, le saludan casi todos los concurrentes á este paseo de moda.

Raimundo Madrazo, su íntimo amigo, me le hizo conocer tres años ha, y por cierto que uno de los mejores retratos que ha hecho este insigne pintor español es el de Coquelin en *Ruy Blas*.

—Mire usted—me decía una vez Coquelin—: muchas noches me complazco en salir del teatro al mismo tiempo que el público, á ir cazando al oído lo que las familias *bourgeoises* van diciendo de mí. No hay idea de lo que se aprende así. Muy buenas cosas he oído, buenas y malas, porque el público no es todo elogios, ni mucho menos.

Una de estas noches una señorita les iba diciendo á sus padres: «¡Oh, qué Coquelin! Me lo comería!»

El actor abre el cuello de su gabán de pieles, se acerca y dice:

—¿Con qué salsa me prefiere usted, hija mía?

Tiene grandísimo talento en la escena, y á veces sus frases son axiomas dentro del arte de la declamación. En el álbum de mi mujer hay dos líneas firmadas por él, que debieran servir de lección á todo comediante.

—«El arte de la escena no consiste en otra cosa—dice—sino en que aparezca que improvisamos lo que hemos aprendido de memoria.»

•••

Hay aquí señoras, y no dejará de interesarles un poco de chismografía teatral, ó sea relación pasajera de esta vida de la actriz parisiense, que figura al lado de los hombres célebres en la vida pública y en la privada. En esto se ha llegado á un punto de exageración que no sé cómo calificarlo. La actriz parisiense, á quien no se puede negar una educación que pueden envidiar las particulares de otros países, ha invadido con su influencia personal la prensa y el mundo literario. En honor de la verdad, los autores dramáticos, al encontrar intérpretes tan maravillosos de sus obras, no han podido por menos de colocarlas en primer lugar y darles una importancia que tiempos atrás no tuvieron.

Las cartas de Mademoiselle Desclés, publicadas por Alejandro Dumas hijo, son un verdadero modelo de la literatura epistolar. Los hermosos versos que las revistas literarias han publicado, escritos por comediantas modernas, han tenido que influir en la consideración que se les tiene. Sarah Bernhardt, aunque estrafalaria y destornillada, es una gran personalidad escénica, como lo era la hermosa Croizette, retirada ya del teatro y casada con un archimillonario. Una señora francesa me decía en cierta ocasión: «En vista de la preferencia que nuestros maridos dan á la gente de teatro, acabaremos todas ó por divorciarnos, ó por hacernos cómicas.»

En efecto, el partido que estas mujeres tienen

Y á fe que ellas, con raras excepciones, no tienen la hipocresía de su *métier*, en lo cual las encuentro más lógicas que las de otros países, que á más de ser... *despreocupadas* de balde, pretenden que se las considere, no como actrices, sino como señoras particulares. El *esprit* en la conversación es peculiar en las cómicas francesas, un poco demasiado libres de estilo y de maneras.

No quiere esto decir que no haya virtudes de telón adentro. Nadie ha dudado, por ejemplo, de la seriedad de Mademoiselle Legault ó de Mademoiselle Ugalde, ó de la encantadora Montbazón, hoy Madame Grisier, y cincuenta ó sesenta más que pudiera citar; pero, en general,

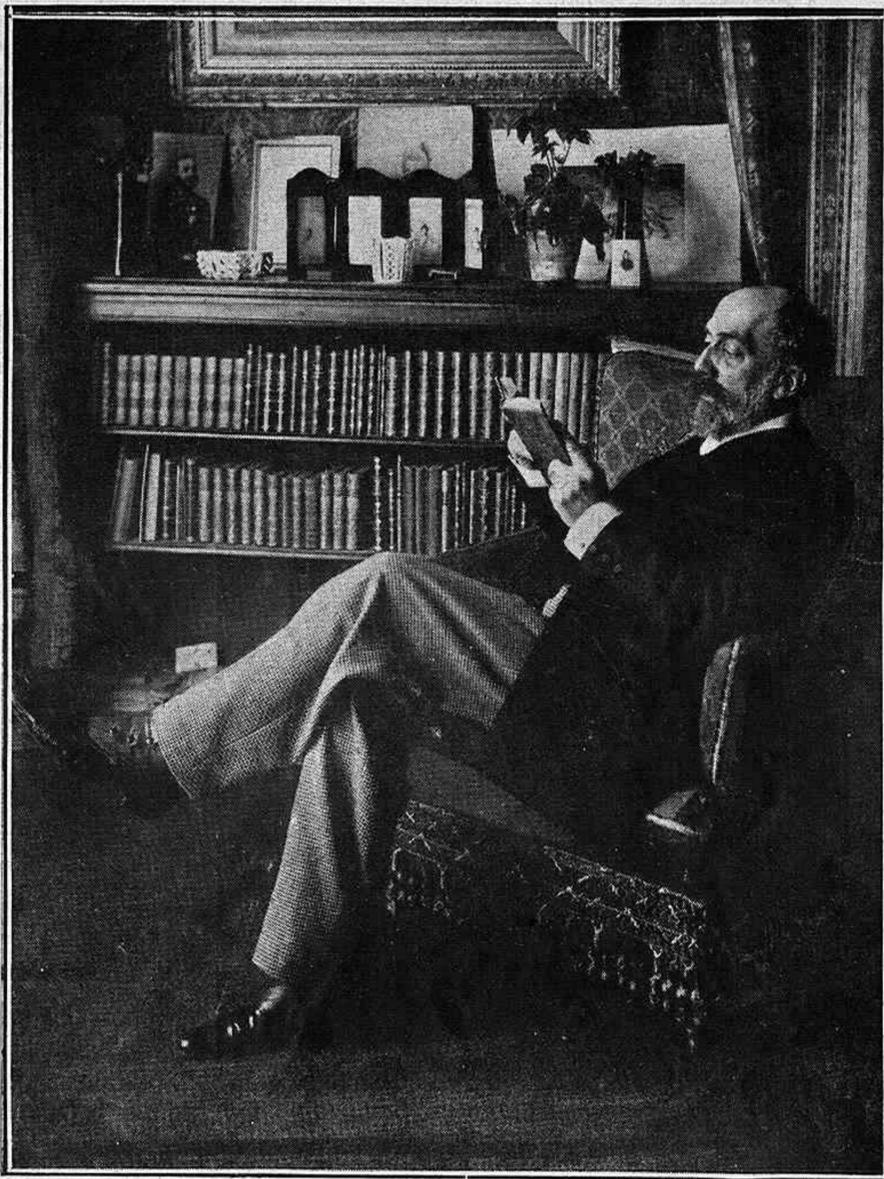
la actriz parisiense que ha de hacer efecto en escena sabe que su sueldo no ha de darle lo suficiente para sus enormes gastos de *toilette*, y como vive en un país sobrado libre de costumbres, en el que ella reina y domina, impone su manera de ser, que si no se respeta, se tolera. Tres años ha que en el Conservatorio de París se presentaron, como de costumbre, más de doscientas lindas alumnas á los exámenes de fin de año. Hijas de familias pobres, nacidas casi todas en una portería ó en sexto piso del Boulevard exterior, las alumnas del Conservatorio no tienen ni capital ni rentas; pero á los exámenes de aquel año se presentaron todas elegantísimas y con brillantes en dedos y orejas. Ambrosio Thomas, que presidía, se quedó asombrado y exclamó sin poderse contener: «¡Cómo! ¿Ya?»

Este *ya* se hizo célebre y lo repitió todo París al día siguiente, porque, en efecto, si antes de pasar al teatro ya eran lo que se llama allí actrices *diamantées*, ¿qué deberían de ser luego? Lo que son, en su mayor parte; algo que expresó admirablemente una actriz famosa á quien una amiga suya le decía: «¿Sabes que Fulana gana ya trescientos francos por función?» «No, por función no», dijo la otra después. Y no se equivocaba.

Pero son únicas para hacer la comedia, y no quiero yo, repito, confundirlas á todas en estas observaciones. Todavía hay teatros, como el que dirige Víctor Koning, el cual le decía á un periodista amigo mío: «Este es un teatro muy honrado; no hay en él mas que dos actrices que tengan coche.»

Y ceso aquí, señores, porque ya he molestado vuestra atención bastante, y no recuerdo por momento otras cosas íntimas de qué hablaros; no es que yo me canse de hablar, sino que temo cansar al Ateneo. Cuentan que Felipe II tenía la costumbre, al meterse en la cama todas las noches, de que el grande de servicio le leyese algo hasta que el Rey se quedara dormido. Tocóle una noche el turno, no recuerdo bien si al Marqués de Priego; pero el nombre no hace al caso. Entró en la alcoba de su señor, sentóse; cogió un libro, y á la luz de una vela comenzó á leer. El Rey le daba la espalda, pues se había acostado, como vulgarmente se dice, cara á la pared, y el noble lector fué leyendo y bajando la voz poco á poco y cada vez más hasta casi no leer, como quien va ayudando al sueño. «—No, no me duermo, dijo el Rey. —Pues yo sí, exclamó el marqués»; dió un soplo á la vela y se retiró.

Antes de que vosotros os durmáis oyendo tanta y tan larga conversación, ceso, dándoos las gracias por la atención, dejando para otra vez la continuación de estas intimidades.—HE DICHO.



Eusebio Blasco en su biblioteca

es increíble, y el que sacan de su situación, increíble también. Si á nuestras abuelas, ¡qué digo abuelas!, si á nuestras madres, hermanas ó esposas que no hayan salido nunca de España se les contara, por ejemplo, que una de ellas ha percibido durante muchos años, hasta hace dos, del Duque de*** de sangre real, doscientos cincuenta mil francos anuales, como querida preferida de dicho señor; que la hermosísima***, enlazada deshonestamente con otro Duque cuyo nombre no debo decir, declara riéndose que han pasado por su mano en diez años on e millones de francos; si se supiera que las deudas de Sarah Bernhardt han llegado, hasta que sus acreedores le vendieron cuanto tenía, á tres millones seiscientos mil francos, acaso nuestras virtuosas y modestas mujeres, acostumbradas á amar por amar, y no por tener que derrochar, no creyeran estas cosas, que son muy ciertas. Este mundo del teatro, y perdóneme este y otros galicismos de la noche, es el gran protector del comercio, la alegría de París que se divierte, y la base y sostén de las obras dramáticas, que sin las actrices á la moda acaso valdrían mucho menos.